En un instante y otras eternidades

Enrique Jaramillo Levi

Premio Cuento

Colección Ricardo Miró 2005

EN UN INSTANTE Y OTRAS ETERNIDADES

ENRIQUE JARAMILLO LEVI

En un instante y otras eternidades

EN UN INSTANTE Y OTRAS ETERNIDADES

© Enrique Jaramillo Levi
© Primera Edición

Editorial Mariano Arosemena (INAC), 2006

Instituto Nacional de Cultura
Dirección Nacional de Publicación y Comunicación
Apartado postal No. 0816-07812
Panamá 5, República de Panamá

Prohibida su reproducción parcial o total
sin autorización previa de su autor.
Hecho el depósito de ley.

Revisada y corregida por el autor

Impreso y hecho en Panamá en la
Impresora de la Nación
Tiraje: 2,000 ejemplares

ÍNDICE

Carpetas	9
La vieja casona esa noche	13
Relación virtual	16
Largo viaje interior	24
Intercambio	38
Vocación profunda	39
La octava noche	40
La voz de Ruperto	44
En un instante	49
El mejor escenario	51
Naturaleza muerta	54
La trama	56
La taza de té	59
Inmolación	60
Como la espuma	62
Desempleado	64
Círculo vicioso	65
El quiebre	66
El acordeón	67
Testimonio	71
Una de dos	73

Extraña, bella flor matinal 74

Aleph 76

Pueblo chico 77

La obra perfecta 79

Mariana y los gatos 80

Mañas 87

Drácula reflexiona 93

Otros quinientos pesos 94

No tuve más remedio 102

Fuero interno 105

La hazaña 106

En el bus 107

Breve historia de espías 108

Uno y el universo 109

Alguna vez 111

Varado 114

Arma mortal 119

Lo peor 121

Voces y contravoces 122

Taboga 125

¡A quién se le ocurre! 126

Todo 130

Nuevo Apocalipsis 131

Siempre hay una primera vez 132

Por los vientos que soplan 135

A veces pasa 138

La otra imagen 140

Tarde o temprano 141

De buenas a primeras 153

Nada es eterno 156

Autoría 157

Centenario 159

Todos somos 160

El camarón viajero 161

Cuándo se ha visto 162

Incidente 163

Ya no 164

Suficiente 168

Omnisciencia 169

Desencuentro 171

Para que así sea 172

Fulminante 175

Metaficción pura 176

Como de costumbre 177

Mandra 180

Inexorable 189

Para Carene, a diez años de conocernos: porque has visto nacer los 67 cuentos de esta colección y los hiciste tuyos al pasarlos en limpio con amorosa paciencia –fueron escritos a mano durante año y medio–; y porque una vez más confiaste en mi obsesiva pasión por la escritura. Y además, porque a veces ocurre que uno no se enamora en vano.

E. J. L.

"Únicamente en la incertidumbre de lo que uno es puede encontrarse el comienzo de alguna revelación."

El fiscal (1993), Augusto Roa Bastos

"La muerte es la misma para todos,
pero cada uno muere a su manera."

Novalis

"… el interés del cuento radica en el acto de relatar: la narración es el estilo."

"El cuento como pasado activo", en **De Poe a Kafka. Para una teoría del cuento (**1995)

Mario A. Lancelotti

CARPETAS

I

Hay cosas que no se pueden hacer impunemente. Escribir es una de ellas. Lo supo tarde en su vida como una verdad ineludible y tajante, pero tal vez siempre lo supo como una subliminal certeza. Porque si hoy está convencido de que escribir es su destino, antes de alguna manera lo presentía.

II

Cada mes, religiosamente, desde hace años, escribo al menos un texto breve. Después lo pulo, corrijo con esmero y fruición detalles y texturas, tonos y sintaxis, intención y desenlace. Lo guardo en una carpeta, lo dejo añejar, lo colecciono junto con otros sin más orden que aquel en que cada escrito fue naciendo. No he querido revisarlos cada tanto tiempo ni pensar en la posibilidad de ir preparando un libro de acuerdo a temas, épocas o estilos. Una vez ingresan a una de las carpetas no vuelven a salir, al menos hasta ahora. Y ha pasado el tiempo...

III

Nada es eterno, mucho menos las decisiones. Aunque debe reconocer que cuando éstas provienen de viejos hábitos y costumbres es menos probable revertirlas.

Después de tantos años de indeclinable escritura, ha llegado a un punto de saturación, por lo que cree indispensable asumir un descanso intelectual, un respiro –no sabe si largo o corto– en su producción. Y sí, cualquier día de estos revisará los materiales de las carpetas –en realidad son muchísimas–, guardadas una sobre otra en las tablillas de

un clóset. Ya ni recuerda muchos de los cuentos y poemas que alguna vez escribió, pero ahí están... Tantos años, sí, de su vida, cuyos frutos literarios va siendo hora de examinar.

IV

Encontré toda clase de cuentos, gran diversidad de poemas, incluso algunos olvidados ensayos. Hasta una curiosa obra de teatro en dos escenas hallé. Hice una selección, en cada género. Lo que más tengo son cuentos. Creo que intentaré agruparlos, darles un orden. De los casi doscientos que escribí en ese lapso –cortos, medianos y largos–, escogí 67. Muchos de los otros fueron a dar a la basura. Soy un escritor exigente, conmigo mismo y con los demás. Ahora es mi oportunidad de probarlo. Dejaré descansar el material, luego de un mes lo volveré a leer. Puliré cada texto al máximo, haré una versión final, un índice; pondré al libro un título de los tantos que he imaginado.

V

Ha decidido darle a la obra un giro metaficcional. Bueno, piensa, un giro no, porque antes no tenía plan alguno, pero sí una intencionalidad. Para ello colocará de primero un cuento titulado *"Carpetas"*, que habla justamente de las reflexiones de un escritor acerca de su obra, largamente postergada, que al fin decide revisar.

No es que todos los cuentos sean de este tipo, sólo algunos. Es una tendencia literaria poco frecuentada en Panamá. Eso de escribir, como tema principal de la obra en cuestión, sobre un escritor que ejerce lúcida o apasionadamente su oficio, no es algo que tiente a la mayoría, ni de escritores ni de lectores. Pero eso no importa. Es un tema como cualquier otro, igualmente válido. Lo fundamental es hacerlo bien, de manera innovadora, concluye.

VI

Me gustan los libros cuyos cuentos despliegan una temática variada; incluso los que logran narrar sus historias utilizando distintos procedimientos, técnicas que no siempre se repiten. No estoy de acuerdo en eso de que necesariamente debe haber una unidad reconocible.

Si cada cuento nace en un momento particular, de acuerdo a determinadas necesidades emocionales o estéticas, o bien con fines específicos, lo que un escritor hace pasando el tiempo no es más que reunir cierta cantidad de textos según criterios que pueden o no hacerse explícitos y que en realidad sólo a él incumben. Y si existiera dicha unidad, ésta podría manifestarse abiertamente, pero también sólo insinuarse, no sólo por el lado del tema sino igualmente por el del estilo, las técnicas, la época de su escritura o la actitud del autor frente a los conflictos planteados.

El libro que he preparado en esta ocasión, como otros ya publicados, combina varios de estos criterios de selección. Podría decirse entonces que se trata de una obra deliberadamente híbrida en su escritura. Porque los géneros literarios se mezclan en ciertos cuentos hibridizando así también esa parcela de la creatividad. Como bien lo sabía Borges, lo narrativo no se opone ni entra en conflicto necesariamente con la reflexión propia de la reseña crítica ni con la poesía cuando éstas son sugerentes impostaciones de la voz, montajes, parodias o formas apócrifas de relativizar la rigidez tradicional del relato.

VII

Es hora de cerrar este texto, cuyo narrador único acaso sea al mismo tiempo el autor

de un libro mayor, que lo contiene. Siempre somos sin saberlo, o tratando de negarlo, parte de una trama superior, sin duda más compleja, que nos rebasa: Si en esta historia uno es el protagonista cuyo oficio es ser escritor, en otras probablemente no exista como personaje a pesar de ser el anónimo responsable del libro todo.

Y tú, lector virtual o real, eres la única fuerza que hace posible, en más de un sentido, que la escritura tenga sentido. Lo sabes, o al menos lo intuyes. Sigue leyendo pues, porque si bien el mundo es ancho y ajeno, deja de serlo cuando te lo apropias en relatos como éste y te conviertes, a tu manera, en su creador.

LA VIEJA CASONA ESA NOCHE

I

Cayéndose a pedazos por fuera, la vieja casona mantiene en pie su sólida estructura colonial. En algún sitio debo albergar estos recuerdos que me llegan cada vez que cierro los ojos en las noches del insomnio reciente, éste que me impide dormir pero no soñar. Porque parece mentira cómo sueño despierto con sólo poner la mente en blanco y dejarla flotar en medio del silencio. Y es entonces cuando va y se aloja en la estancia familiar de aquella casona, y se materializa la escena de la que hasta ahora tengo memoria. Memoria que no me pertenece del todo porque ahí están mis hermanos y mi padre y hasta el viejo gato que heredamos de la abuela, y yo soy apenas una ausencia palpable.

II

Juan Pedro tiene cinco años. Pelirrojo y previsiblemente pecoso, sentado en el piso pinta con lápices de colores en la libreta de figuras dibujadas por el talento precoz de Rodolfo Alejandro, seis años mayor, quien juega damas con papá, muy reconcentrados ambos. Yo no estoy ahí, y no obstante sé que todos sienten mi presencia. Soy el mayor, un adolescente alto y delgado que estaría leyendo un libro aislado en un rincón, en mi mecedora favorita, si estuviera en aquella estancia esa noche. Un libro que sin duda sería una novela policíaca, de ciencia-ficción, o de fantasmas.

Ha sido un juego largo el que le da finalmente la victoria a Rodolfo Alejandro tras un gran esfuerzo frente a la experiencia de mi padre. Éste, abrumado por la derrota a manos del hijo al que hace sólo un año enseñó a jugar, decide en ese momento que su próxima

tarea será entrenar a mi hermano en el ajedrez, un reto mucho más tentador. Jubilado recientemente, el viejo disfruta cada momento del tiempo que procura pasar con nosotros.

El gato, que ya debe tener unos quince años y se ve flaquísimo, dormita sobre el tapete largo en el que esplende una luna redonda sobre el azul grisáceo de un mar rectangular. Es un angora, de largo y sedoso pelaje blanco con estrías negras, al que la abuela bautizó como Einstein. Alguna vez le pregunté sobre este nombre, y simplemente me dijo: "¿No ves cómo se parece? Es igualito". Lo que ella no se imaginaba era que en esa época –yo tendría unos seis años– no tenía la más remota idea de quién era ese señor.

¡Algo pasa! Juan Pedro ha dejado de colorear, el lápiz queda suspendido en su mano izquierda sobre la libreta, la boca entreabierta, su piel tan blanca ahora palidísima.

Mi padre y Rodolfo Alejandro se quedan a mitad de las palabras que ya no llegarán a decirse, el índice y el pulgar derecho de cada quien crispados en la ficha –roja una, negra la otra–, que se disponían a mover sobre el tablero a cuadros de ambos colores.

Einstein ha despertado y se incorpora de pronto, orejas paradas y él mirando hacia mi rincón favorito cómo la mecedora es lo único que se mueve, columpiándose bruscamente, mientras todos permanecen congelados en esa escena que mi recuerdo ahora observa.

III

Por primera vez habíamos ido a pescar ese fin de semana. Siete muchachos sanos, amigos de niñez, buscando la aventura emocionante de ese paseo a un río conocido. Alguien me retó a nadar después de la alegría de los anzuelos repetidamente exitosos y un almuerzo exiguo. El surco es ancho y hermoso, y debemos atravesarlo de una orilla a la otra

en competencia. Cada quien, colocados lado a lado, se lanza al agua a la cuenta de tres.

En el camino un calambre bárbaro muerde mi pantorrilla. Entre el filo del dolor y la conciencia súbita de haberme quedado solo y sin poder gritar del susto, en medio del río me paralizo. Eso y empezar a ahogarme son casi la misma cosa.

En algún momento los veo llegar al otro lado, juntos varios, por turnos los demás. Tardan en darse cuenta de que mi cabeza y manos afloran una y otra vez en ráfagas decrecientes, saturándose de agua mis pulmones, silenciada mi voz, los ojos queriéndoseme salir de las órbitas.

Sólo dos de mis amigos tienen fuerzas para nadar hasta mi cuerpo semihundido, agarrarlo entre ambos, irlo jalando hasta la orilla con histéricas brazadas.

Así me lo imagino, porque en realidad antes de que lleguen al sitio en que floto hinchándome ya como muñeco de goma, viajo atrás y en la casona trato de terminar en un instante la lectura de la novela de fantasmas que había dejado pendiente para cuando regresara del paseo. Pero ya no puedo.

RELACIÓN VIRTUAL

Para Briseida Bloise

Compró un ramo de rosas, hermosas como lo era ella, rojas como la pasión que lo embargaba desde que la conoció. No pudo entregárselas en persona porque cuando iba a averiguar su dirección supo poco antes que era casada. Entonces averiguó su *email* con un amigo común, y le envió el siguiente mensaje:

Angélica:

Una bella mujer casada no debe recibir flores ni propuestas indecorosas. Ambas cosas he querido hacerle llegar, sin éxito. Me han ganado el pudor y las buenas costumbres. Pero no resisto la tentación de expresarle, aunque sólo sea por esta vía, mi fascinación con usted.

Nos conocimos hace una semana. Nos presentó un amigo común. Todavía no sé si ese hecho representará mi felicidad o mi desdicha. Por lo pronto, sepa que este correo lo escribe un hombre que tiembla al pensar que mis palabras serán leídas por sus adorables ojos verdes que espero volver a admirar. ¿Me dará esa oportunidad?

Eduardo

Esa misma noche, para su sorpresa y deleite, tuvo respuesta:

Eduardo:

La vida nos da sorpresas, dice la canción de nuestro célebre cantautor y compatriota. Su correo, por supuesto, me ha sorprendido. Me atrevo a añadir que también me agrada mucho.

El matrimonio puede ser un palacio de manjares exquisitos, un simple recinto aceptable o una cárcel. Por el momento vivo a gusto dentro del segundo concepto. Pero nada es inmutable, mucho menos los conceptos y las emociones... Y a veces surgen elementos externos que propician el cambio con la sutileza del pétalo de una de esas rosas que usted quiso obsequiarme, o con la fuerza arrolladora de un río que un buen día se desborda.

Sin duda tenemos en común las palabras; la escritura que, a falta de sonidos, expresa los sentimientos en silencio. Es un comienzo. Hay silencios enormemente elocuentes.

Angélica.

Por supuesto, no bien había leído las alentadoras palabras de la mujer, ya estaba respondiéndole. Consideró indispensable mantener el tono elegante, el aire de poeta, procurando a toda costa no caer en la cursilería.

Angélica:

No puedo esperar hasta mañana para contes

consideraba “chapado a la antigua”. La agresividad de las mujeres de ahora no dejaba de sorprenderle.

*** * ***

Angélica no llegó esa noche, ni contestó más sus correos. Eduardo no sabía qué pensar ni qué hacer. Estaba desolado. Después de varios días de casi no comer y de dormir mal, localizó a su amigo el arquitecto. Éste no la había vuelto a ver desde el día en que los presentó. Pero le dio su teléfono.

Una grabación en la voz de un hombre, invitaba a que se dejara un mensaje. Llamó innumerables veces a lo largo de una semana, siempre con el mismo resultado frustrante. Decidió al fin grabar estas palabras:

Soy el Arquitecto Eduardo Arosemena. El mensaje es para la señora Angélica de Palau en relación con su solicitud de presupuesto. Favor de comunicarse al 215-9329.

Pasaron dos días más, y nada. Le pidió la dirección al común amigo y se fue a verla dispuesto a todo. No había nadie en casa esa mañana. Ni en la tarde. No sabía qué hacer. Entonces averiguó con Luis Enrique el nombre y la ubicación de la empresa en la que trabajaba el marido de Angélica. Ahí le dijeron que Andrés Palau había renunciado inexplicablemente la semana anterior, y que no tenían noticias suyas. Desesperado, Eduardo se instaló, en su carro, en la esquina de enfrente de la casa en que residía la pareja.

Lleva un mes viviendo en el auto. Sólo sale para ir a comer cualquier cosa y para buscar dónde hacer sus necesidades. Últimamente compra pura comida enlatada y la almacena en el asiento de atrás, donde desayuna y cena y duerme. Los vecinos reportaron alguna vez su presencia sospechosa en el lugar: barbudo, sucio, maloliente, lamentablemente envejecido; pero tras hablar con él y registrar el carro, la policía decidió

que no estaba infringiendo ninguna ley y lo dejó tranquilo.

Nadie llegó hasta la puerta de Angélica en los dos meses en que Eduardo estuvo frente a su casa. Y una noche, decidido, optó por forzar la puerta y entrar. No había nadie. Pero encontró encendida la computadora, y en la pantalla un mensaje dirigido a él, que no pudo ser enviado. Fechado el mismo día de la cita, decía:

Leyó todo. Me siguió. No llegué porque me interceptó. Me obliga a irme con él. Ignoro dónde me lleva. Ahora sí estoy en la cárcel, dejó de ser metáfora...

Llamó a la policía. Les contó la historia. Vieron todo el intercambio de correos a partir del único que no se envió. Prometieron hacer una investigación preliminar, pero no sin antes advertirle que "entre marido y mujer nadie se debe meter". Era poco lo que podía hacerse, ya que todo parecía estar en orden en la casa: la ropa de ambos colgada en sus respectivos clósets o cuidadosamente doblada en la cómoda, las joyas guardadas en tres cofres en varias gavetas, documentos importantes archivados en carpetas especiales, ninguna señal de violencia.

—¿Pero y el último mensaje? –preguntó Eduardo, preocupadísimo. —¡Prácticamente habla de un secuestro!

— No dice eso –exclamó el sargento.

— Pero fuertemente lo sugiere –aseguró él.

— Tal vez –dijo el policía. —Veremos. Por lo pronto, usted no se nos pierda. ¿Va a seguir viviendo allá afuera en su carro?

— No, ya no. ¿Soy sospechoso? El marido es Palau.

— Y usted... ¿qué cosa es, o era, de la señora Palau?

— Un amigo, sólo eso. Los correos son claros, ¿no?

— Clarísimos.

* * *

Al mes, Eduardo recibió un correo anónimo, que sólo podía ser de Palau:

No la busques más. Es inútil. Ya la perdiste. Ahora te toca a ti.

Lógicamente, lo interpretó como la evidencia de un posible crimen, y como una amenaza a su integridad física. Esta vez la policía tomó en serio el asunto y empezó realmente a buscar por todas partes a la pareja, aunque por supuesto Palau pudo enviar su *email* desde el más remoto de los sitios, dentro o fuera del país. Volvieron a la casa, se llevaron documentos de todo tipo buscando pistas de su paradero. De un álbum familiar extrajeron una foto de ambos tomada en algún parque, y la hicieron difundir en la televisión y en los periódicos. También hurgaron en la memoria de la computadora, pero Eduardo ya no supo si encontraron información de valor.

— Es relativamente fácil desaparecer si alguien se lo propone –le dijo el sargento a Eduardo el día que éste fue a indagar si había alguna novedad.

— Yo creo que el cabrón la mató y luego salió del país –exclamó Eduardo.

— Puede ser, pero sólo es una especulación. Puede haber sucedido cualquier cosa. Incluso, ella puede perfectamente seguir viva. Pero en todo caso no olvide que Palau lo amenazó. Aunque usted no me lo ha pedido, voy a ponerle protección por un tiempo razonable.

— ¿Qué quiere decir eso, que si el tipo no me mata en treinta días estoy a salvo, o que después de ese tiempo mi vida deja de tener importancia para la policía y me quitan la protección?

— No podemos protegerlo toda la vida.

— Por si las moscas, voy a comprar un arma.

— La verdad es que no es mala idea. ¿Sabe usar una pistola?

— No, pero puedo aprender.

— Recuerde sacar el permiso para portarla.

*** * ***

Examinando una y otra vez el escueto mensaje, Eduardo llegó a la conclusión de que si bien todo indicaba que lo había escrito Palau, no necesariamente implicaba la muerte de Angélica. Podría estar retenida a la fuerza, literalmente secuestrada por su marido. Pero sin duda la última frase tenía que ser interpretada como una amenaza. ¿Pero por qué huir llevándose a su esposa? ¿No era una acción demasiado drástica para tan poca cosa? Después de todo, no hubo nada real entre Angélica y yo, se dijo. Aunque lo más probable es que, de habernos visto, lo hubiera habido pronto, lo cierto es que él no la dejó siquiera llegar a la cita. Por lo general un marido celoso procura atrapar *in fraganti* a su mujer para así poder castigarla, pero en este caso, concluyó, la evidencia es totalmente virtual; no se sabe cómo hubieran resultado las cosas... Abandonar casa y trabajo así, de golpe, no suena lógico. Tal vez el hombre era superceloso, impaciente en extremo, y no pudo contener su rabia por la osadía de la mujer. A lo mejor la interceptó, riñeron, la golpeó y se le pasó la mano, decidió desaparecer con el cuerpo sin dejar evidencias. Una pareja tiene, después de todo, el derecho de irse donde le dé la gana sin que a eso pueda considerársele delito. Pero si esa era la intención, ¿por qué despertar sospechas innecesariamente enviando ese correo?

* * *

La incógnita, como ocurre muchas veces, nunca se aclaró. Simplemente no se volvió a saber de la pareja. El municipio confiscó sus propiedades y devolvió el apartamento a la inmobiliaria, que pronto lo volvió a alquilar. Eduardo, de por sí poco sociable, se volvió un auténtico ermitaño: jamás pudo liberarse de la amargura que le causó durante el resto de su vida el no saber qué fue lo que realmente sucedió. O, lo que es peor, lo que hubiera ocurrido con su vida si llega a estar con Angélica.

Pero yo sí sé, y el secreto morirá conmigo. Si he escrito este anecdotario apócrifo es porque me encanta ejercer la imaginación, lo cual no niega, por supuesto, la naturaleza cierta de varios de sus pasajes. De casi todos en realidad, la verdad sea dicha. Me reservo, por supuesto, mi identidad.

LARGO VIAJE INTERIOR

"Escribir –para mí al menos– es como relatar un viaje que aún no he realizado. Lo voy imaginando a medida que las palabras encuentran su cauce, sus relaciones de todo tipo: imprevistas en su franca espontaneidad, mortales, adúlteras o incestuosas, y casi nunca al revés; es decir, es poco frecuente que primero visualice sitios o sucesos o personajes y luego me ponga a plasmarlos con palabras. Éstas son a menudo las parteras de todo lo demás, los rieles o puentes que me permiten avanzar en firme con lo que después será llamado "la historia". Sé que es poco común esta forma de crear, pero bueno, es que tampoco yo soy un escritor muy común que digamos…"

Escuchaba por primera vez la entrevista que había grabado un año antes, durante un receso en el Congreso al que había asistido el panameño junto con otros escritores. Había sido en la Universidad de Salamanca y, ante la imposibilidad de conversar con el nicaragüense Sergio Ramírez, siempre rodeado de admiradores en busca de que estampara su firma en alguno de sus libros, el joven periodista tuvo que optar por Ernesto Avilés, al que en esa época muy pocas personas en España conocían. Pero ahora su novela **Largo viaje interior** se había hecho célebre y su autor daría una conferencia magistral en el Palacio de Bellas Artes del Distrito Federal mexicano ante cientos de espectadores jóvenes y no tan jóvenes, que sin duda ya abarrotaban la taquilla del hermoso edificio.

Le cambió la cinta a su grabadora, tomó la cámara y salió apresuradamente del hotel en que estaba hospedado, a sólo dos cuadras del lugar. Contrario a la ocasión anterior, cuando estudiaba periodismo en Salamanca, había viajado desde Panamá tras la pista de

Avilés, quien residía ahora en Barcelona con su esposa e hijos, con la esperanza de que le concediera esta vez una entrevista más extensa y variada. Trataría de vendérsela a uno de los principales periódicos españoles que en fechas recientes competían entre sí por el escritor panameño como objeto casi de veneración. No entiendo por qué, se dijo mientras se desplazaba a grandes pasos hacia Bellas Artes; aunque es mi compatriota y ha elevado considerablemente el estatus de la literatura nacional, tampoco es Vargas Llosa. Su novela es muy buena, sí, y sin duda es un autor diferente, pero tampoco es para tanto. O bueno, si acaso lo fuera, me toca descubrirlo y ponerlo de manifiesto desde mi óptica, precisamente de eso se trata todo esto.

Ya estaba llena la sala de conferencias Manuel M. Ponce cuando, tras entregar su pase de cortesía, no pudo encontrar un solo asiento vacío. Era un sitio enorme, solemne, y sin embargo acogedor. El escenario, en el que sólo había una mesa pequeña, un micrófono, una jarra con agua y dos vasos, además de dos sillas, estaba iluminado pero aún vacío.

Apenas salieron Avilés y el Director General de Bellas Artes, el público se puso de pie y rompió en aplausos. Una recepción en verdad impresionante, que duró varios minutos. El periodista panameño no pudo menos que sentirse orgulloso de su coterráneo. Por unos segundos sintió un nudo en la garganta y luchó por impedir que esa manifestación de sentimentalismo se prolongara en su ánimo. ¡¿A qué viene tanta emoción, se preguntó molesto, si prácticamente no lo conozco y, además, él muy poca ostentación hace de su panameñidad?! Más bien se jacta de ser un escritor “universal” y critica “los regionalismos que limitan y que a veces pueden incluso llegar a castrar potenciales artísticos más trascendentes”, como declaró alguna vez en el colmo de la pedantería. Los grandes autores solían afirmar que lo universal estaba en la profundización sensible de lo regional, de la vivencia local, pensó; Balzac, Flaubert, Chéjov, Faulkner, Rulfo, García Márquez, y

muchos otros eran buenos ejemplos de eso, ¿por qué habría de ser diferente el caso de Avilés? Sin embargo, su única novela en verdad era muy buena y nada tenía que ver con Panamá, al menos de forma evidente. **Largo viaje interior** era una obra tan extensa como sugería su título –628 páginas–, y su naturaleza híbrida y cambiante no permitía su clasificación en ningún estilo o escuela conocidos. En rigor, estaba constituida por una mezcla sorprendente de estilos variadísimos que a veces eran radicalmente diferentes de un capítulo a otro, de un segmento a otro, incluso de un párrafo a otro, y hasta de una frase a otra, tanto en el aspecto sintáctico como en los tópicos y en la actitud narrativa. Y esta manera de escribir, compleja e inquietante, se mantenía de principio a fin, sin claudicar. En cuanto a los temas –porque había que hablar de un amplio plural– el periodista recordó que en las dos lecturas que llevaba del libro había confeccionado una lista de 38 con autonomía propia, sin contar los innumerables subtemas, y sub-subtemas que iban desprendiéndose de los muchos troncos como ramificaciones interminables. En realidad, pensó mientras el público terminaba de aplaudir casi al unísono (también él, llevado por la presión de grupo), y se sentaba, no existe en la novela un tronco común. Su estructura es la heterogeneidad misma, formal y de contenidos. En eso está su diferencia, su particularidad sorprendente. Y no hay una sola novela panameña que se le parezca; y hasta donde sé, tampoco en Centroamérica. Lo más parecido en su país, recordó, sería **La isla mágica**, de Sinán, pero ésta es otra cosa: su estructura obedece a un plan, se puede descifrar, reconstruir. La novela de Avilés, en cambio, concluyó, es absolutamente imprevisible, desconcertante. Nada más alejado de un esquema, de normas que puedan verificarse, repetirse, crear patrones… Es como si su autor, al crearla, hubiera hecho exactamente lo que le dijo en aquella entrevista que era su manera de escribir: la improvisación constante; el trabajar por asociación libre de

ideas… y de palabras; un ir creando sobre la marcha dejándose llevar por la intuición y una especie de inefable arte combinatoria.

El Director leía el breve currículum de Ernesto Avilés, intercalaba entre un dato y otro algún comentario propio buscando la amenidad, y sin duda tratando también de alargar un poco una biografía que no daba para más de cinco minutos de lectura. Nacido en Santiago de Veraguas en 1973, a los treinta y dos años, decía ahora, este autor panameño sólo ha publicado dos libros: la colección de cuentos **Círculos excéntricos**, publicado en su país por la *Fundación Señales* en 1999, a los veintiséis años; y la novela que al aparecer en la editorial española *Metáfora* en 2004, fue el inicio de su gran éxito de crítica y de venta: **Largo viaje interior**.

El periodista recordó los 10 cuentos del primer libro. ¡Sí que eran excéntricos! Sus historias, narradas por estómagos enfermos, cerebros en franco proceso de pérdida de la memoria, esófagos atragantados, hígados delirantes, vejigas henchidas, apéndices en vías de ser destruidos por la peritonitis, narices perturbadas por olores insoportables, intestinos que luchan por destrabar obstrucciones necias, ojos a punto de ser absorbidos por cantidades hiperbólicas de lágrimas, y bocas apestosas que no soportan su propio hedor, terminaban por desmejorar la buena salud del mejor de los lectores. Lo cual no le quitaba un ápice a su originalidad. Además, cómo negarlo, le parecían impecablemente escritos.

En aquella entrevista le había preguntado por qué no hay en el libro ninguna historia sobre un órgano tan importante como lo es el corazón, a lo que Avilés respondió que ése se lo guardaba para sí, en buen estado, pues él pensaba con el corazón, no con el cerebro, y necesitaba tener permanentemente lúcido su bombeo vital de sangre, ideas y emociones. “Pero entonces también sientes con el corazón, te emocionas activando sus latidos, como todo el mundo”, le había dicho irónicamente en ese momento al escritor, a lo que éste

replicó: “Por supuesto, el corazón sirve para todo, siempre está activo, por eso no se puede abusar de su nobleza, al menos yo no puedo”. Y cuando le preguntó para qué le servía entonces el cerebro si él pensaba con el corazón, comentó que para fornicar de manera perfecta. La entrevista causó impacto: se publicó en Panamá en el diario “Panamá América”, y fue reproducido en varios periódicos centroamericanos, y en “La Jornada” de México.

Mientras el Director General del INBA cometía la estupidez de tratar de robar cámara leyendo un segmento de una reseña suya sobre la novela de Avilés en lugar de darle de una vez la palabra, era evidente que el numeroso público empezaba a impacientarse. El periodista recordó aburrido que en aquella otra ocasión, en Panamá, en cierto momento le preguntó al escritor su opinión sobre los políticos. La respuesta le pareció tan brillante que había terminado por aprendérsela de memoria.

“*Los políticos, con raras excepciones, terminan siendo más temprano que tarde personas realmente despreciables. La falsedad que caracteriza su comportamiento, al igual que las demagógicas intenciones de su retórica habitual, suelen anteceder a su caída en la corrupción y, posteriormente, en la impunidad que un sistema carente de valores propicia y al final sanciona. De ahí que el diputado Baltasar Arjona Romero merezca, como sus nada honorables colegas, todo mi repudio. Lo que esta vez han hecho no tiene nombre. Y yo, en lo personal, como parte afectada, no puedo perdonar su ofensa. Merece el peor de los castigos. A falta de justicia verdadera en este país, sólo quedaba tomármela yo en mis manos y darle su merecido. Cualquier otra opción salía sobrando. Por eso lo ridiculizo a muerte en mi novela”.*

Efectivamente, se lo había preguntado pensando en el ya célebre pasaje de **Largo viaje interior** en que Avilés describe con pelos y señales la degradación moral y física de

un político innominado que, sin embargo, todo el mundo en Panamá reconoce como Baltasar Arjona Romero, diputado del partido gobernante, quien propuso y logró pasar una infame ley que grava considerablemente la compra y venta de libros de toda naturaleza, ahora que se había logrado al fin despertar un interés generalizado por la lectura, perjudicando así a escritores, editores, libreros, bibliotecarios, estudiantes, profesores y público lector. Aquella aceptación, sin duda realizada en un impulso que luego lamentaría, le causó una demanda a Avilés, interpuesta, claro está, por el diputado, la cual perdió meses después el escritor pese a los esfuerzos dilatorios de su abogado. Tuvo que pagar una alta suma por su exabrupto. Sin embargo, se levantó en el país tal actitud de solidaridad con él, y a favor de la exoneración del malhadado impuesto a los libros, que poco después la mentada ley fue derogada. El asunto tuvo la virtud de elevar enormemente la popularidad de Avilés, a quien todos los periodistas locales trataron de entrevistar. Algunos lo lograron. Por supuesto, su novela triplicó las ventas y fue reeditada varias veces. Poco después los críticos y las editoriales internacionales, y también los traductores a varias lenguas europeas y asiáticas, se interesaron en la obra. Ernesto Avilés era famoso en el mundo entero. Una de las más importantes editoriales españolas le ofreció entonces una beca de dos años para que se fuera a Barcelona y se dedicara solamente a escribir su próxima novela. En una entrevista reciente publicada en el diario *"El Heraldo de México"*, Avilés había declarado ayer, recordó el periodista, que pronto la terminaría, y que se iba a titular: "**Sanseacabó**". Cuando le preguntaron acerca del tema, contestó simplemente: "Relata el final trágico de un gran amor por culpa de una gran mentira". Es de suponer, especula el entrevistador mexicano, que Editorial Cosmos ha hecho un adelanto millonario al escritor panameño por su nueva novela, cuya aparición se anuncia ya para principios del próximo invierno.

Al fin se disponía a hablar Ernesto Avilés. Tras mostrarse agradecido con las autoridades culturales de México por haberlo invitado a tan hermoso país, que no conocía, señaló que lo que más le interesaba era conversar con el público, contestar sus preguntas, por lo que sólo hablaría quince minutos sobre diversos tópicos que le interesaban, y luego le daría la palabra a quienes tuvieran a bien preguntar o comentar algo de forma breve.

Habló de características tradicionales del cuento y la novela, y de la necesidad de innovar en ambos géneros. Él, afirmó, trataba de hacer justamente eso: innovar, tanto en los contenidos como en la forma. Sus dos libros eran prueba de ello. Repetir viejos temas, estructuras y estilos en pleno siglo XXI era, más que una estupidez, sin duda una prueba de incapacidad, de falta de talento. En lo novedoso estaba no sólo una parte de la motivación que lo impulsaba a crear, sino también la única posibilidad de éxito literario permanente; a veces, como en su caso, también de éxito comercial, señaló. Porque no había más que buenos escritores y malos escritores. Y los buenos siempre hacían cosas diferentes, imprevistas, a menudo incluso irreverentes, y lo hacían bien. No consideraba en absoluto una inmodestia autoincluirse en la lista de los buenos.

Limitarse a escribir sobre el país de uno, sobre una sociedad determinada, sobre los problemas personales del autor, dijo, es la mejor manera de no trascender. Hay que ir más allá de lo inmediato, de las raíces, sin renunciar a ellas. Lo cual significa ahondar en la experiencia humana incorporando aristas y recovecos poco explorados, buscando exponer lo singular, lo raro, lo extraordinario, acaso lo maravilloso, pero también lo trivial, lo chato, lo banal, lo absurdo, sin duda lo cotidiano que de tanto acometerlo ya no lo tomamos en cuenta como algo significativo, explicó.

Resaltó la importancia del erotismo, lo fantástico, lo metafísico, lo poético y lo metaficcional en sus dos obras publicadas y en la novela que terminaba, sin entrar en

detalles sobre esta última. Al respecto sólo destacó el papel que jugaban en ella los refranes, los aforismos, los juegos de palabras, la intertextualidad y la parodia, que por supuesto no eran recursos nuevos. Acaso lo diferente, señaló, fueran los modos de combinarlos en el texto, de hacer que cada técnica no lo pareciera, sino que se sintiera como materia viva e imprescindible del corpus general.

Luego se refirió a su afición por el periodismo cultural, a la necesaria soledad del escritor, a la importancia de los viajes e incluso de residir en otros países cierto tiempo como una manera de recargar baterías y de aprender nuevas experiencias. Habló de su desprecio por los políticos y los dogmas religiosos, y de sus lamentables limitaciones personales en materia de tecnología. Terminó haciendo un llamado a la lectura como forma de salvación individual, y a la escritura como un procedimiento terapéutico profundo y eficaz. Su última frase fue: “Soy un escritor innato y auténtico, y moriré siéndolo”.

Había hablado media hora. Tras invitar nuevamente al público a que dialogara con él, Ernesto Avilés se tomó lentamente, y con visible agrado, el vaso de agua completo. Después se hizo un largo silencio en la sala. El periodista panameño no perdió la oportunidad de ser el primero en levantar la mano, recibir un micrófono inalámbrico de parte de la azafata, e interrogar de inmediato a su compatriota.

— Una de las fijaciones del diputado que más comentarios ha merecido de parte de los lectores como uno de los muchos personajes de su novela **Largo viaje interior** es su evidente obsesión por el sexo oral. ¿Se trata de una proyección autobiográfica del autor o de una crítica a la personalidad del personaje, y por extensión a los políticos en general?

Otra vez se sintió en la sala el espesor del silencio, e incluso Avilés mismo permaneció callado más tiempo del esperado. Después respondió:

— Si no me fallan la vista y la memoria, tú eres Hermes Solano, joven periodista panameño, mi compatriota.

— Así es –dijo el periodista.

— Honor que me haces al venir hasta México a escucharme. Este joven me entrevistó admirablemente en Salamanca hace como un año, ¿verdad? Bueno, tu pregunta sin duda es interesante, ¿no creen? Para serte sincero, las dos cosas son ciertas, aunque por supuesto la intención central es denigrar al diputado, quien con su conducta enfermiza avalada por la permanente impunidad que le es propia a los principales políticos del país, no cesa de denigrarse a sí mismo con sus actos. Evidentemente todo exceso es malo, en todos los órdenes; y llevado a extremos a la larga acarrea consecuencias negativas.

— **Círculos excéntricos**, su primer libro, es de cuentos –dijo en seguida otra persona. — Ahora termina usted su segunda novela tras saborear el éxito de la anterior. ¿Ha dejado definitivamente de escribir cuentos por complacer a las grandes editoriales, que prefieren y a veces exigen sólo novelas a los escritores?

— ¡Otra pregunta interesante! No pienso plegarme a los caprichos de las editoriales. Soy cuentista y novelista, como lo fueron Rulfo, Onetti y Roa Bastos, como lo son García Márquez, Benedetti y Fuentes, entre otros. Simultáneamente a mi nueva novela **Sanseacabó** preparo un volumen de cuentos que incluso ya tiene título también, aunque por ahora me lo reservo. Esto lo digo por primera vez; apúntenlo, amigos periodistas. Sólo entregaré la novela a Cosmos si garantiza la publicación inmediatamente posterior de los cuentos, quince en total. Me encantan ambos géneros, en ambos me siento a gusto, aunque exigen cuotas de energía, creatividad y perseverancia muy distintas. Espero que mi actitud

de respeto, dedicación y exigencia hacia el cuento contribuya a elevar su estatus editorial y reputación.

— Ahora publica en España. Cosmos lo ha comprometido. ¿Cuándo publicará en una editorial mexicana? –quiso saber alguien en un tono que al periodista panameño le pareció exageradamente patriotero.

— Cuando me ofrezcan un mejor contrato que Cosmos. No he firmado exclusividad más allá de los dos libros mencionados.

— ¿Tiene o piensa conseguir un agente literario que en el futuro le facilite la búsqueda y negociación de otros acuerdos editoriales convenientes? –preguntó una señora, la primera mujer que tomaba la palabra.

— Estoy abierto a todo, pero por ahora prefiero estar a cargo de mis propias búsquedas y negociaciones. Además, no tiene sentido hacer algo así cuando uno no tiene todavía nuevas obras que ofrecer. Aún no termino de pulir mis dos nuevos libros, aunque ya falta poco, en ambos casos. La tranquilidad de poder dedicarse uno solamente a escribir es el sueño de todo escritor. En mi caso, un sueño realizado. Al menos por ahora.

— ¿Qué clase de cuentos integran el libro que termina junto con la novela? –interrogó una joven.

— Son cuentos que oscilan entre lo fantástico, lo absurdo y la metaficción. Cada uno, por supuesto, es diferente, autónomo. No le puedo decir más.

— ¿Podría definir esos sub-géneros: la literatura fantástica, la del absurdo y la llamada metaficcional? –insistió la misma chica.

— Ustedes saben que las definiciones son peligrosas, inconvenientes, pero a veces ayudan al menos a orientar un poco a la gente. Un texto es fantástico cuando en él ocurre

una fisura de la realidad; la irrupción de un elemento, de una situación, que desquicia el sentido racional o lógico de las cosas, el flujo normal de la cotidianidad. La literatura del absurdo, como las otras dos modalidades mencionadas, tiende al sinsentido, a la incongruencia; a veces se roza con la parte sobrenatural de lo fantástico. En cambio, un texto es metaficcional cuando de alguna manera alude a sí mismo, a sus reglas del juego, a su proceso de escritura, o cuando reflexiona en torno a la creación artística, al escritor, a sus problemas o intenciones. A veces se le llama también autorreferencial. Ya parezco profesor de literatura, ¿no?

— Su novela es, entre otras cosas, erótica. O al menos tiene diversas escenas en las que la relación sexual es muy explícita. ¿Se justifica tanta procacidad? –dijo en tono grave un señor mayor.

— ¿A usted le parecen escenas procaces? –quiso saber Avilés.

— La verdad, sí. Me parecen pura pornografía. No hay por qué describir todo con pelos y señales –contestó, y en seguida formuló una pregunta retórica: —¿Por qué no dejar algo a la imaginación?

— Cada quien tiene su propio código moral, o no lo tiene. Aunque no lo crea, siempre dejo mucho a la imaginación. Si todo lo que se hace, se siente, se piensa y se desea durante la relación estuviera ahí, la novela sería interminable, el cuento de nunca acabar...

Estalló una sonora carcajada en la sala. Después se hizo un largo silencio. El director del Instituto, tras mirar su reloj, comentó tomando en sus manos el micrófono:

— Queda tiempo para sólo tres preguntas breves. El escritor Avilés tiene que tomar el avión en un par de horas para trasladarse a la Feria Internacional del Libro en Guadalajara. Les agradecemos su comprensión.

— ¿Por qué no aparece Panamá en su primer libro? –preguntó decidido el periodista panameño.

— Panamá está en las playas, selvas y lluvias torrenciales que abundan en mi novela, en el calor abrasador, en los personajes cuyo *modus vivendi* es la política, o más bien la demagogia que se finge política. El libro de cuentos, en cambio, es un experimento surrealista, a ratos expresionista y alegórico, que no pretende tener referentes sociales en una realidad histórica o geográfica. Cada obra es como es, y no hay obligación alguna de hacerle publicidad, buena o mala, al país de uno, ni a nada.

— ¿Qué piensa de los *best sellers*? –inquirió alguien.

— Envidio su fabulosa capacidad de venta; aborrezco su facilismo y la manera en que se hacen pasar por buena literatura. Sin duda tienen su público, y hacen ricos a sus autores y editores, y felices a mucha gente. Generalmente no son libros que sobreviven, y yo quiero sobrevivir en mis libros, a través de ellos.

— Una última pregunta... –exclamó de pronto el Director del Instituto, dirigiéndose al público.

— ¡Acá! –gritó casi un joven que en seguida se identificó como periodista mexicano. — ¿Podría decirme si piensa seguir cambiando de estilo en cada nuevo libro?

— No se trata realmente de un plan preconcebido. Así me salen. También es el caso con las dos nuevas obras. Cada una tiene su estilo, sus temas muy particulares. Lo que sí te puedo decir es que procuro no repetirme, aunque a veces me resulta inevitable en cuanto a esos tres sub-géneros que antes mencionamos, si bien lo específico de los temas y los estilos varía substancialmente de texto a texto... La creación literaria, como el amor, es una búsqueda continua, una indagación permanente que va tomando muchas formas y

encontrando respuestas diversas y hasta contradictorias. Como la vida misma... ¡Muchas gracias por su presencia aquí!

*** * ***

Quince minutos después, a la salida del Palacio de Bellas Artes, el escritor panameño Ernesto Avilés fue víctima de un atentado que acabó con su vida. También falleció el Director del Instituto. Un asesino a sueldo, que en seguida huyó y horas más tarde encontraron sin vida en un hotel cercano, les disparó una salva completa con una AK-48 desde un taxi en marcha que resultó ser robado.

No fue precisamente la literatura panameña la que vendió periódicos al día siguiente en México y Panamá, pero sí la noticia del asesinato de un talentoso escritor de este pequeño país. El único sospechoso: el diputado Baltasar Arjona Romero, que por supuesto se encontraba convenientemente sesionando a esa hora en la Comisión de Salud de la Asamblea Nacional de Panamá. Cuando se le pregunta a las autoridades mexicanas acerca de la investigación que realizan sobre este lamentable crimen, contestan lo mismo que las panameñas: “Estamos trabajando en eso”.

*** * ***

Han pasado seis meses y los dos libros de Avilés, que se reeditan ampliamente en toda América Latina, han sido traducidos a múltiples lenguas. Se dice que sus familiares negocian con varias editoriales mexicanas y españolas la publicación de sus otros dos libros inéditos. La novela, ahora ya se sabe, cambió misteriosamente de título; ahora se llama: **El imperfecto crimen letrado**; la colección de cuentos: **Indicios**. Ambas obras, se rumora, tienen garantizada su traducción a más de 15 idiomas.

Andrés Milla, el joven periodista panameño que primero entrevistó a Ernesto Avilés, publicó simultáneamente pero con fotos distintas en todos los periódicos nacionales –cosa nunca antes vista en el país– un recuento completo del diálogo sostenido en la Sala "Manuel M. Ponce" del Palacio de Bellas Artes entre el destacado escritor y el numeroso público presente esa noche. Se comenta que ahora prepara una biografía del malogrado autor para la Editorial Diana, de México, que incluirá diversas entrevistas y algunas de las principales reseñas críticas aparecidas sobre sus libros. El periodista no lo confirma ni lo niega. Pero reconoce que ha viajado en varias ocasiones al país azteca, al igual que a España, y que estudia la vida y obra de su inmolado compatriota.

El diputado Arjona Romero, por su parte, se mantiene siempre ocupado en sus labores en la Asamblea Nacional. No ha querido conceder entrevistas, ni al periodista Milla ni a nadie. Nada hay más importante para él que su trabajo en la Comisión de Salud. Además, alardea de que goza de inmunidad parlamentaria. Sin embargo, cuando alguien insinúa que es la única persona que tenía diferencias conocidas con Avilés, contesta indefectiblemente:

— Presente las pruebas. Lo mío es inmunidad, ¿comprende?, no impunidad. ¡Presente las pruebas!

INTERCAMBIO

Nadie le prestaba la menor atención. Era algo muy evidente. Al menos para mí, que sí tenía buen rato observándolo comportarse como un perfecto idiota ante la indiferencia de los transeúntes. La verdad es que me daba un poco de pena verlo así, tan ignorado, tan solo e inútilmente ridículo. Hasta que me vio mirándolo muy serio pero interesado, como siempre. Entonces dejó de pronto de gesticular, de hablarse, de reír a carcajadas cada cinco minutos como si sus resortes interiores estuvieran en sincronía con una secreta y enigmática señal. Fue cuando perdí la compostura. Porque, intercambiando actitudes sin el menor aviso, me solté a reír como un loco con el ritmo y frecuencia que su risa había tenido. Me contempló con lástima, como nunca lo había hecho y, en un descuido, se marchó sin mí, tranquilo ahora, sin duda aliviado, feliz. Uno no se libera todos los días de su necia sombra.

VOCACIÓN PROFUNDA

Toda la vida quiso ser piloto. Su gran fuerza de voluntad le permitió realizar su sueño al cumplir la mayoría de edad. Pudo hacerlo con singular destreza y su desempeño fue óptimo, aplaudido por los especialistas, quienes le acompañaron en su primer vuelo.

Al regresar a tierra se sintió contento, pero no del todo satisfecho. Algo faltaba. Algo que sólo se le hizo claro durante su segundo vuelo, éste sí de índole comercial. Descubrió entonces que su vocación profunda, si bien inconcebiblemente irracional, era más bien la de ser uno solo con el avión mismo, parte integral de su naturaleza metálica confeccionada milimétricamente para volar. Y así, para espanto del copiloto, en cierto momento, estando ya sobre las nubes, su cuerpo se fue asimilando irremediablemente primero al asiento, que su cuerpo atravesó con facilidad, y luego al fuselaje del aparato, hasta desaparecer por completo en la cabina de mando. Nunca más volvió a saberse de él.

Hasta el día que, por fatiga del metal, jubilaron al avión. Habían pasado veinte años. Entonces alguien vio desprenderse del costado derecho del aparato, como en cámara lenta, una figura ectoplasmática que, tras irse armonizando consigo misma, logró mantenerse un instante en pie. Pero en seguida se desmoronó convertida en innumerables partículas de oxidado metal que el viento de agosto se encargó rápidamente de dispersar.

LA OCTAVA NOCHE

Claro que si yo lo hubiera sabido entonces las cosas habrían sido de otra manera. Pero quién para adivino. Se hace lo que se puede, en todo caso. Lo demás, como dijo Shakespeare, es silencio. Aunque no silencio eterno. Más bien del otro, el natural, el de la vida cotidiana. El que arrima su cauce y como quien no quiere la cosa nos arrastra tranquilamente en su corriente. Además, yo siempre me he preciado de aprovechar las oportunidades, y ésta parecía caída del cielo.

Ella llegó como a las seis, cuando todavía el sol impregnaba de una suave claridad las calles del barrio y la gente iba y venía sin prisas ni sobresaltos de ninguna clase. Casi hubiera podido ser una escena bucólica. Como todos los días, más o menos a esa hora, yo regresaba cansado del trabajo en la fábrica. Nos topamos en la esquina al ponerse en verde el semáforo. Imposible negar que hubo intercambio de miradas, deseos de hablarnos, incluso ganas de que el cambio de luz demorara más de lo usual. Porque tanto ella como yo sentimos de golpe la atracción, esa sutil pero evidentísima sensación de querer ahondar en el momento, de compartir sus fisuras, su creciente tensión que nadie buscaba pero nos había apresado sin remedio.

La luz se puso roja, los carros se detuvieron y las personas que aguardaban empezaron a cruzar la calle. Sólo al quedarnos a solas en esa esquina nos dimos cuenta cabal de lo ocurrido. Supimos de un mismo comportamiento, una similar actitud. No podíamos dejar de mirarnos, muy serios al principio, empezando a sonreír poco después. Habíamos entendido la afinidad pero no su sentido, pues ninguno de los dos decía palabra. Hasta que tomé la iniciativa y balbuceé cualquier cosa.

— Así no llegaremos nunca adonde vamos –creo que dije, intensificando la sonrisa.

— ¿Y adónde vamos? –preguntó ella, inesperadamente pícara y acaso insinuante.

— Dime tú –respondí de manera inevitable, siguiéndole ya la corriente.

— A mi apartamento si quieres –exclamó sin titubeos, sin dejar de mirarme, poniéndose sería.

— ¡Claro, vamos! –acepté, pero la luz había vuelto a ponerse roja y tuvimos que permanecer ahí otro momento, que esta vez nos pareció terriblemente largo.

Lo curioso es que ya no hablamos, ni ahí ni al cruzar la calle y emprender el camino que nos llevaría al sitio donde vivía la mujer que transformó mi destino. Ni siquiera nos volvimos a mirar durante la media hora que duró el trayecto.

Cuando se detuvo frente a una puerta la luz de la tarde ya era diferente, más inasible, menos clara.

— Aquí vivo –dijo entonces, me dio la espalda, sacó un llavero de su bolso y enseguida abrió.

Por supuesto, asumí que vivía sola.

Fue mi primer error, el más obvio y natural, dadas las circunstancias. ¡Quién podía pensar que hubiera otros hombres en aquel lugar, conviviendo tranquilamente con ella, sin estorbarse en lo más mínimo, como integrados ya en una misma familia en expansión! Eso lo supe después. Porque adentro conocí a un profesor de matemática y a un adolescente que dijo ser poeta. Miraban un partido de fútbol en la amplia sala en la que, además de un gran sofá de mimbre y dos poltronas, había un televisor que imponía su presencia y sus sonidos exageradamente altos con el beneplácito evidente de ambos.

A nadie le extrañó verme llegar con la mujer, que luego supe se llamaba Violeta. Era como si me hubieran estado esperando. Y si no a mí específicamente, a alguien que,

como yo, no había podido resistir el imán de tan enigmática sensualidad. Porque ahora puedo decir que Violeta desprendía una sensualidad difícil de precisar, puesto que esa noche, y las que siguieron –me tocó una semana entera de su tiempo y compañía sólo en las noches–, fui totalmente incapaz de poseer su misterio, su ser profundo, cualquier viso de identidad que me la develara un poco como persona, pese a la febril actividad sexual en la que era ella quien estaba a cargo, inagotable, múltiple, trepidante en un gozo que no daba tregua. Nunca dijo una palabra mientras fornicábamos, sólo aullaba y gemía como una loba insaciablemente hambrienta. Al final, siempre al amanecer, lo único que decía siempre con cara de inocencia era: "¡Qué rico, ¿no?! Y ahora descansemos un poco para que después sigamos disfrutando".

Pero gracias a Dios, ese "después" no se producía porque el sueño nos tragaba durante horas y horas, sobre todo a mí, ya que ella terminaba levantándose a media mañana para ir a trabajar en alguna remota oficina de bienes raíces, mientras yo permanecía postrado por el cansancio más atroz hasta cerca del mediodía.

Insistió en que me quedara a vivir ahí, compartiéndola con los demás, cada quien una semana respetando el orden de llegada de cada uno al apartamento. Me explicó que yo era "el último y por tanto el primero" –así dijo–, y que en algún momento los tres estaríamos con ella "en una misma delirante orgía de pasión", si bien ese día no había llegado. Ya no admitiría a más hombres en su casa "porque todo tiene un límite", justificó cuando traté de saber hasta dónde y con cuántos más pensaba cohabitar. "No te preocupes" –quiso tranquilizarme–, "aquí no habrá nunca escenas de celos ni reclamos de ningún tipo. Yo soy la abeja reina y ustedes mis obreros"

Al segundo día –mejor dicho, a la segunda noche, puesto que de día no quedaba nadie en el apartamento –empecé a sospechar que Violeta no sólo era una ninfómana poco común sino que además estaba loca. Lo que no supe hasta el final –la séptima y última noche de delirio, esa anunciada en abstracto, en la que todos la compartiríamos (nunca supe cómo ni en qué orden porque todo cambió súbitamente para mal) –era que Violeta pensaba acabar con sus amantes de turno mientras dormíamos, para entonces deshacerse de los cuerpos y reiniciar, con nuevos siervos, su habitual desenfreno.

Lo supe cuando me hizo el amor esa noche. Porque, contrario a las otras seis, en uno de sus inagotables orgasmos sorpresivamente se despidió de mí balbuceando como en un trance: “Es tu última noche, tu último aliento, el semen último de tu hombría perdida. El adiós final...” Casi sin pensarlo le pregunté : “También lo será después para los demás?”, y ella gritó “Sí, sí, sí”, mientras subía por la cresta del placer y se precipitaba conmigo a los abismos de una dulce y ahora terrible laxitud.

No sé cómo hubiera sido en realidad el final, ignoro incluso si los otros sobrevivieron. Yo fingí dormir mientras a Violeta se la tragaba el sueño, y por supuesto luego escapé. Cobardemente escapé sin advertirles nada. La octava noche, como en un ritual predispuesto, debíamos estar todos alrededor de la abeja reina, acosándola, alternando en su húmedo panal nuestros acechantes aguijones, haciéndola gritar de placer, antes de sucumbir nosotros todos, tal vez de algún modo envenenados.

Aunque esa noche no llegó, al menos para mí, me ha quedado la curiosidad. Y una imaginación tan desbocada como la realidad de lo que hubieran podido ser los hechos. Además de las ganas –la necesidad– de contar esta historia.

LA VOZ DE RUPERTO

I

Nunca puede uno confiarse por completo a ciertas licencias del lenguaje; de ese carácter supuestamente metafórico que tienen algunas expresiones. Esta historia es prueba irrefutable de ello. Soy testigo fiel de su autenticidad. Porque una vez Ruperto nos contó, emocionadísimo, que tenía sueños tremendos, en verdad increíbles, capaces de despertar a un muerto... Así dijo. Y después resultó que esa frase era absolutamente literal.

II

Ruperto José Andrade siempre fue un tipo extraño. Desde niño. ¡Raro de verdad! Imagínense que a los cuatro años ya sabía muy bien cómo nacían los niños, y además tenía la elocuencia de un adolescente para explicarlo con lujo de detalles. Pero lo más curioso es que mientras describía cómo era el asunto tenía de inmediato una portentosa erección. Sin tocarse en absoluto los genitales, no hacía más que aludir al tema cuando ya se volvía evidente su excitación, la cual le hacía sentir muy bien, pues era todo sonrisas y orgullosa ostentación frente a quienes tuviera delante mientras continuaba su perorata como un pequeño sabio en el ágora.

En otra ocasión lo vimos colgarse de un palo de mango con una cuerda de nylon, por el puro gusto. Ahí se estuvo bamboleando frente al cada vez más nutrido público de amigos y vecinos a quienes había convocado, hasta que alguien cortó el hilo y Ruperto cayó bruscamente al suelo, sin lastimarse. Esa vez tendría unos once años. Cuando le

preguntamos por qué lo había hecho respondió tranquilamente que nada más quería saber cómo se sentía ser un pobrecito ahorcado. ¡Dios mío, qué susto me pegó esa vez! Sí, les digo que el tipo era extraño, por decir lo menos.

Pero lo curioso, ya pensando bien las cosas, es que siempre tenía una justificación para todo. Como si cada ocurrencia y cada suceso del que formaba parte estuvieran en realidad regidos por una cierta lógica interna... Y además nunca tuvo necesidad de justificar sus acciones. Éramos los otros los que, a menudo, le preguntábamos por qué se comportaba de tal o cual manera. Y es que nada le daba vergüenza. Su autosuficiencia era una de sus grandes cualidades, al igual que su generosidad, pero también abundaban en él los defectos. Por ejemplo, le encantaba apropiarse de pequeñas cosas que no le pertenecían, tocarle los senos a las mujeres de cualquier edad o condición social, comer cantidades impresionantes de comida a cualquier hora sin el más mínimo recato (pero nunca engordaba) y, cuando ya cumplió la mayoría de edad, pedir limosna en los buses –lo hacía siempre muy aseado y bien vestido– sin tener privación económica alguna, pues su padre era un acaudalado empresario.

No podría hablar de Ruperto si no menciono una de sus más peculiares mañas, la que siempre andaba de boca en boca porque inevitablemente lo acompañaba en más de un momento y lugar. Me refiero a la más ostensible: su propensión a acariciarse en público, sin importarle en absoluto dónde se encontrara (la escuela, la iglesia, el bus, más adelante la oficina en donde trabajaba como mensajero, las fiestas) ni con quiénes. Y lo peor, por supuesto, era la inmediata erección que no se disimulaba, y el temor que todos teníamos de que realmente empezara en cualquier momento a masturbarse y ya no se contuviera hasta el final. Cosa que por cierto nunca, que yo sepa, llego a hacer: simplemente continuaba

sobándose en forma nada compulsiva, aunque con evidente gusto, por encima de la tela del pantalón, pero en perfecto control de su cuerpo mientras seguía hablando o realizando lo que fuera. Después de un rato como que se cansaba y retiraba la mano (la izquierda siempre, por cierto, ya que era zurdo), y ya no lo volvía a hacer. En las fiestas, sobre todo, innumerables veces, pasé una gran pena por su culpa. Y lo más curioso es que nadie, absolutamente nadie, ni yo que era su mejor amigo, se atrevió nunca a abordar ese tema con él. Tal vez porque tanto sus virtudes como sus defectos y mañas compartían en su ser un mismo estado de inocencia, de naturalidad absoluta, como los que a veces caracterizan a los santos y a los locos. Con los años llegamos a aceptarlo tal y como era.

III

Lo de los sueños sí que era algo fuera de serie. Le gustaba contárselos a quienes tuviéramos el buen ánimo de ponerle el debido cuidado. Y la verdad es que esa disposición siempre existía entre sus amigos, pues Ruperto era un magnífico relator de historias: ameno, ingenioso en la manera de ir contando anécdotas que sin esfuerzo iba ligando entre sí, captaba de inmediato el interés de todo aquel que quisiera escucharlo.

Las historias podían ser reales o totalmente inventadas, la verdad es que no se notaba la diferencia: él sabía a la perfección cómo inyectarle los ingredientes –mágicos o realistas– de la intriga y la tensión necesarias para que sus oyentes no nos distrajéramos. En ocasiones era evidente la elaboración previa de una trama cuya argumentación paulatina se desenvolvía con fluidez; pero las más de las veces se podía intuir, sin que por ello desluciera un ápice la historia, que Ruperto improvisaba ramificaciones que se le ocurrían sobre la marcha y que imprimían una dinámica inusual y a menudo enigmática a los

hechos.

Era más común oírlo contar cuentos en los que prevalecía determinada conjunción de situaciones cuidadosamente construidas con vívidas atmósferas, que escucharlo centrar una anécdota en la meticulosa elaboración de algún personaje. Lo suyo era la narración pura, la sucesión de hechos que al desenvolverse iban armando una historia reconocible, y no las características concretas que hicieran despuntar a cualquiera de sus protagonistas. En realidad, aunque sabíamos muy bien que no se trataba de asuntos autobiográficos, también sabíamos que de algún modo él mismo era siempre el personaje principal, porque su voz de narrador convincente funcionaba como la de un testigo fiable pero completamente diferente en cada historia, como si los matices y los tonos y la forma de articular el lenguaje en cada caso lo transformaran indefectiblemente en un ser real y confiable, en total dominio de sus materiales.

IV

Poco antes del final, Ruperto empezó a hablarnos de sus nuevos sueños. Nos los contaba de forma neblinosa, poco precisa, con una voz distinta a esas otras con las que había transmitido las historias anteriores.

En realidad sólo aludía a ellos. Decía que eran sueños terribles, que lo involucraban de manera injusta y despiadada, que él no merecía esas oscuras escenas que lo que buscaban en el fondo era cortarle la libertad de imaginar, de poder contar lo inventado como si fuera real. Pero lo peor no era eso, decía. Lo peor era que esos sueños truculentos que se le habían desatado desde hacía sólo unos meses lo estaban matando, tanto en los sueños mismos como en su vida cotidiana, porque ya no podía separar las dos orillas.

Sus sueños eran en su vida lo que ésta empezaba a ser en aquéllos: un mismo terror,

una misma sensibilidad enfermiza. Así me lo decía esa última noche, todavía dueño de sus facultades, aunque con una apariencia abrumadoramente espectral, poco antes de que el sueño último se lo tragara para siempre. Y ése sí que lo mató.

Creo que su gran frustración –alguna vez me lo insinuó molesto consigo mismo– fue el no haber sido capaz de convertir tanta oralidad desbordante, tantas historias, en un texto que pudiera ser leído múltiples veces, por diversos lectores. Un texto como éste, escrito, sí, lo reconozco, con su voz. Porque hasta ahora yo siempre había sido un simple receptor, un escucha pasivo, un ser anónimo que sólo existía a través de historias ajenas. Ahora, al fin, he revivido.

EN UN INSTANTE

Para Ariel Barría Alvarado

No dispongo de mucho tiempo. Lo que debo decir tiene que ser plasmado de manera concisa, sin los rodeos tan usuales cuando no resulta fácil entrar en materia. Y la verdad es que en estos casos nunca resulta fácil. Sobre todo en circunstancias como ésta. Pero bueno, haré el intento. No hay de otra. Algo inexpugnable me exige dar fe de los hechos.

Ocurrió un domingo en la tarde. Hacía un calor terrible, realmente agobiante. No era verano, pero como si lo fuera. No debió pasar como sucedió, pero de todos modos fue así. Sin duda yo estaba en el lugar equivocado en un momento en el que no debí estar ahí. Y pasó lo que pasó.

Entré a una cafetería huyendo del calor, buscando el bálsamo del aire acondicionado. Había estado esperando a una chica en el parque, a la intemperie completamente, pues el sol caía a plomo a contrapelo de cualquier posibilidad de sombra bajo los árboles. La esperé casi una hora.

Pedí una limonada con mucho hielo y, por hacer algo, me puse a recordar cómo la había conocido. Fue en el bus que iba de Panamá a Chitré. Se sentó a mi lado y, como quien no quiere la cosa, me hizo conversación. Me dijo de ella todo lo que no me hubiera atrevido a preguntarle. Nombre, edad, trabajo, lo que iba a hacer a Chitré, sus fobias y sus gustos, una historia de mascotas escapadas, su discoteca favorita, sobre los cuatro novios

que había tenido, lo que estaba leyendo cuando se aburría de andar en la calle, los programas de televisión que detestaba... Todo el viaje fue hablar y hablar. Yo casi no abrí la boca. Ni falta que hacía. En realidad no era fea. Nada fea. En Chitré se me perdió. Antes de despedirse tuve su teléfono sin que se lo pidiera. Y a mi regreso, una noche la llamé. Curiosamente, me citó en ese parque, hoy domingo, exactamente a las 2:00 p.m. Pensé que si conseguía que dejara de hablar durante quince minutos me hubiera gustado tratar de hacerle el amor en algún lugar discreto. Pero ella no vino y yo fui demasiado paciente. Demasiado.

Digo que fui demasiado paciente porque todavía permanecí como un idiota en esa cafetería. Podía ver, a través de la amplia ventana que estaba enfrente, la sección del parque donde la había estado esperando. Todavía estuve sentado como una hora más, recordando sus piernas bajo la minifalda en aquel bus, el nada desdeñable perfil de sus senos generosos tras la blusa ceñida. No es que creyera realmente que iba a llegar ya, pero ahí me fui quedando, por si acaso.

Después salí a la calle, la mente quién sabe dónde. No vi lo que ahora sé que súbitamente se me venía encima, lo que al arrollarme me sacó en un instante del mundo. ¡Maldito camión de mierda!

EL MEJOR ESCENARIO

Armando imaginó varios escenarios. Porque estaba convencido de que hay personas que no merecen vivir. Eran demasiadas las ofensas, las humillaciones, demasiada abusiva la permanente afrenta a su dignidad. Tenía muy buenos motivos para hacerlo. Por supuesto que sí. No en balde llevaba años en el mismo cochino trabajo, destrampándose las energías en idéntica monótona labor en el depósito seis veces por semana, cumpliendo órdenes absurdas en horarios asfixiantes a los que nunca pudo acostumbrarse. Para colmo, las horas extras jamás se las pagan, como tampoco cumple la empresa con su obligación de pagarle la cuota del Seguro Social. Pero si se le ocurre quejarse lo amenazan con dejarlo sin empleo. Ya está harto. Ha llegado al fin la hora de las decisiones, eso que llaman el momento de la verdad.

El primer escenario era el estacionamiento de la empresa. Sabía lo suficiente de mecánica como para desajustarle el sistema de frenos al BMW del jefe, induciendo un accidente. Otro escenario, el más burdo, ocurría en la propia oficina del tipo, en donde se vio vaciándole todos los tiros de la vieja pistola que había heredado de su padre. El tercero lo desechó muy pronto, pues implicaba la necesaria complicidad de la esposa fiel, quien podría envenenarlo con relativa facilidad al aceptarle al maldito una de tantas invitaciones a

cenar. En todos había grandes riesgos, por supuesto, porque se sentía más torpe para ejercer el arte de ocultar el crimen, que para ejecutarlo.

Si hasta el momento lo había soportado todo, sólo era por no perder su empleo. Cuando se tiene cuatro hijos y una bella mujer, se dijo muchas veces, no queda más remedio que morderse un huevo. Sin embargo, todo había cambiado días atrás. Su esposa, sorpresivamente, se presentó en el depósito donde él se partía el lomo cargando enormes bultos. Necesitaba consultarle un ofrecimiento de trabajo que requería cambios drásticos en el horario doméstico y una respuesta inmediata. En ese momento entró el jefe y al instante quedó prendado de los atributos de la mujer. Por la premura, ella cometió el error de hablarle al marido frente al otro, y éste de inmediato le ofreció un mejor empleo, como secretaria, y además en horas que en nada afectaban la rutina familiar. Por supuesto, después la pareja estuvo de acuerdo en que ella aceptara.

No bien asumió sus funciones se inició el asedio. Sutil al principio, abierto e intimidatorio más tarde, la mujer terminó por contarle al marido que el jefe la había amenazado con despedirla si ella no accedía a ser su amante. El reclamo viril, airado en extremo, no se hizo esperar, ante lo cual el jefe lo hizo sacar por la fuerza de su oficina, no sin antes espetarle que quedaba despedido y sin derecho a liquidación alguna. Los guardias de seguridad lo sacaron a la calle, luchando contra la fuerza enardecida del hombre que en ningún momento dejó de maldecir mientras trataba de zafarse. Terminó tirado en la acera como un pesado fardo gesticulante.

Pasaron dos semanas. Armando descubrió accidentalmente una comprometedora carta del jefe en un bolso olvidado de su esposa y, haciendo de tripas corazón, la puso de patitas en la calle. Pero no era suficiente, necesitaba vengarse. Después de pensarlo mucho, más decidido que nunca optó por el primer escenario. Con su caja de herramientas

se dirigió al estacionamiento de la empresa. Ahí está, como todas las mañanas, el lujoso BMW del año, que sobresale por su elegancia de entre los demás carros simétricamente alineados. Es muy grande su sorpresa cuando, al acercarse sigiloso para forzar la puerta, ve el cuerpo ensacado sobre el volante, un rictus de dolor en el rostro que en ese momento alcanza a ladearse hacia el vidrio cerrado de la ventana. Armando se aleja de prisa.

Al día siguiente salió muy temprano a comprar el periódico. Estaba seguro de que ahí encontraría la noticia, la explicación que su curiosidad necesitaba. Y efectivamente, en las páginas interiores del conocido tabloide la halló en sólo dos escuetos párrafos, sin fotografía del suceso, por supuesto; como corresponde a todo un respetado empresario de la localidad. El escenario lo había escogido al final el mismísimo diosito lindo, librándolo a él de toda responsabilidad: Una embolia se le había adelantado.

¡Alabado sea el Santísimo!, se dice mientras una amplia sonrisa, de cuya existencia ha renegado durante mucho tiempo, le ilumina el rostro al abrir la puerta de su ahora solitaria casa dispuesto a volver a empezar.

NATURALEZA MUERTA

Eran las cinco cuando, sudoroso, desperté. Eso decía el viejo reloj despertador. Lo curioso es que por un momento, larguísimo en su extraña confusión, no pude discernir si entraba la noche o más bien amanecía. Porque tal era la opacidad de la luz que no supo mi vista qué entender al aventurarse fuera del balcón. Y yo, que siempre he sido dueño implacable de mis ojos, que me he regido por sus avistamientos específicos y también por los más amplios como si no pudiera existir margen alguno de error, por primera vez me sentí perdido, infantilmente extraviado en un tiempo sin respuesta. Como si el momento aquel en que abrí los ojos no hubiera evolucionado y aún estuviera preso en su interior, metido en la atmósfera incierta de su permanente ambigüedad, sigo en cama, mirando hacia fuera a través del balcón de mi cuarto, las cinco de la incierta hora un simple número congelado no sólo en el reloj sino en mi vida.

Conciencia pura de las cosas, de mí mismo, nada sé realmente de lo que ocurre o deja de suceder. Una minúscula o gigantesca abstracción me atenaza, estática, sin transcurrir. El silencio, apenas ahora lo comprendo, también es total, como mi aislamiento, como la falta absoluta de movilidad; por lo que además podría ser yo apenas un detalle en este cuadro oblicuamente impresionista que en realidad nadie mira, del que sólo yo soy

intrínseco testigo. Un cuadro cuyos bordes son las paredes de la pequeña habitación en la que, en un segundo plano, hay un hombre de mediana estatura y edad avanzada, en pijama de rayas que sugiere el uniforme de un preso; y una cama sencilla sobre la que se yergue ligeramente su cabeza mirando hacia la difusa luz detenida afuera del balcón, vista desde el ángulo de sus ojos; a un lado, una mesita de noche sobre la que sólo hay un vaso de agua vacío y un reloj despertador, y al otro un ropero antiguo.

Pero si alguien acercara la mirada a los ojos de ese hombre viejo que soy en el cuadro que ciñe mi imagen y la reduce sin piedad sólo a un punto de referencia dentro del conjunto, acaso podría percibir la pequeña sombra que paradójicamente agranda el tamaño de las pupilas. Tenue velo que acaso indique asombro creciente, más adelante desconcertado pavor. Es como si un descubrimiento atroz se fuera apropiando con lenta pero inexorable progresión del ser que, por siempre, habrá de habitar el espacio que antes fue parte importante de mi existencia. Antes de despertar en mi cuarto de toda la vida a las cinco en punto de la incierta tarde o de la madrugada que me llama. Inerme ahora, inmerso en la muerte del futuro. Anónimo ser que no ha dejado sin embargo de pensar.

LA TRAMA

Para José Luis Rodríguez Pittí

I

Es que a veces no hay más remedio. Las cosas simplemente van ocurriendo y uno se encuentra en medio del asunto. No todo en la vida es el resultado de un plan, de una trama pensada con frialdad de novelista. Aunque hay quien te dirá, claro, que no es uno el que en estos casos concibe el diseño de los hechos y propicia su indefectible realización a partir de ciertas premisas guiadas por una voluntad meticulosamente perversa.

Pero en todo caso, cuando de pronto estás en medio de lo insólito, de lo que hubiera sido imposible prever para luego hacerte fuerte en la defensa, sólo cabe enfrentar la situación con uñas y dientes, con la mayor determinación de la que seas capaz en ese momento, sin pensarlo dos veces. Entonces no cabe tanta elaboración intelectual.

¿Qué en qué consiste esa situación insólita, esa imprevisible circunstancia frente a la que no hay más remedio que reaccionar? Pues mira, no había pensado explicártelo, no suelo hacerlo, pero lo haré por esta vez. Total, tú eres mi único interlocutor, acaso mi único confidente. Te lo contaré todo, a condición de que me jures absoluta discreción. Esto debe quedar entre nosotros.

II

Me contó que había llegado muy tarde esa noche, que venía de una misión especial

en Jerusalén. Ahí se había entrevistado en secreto con Sharón primero, y poco después con Abú Masán. Aunque no entró en detalles me aseguró que se trataba de una novedosa propuesta norteamericana que contaba con el cauteloso aval de Rusia, Francia, Alemania, China, e Inglaterra, y que tanto los israelíes como los palestinos habían cedido en sus exigencias y ahora se disponían a entrar de lleno en el plan. Lo sentí contento, satisfecho en esa parte de su relato, aunque reacio a ser más explícito en asuntos tan confidenciales de alta política internacional. Pero en seguida me fue diciendo lo otro, lo que habría de sorprender su buena fe y desarticular por completo su sentido de la supuesta continuidad y fluidez que uno esperaría de las cosas una vez encaminadas de cierta manera y en determinada dirección.

Lo estaban esperando en su discreto cuarto de hotel de tercera, en la oscuridad, perfectamente al tanto de su misión y de sus logros. Le resumieron con precisión sorprendente cada gestión secreta realizada, cada encuentro, lo esencial de las conversaciones más privadas, las decisiones. Eran tres, hablaban un español neutro, pero sin afectación. Sin embargo, pese a su larga trayectoria internacional y abultada experiencia no reconoció acento alguno ni tuvo indicios de nacionalidad concreta o interés político. No se identificaron ni tampoco hubo reclamos previsibles ni insinuaciones, sólo un recuento muy bien resumido y al parecer gratuito de lo que había sido su ardua labor en Jerusalén durante los días previos a su regreso a Panamá.

Manteniéndose en todo momento en la penumbra, sin hacer ostentación de fuerza, cortésmente le habían pedido desde el principio que se sentara en una silla recta e incómoda bajo la única lámpara encendida en un rincón, y se limitara a escuchar lo que tenían que

decirle. Menos de una hora duró el monólogo a tres voces cuyos interlocutores se fueron turnando sin motivo aparente. Al final, en medio de un silencio extraño que él no se atrevió a romper, vio salir sin prisa de la oscuridad el largo filo ominoso que habría de precipitar el desenlace. Detrás venía enseguida un brazo profusamente tatuado de serpientes y claveles rojos.

Antes de que se iluminara ante sus ojos el resto de aquel hombre, y al mismo tiempo en que presintió también la entrada de los otros dos al círculo de luz del cuarto, el agente panameño descargaba íntegro el cargador de su minúscula Uzi sobre el espacio que había albergado los sonidos de la triple voz. Sólo entonces oyó entrecortados gritos de dolor que creyó reconocer, que pudo ubicar en una misma lengua y cultura cuya identidad se negó a darme.

Ninguno de aquellos hombres traía identificación, tampoco ha podido saberse cuándo o cómo entraron al país, ni de dónde vinieron. Pero eso no importa, ya que convenientemente he cerrado el caso tras liquidar al agente. En realidad todo estaba previsto, y en ese sentido él tenía razón: a veces hay una voluntad meticulosamente perversa que elabora la trama de la que formamos parte sin saberlo.

LA TAZA DE TÉ

Como todas las noches, poco antes de acostarme a dormir, me dispuse a leer un rato.

Era una simple taza de té gástrico la que reposaba sobre la mesita. Una vieja costumbre para disipar los siempre molestos e inoportunos gases. Pero esta vez tuve un fuerte antojo de café y me dispuse a cambiar una bebida por la otra. No fue posible. La taza, la única que quedaba en aquel caserón heredado, no se dejó agarrar. Cada vez que intentaba asirla por el asa ésta emitía un calor atroz e inexplicable que en más de una ocasión quemó aviesamente mis dedos. Entonces quise engañar a la taza, fingir que cambiaba de idea y me disponía a tomarme la cotidiana infusión.

No era tonta, mi necesidad de cambio me hervía en el esófago, en la lengua, y podía presentirse. La taza no se dejó. Así es que decidí ignorarla y de todos modos fui a prepararme café. De regreso me sorprendió su ausencia, y sobre todo la mía soñando esta historia absurda. No había nadie en mi cama. ¡Dios mío, a veces pasan cosas inauditas! ¡Ya uno no sabe si va o viene, si sueña o es soñado!

INMOLACIÓN

Para Lauro Zavala

¡Todo parece tan lindo, tan tranquilo, se siente tan abrumadoramente en orden y natural…! Las casitas en fila, desplegando su simplona cotidianidad a colores y su ambiente de familias clase–media. Las aceras con el típico perro tinaquero que nunca falta y algún gato a cierta distancia en una esquina mirándolo husmear. El taxi solitario que se desplaza sin prisa frente a la farmacia y da vuelta sobre la avenida principal como para salir del área y dirigirse a la autopista que eventualmente conduce fuera de la pequeña ciudad.

Amanece, y todo empieza a ponerse en movimiento: la gente que sale de sus casas y camina hasta la parada de buses más cercana para ir a trabajar, los niños en las puertas esperando que pase a buscarlos el gran colegial amarillo que los va recogiendo desde muy temprano porque la escuela queda en las afueras, la sensación compartida de saber que el nuevo día habrá de abrir nuevas experiencias dignas de explorarse… Es como ver el inicio lento de una película que podría perpetuar la repetición de lo ya conocido e instalarnos sin mayores consecuencias en la rutina, pero a la vez depararnos un día inesperado y extraño en

sus fisuras porque de pronto las cosas empiezan a romper esquemas y a salirse de madre… Y uno como espectador, más que como protagonista, pendiente de que todo sea normal pero a la vez dispuesto a compartir cualquier novedad que se presente, que nos sorprenda instalándose sin aviso en la calma ambigua que se pone en marcha como quien no quiere la cosa.

Y entonces, como un relámpago cuya silueta descarga su pavor venido quién sabe de dónde encendiendo de aprehensión cada instante, cada conciencia, estalla un edificio en el centro de la ciudad. Un edificio que era el Palacio de Gobierno y ahora se derrumba hasta sus cimientos tragándose a sus recién instalados funcionarios mientras la cámara convenientemente enfocada reproduce el esplendor de la catástrofe, sus detalles.

Y yo, a prudencial distancia, tratando de controlar el indiscriminado flujo de adrenalina, la punzante emoción que se desboca, observo complacido, presto a recibir merecidas felicitaciones del Supremo Comando por contribuir con mi granito de arena a la ejecución de nuevas instrucciones que propicien poco a poco, pero ya sin tregua, arrancar de cuajo en este maldito país de infieles cualquier ilusión de paz. Acaso sea este el preámbulo de la gran misión necesaria que a su vez me permita la sagrada inmolación final.

COMO LA ESPUMA

Había sido un día difícil. Cada acción emprendida, cada gesto, generaban algo imprevisto. Algo que a su vez era preciso resolver. Y esto, que se fue tornando un ritual indeseado e interminable, acabó causándole un gran desgaste, un cansancio que se volvía espeso y fatigoso y terriblemente inoportuno. ¿Pero cómo salir de aquel marasmo, cómo romper de una vez por todas el círculo vicioso que lo atenazaba?

Se arrastró la semana entera con una lentitud indeseada, ajena a su empeño, a sus ganas de salir corriendo de la ciudad y meterse en el mar o en la esperanza verde de la selva. En cualquier sitio que no fuera la rutina abyecta de la calle, el regreso a casa para ver televisión o leer el periódico y sólo recibir noticias de violencia cada vez más natural, menos sorprendente. Noticias que todo el mundo parecía aceptar como parte del entorno, probablemente porque en efecto eran su expresión más auténtica y reconocible. Y la fatiga seguía acumulándose en su ser, cerrándole los resquicios por donde acaso fuera posible escapar todavía.

A las tres semanas, prisionero de su inercia, autómata absoluto, dejó de tener conciencia de la pérdida. La total pérdida de sí mismo en que lo había sumido el desaliento. Dejó de trabajar, dejó de salir a la calle, dejó de alimentarse. Fue un objeto más en la casa heredada de sus padres a temprana edad. Deshidratado y hambriento como estaba sin saberlo, al cabo de los días lo encontraron los vecinos. En su cama yacía inconsciente, pálido como un muerto.

Lo llevaron a un hospital y, solidarios, esperaron resignados el desenlace. Después de unas horas, éste no se hizo esperar. Sólo que no era el que todos previeron.

Milagrosamente se fue recuperando, aunque nada más del cuerpo. La mente, extraviada, impidió la comunicación e hizo imposible que se valiera por sí mismo.

Como no tenía familia, se lo llevaron de vuelta a su casa y ahí lo cuidaron los vecinos como a un bebé, turnándose generosamente durante varios días. Pero una noche, en un descuido, me marché. Llegué a esta playa sin darme cuenta, como un verdadero sonámbulo. Me tendí en la arena, respiré el aire purísimo de mis sueños secretos, los de otros tiempos. Debo haber dormido plácida, profundamente, al menos varias horas. Me despertó el sol caliente sobre mis ojos. Vi azul arriba, vi azul desde la orilla hasta el horizonte. Reconocí mi pasado y fui capaz de desterrarlo.

Ahora soy un humilde pescador y habito este paraíso que por suerte nadie visita. Por supuesto, me alimento del mar. Imagino escenas y creo inventar historias que les dan sentido. Digo que "creo" hacerlo porque en realidad no estoy seguro de su autenticidad. Por el momento soy su único personaje y sólo yo escucho mis narraciones. Tal vez algún día vuelva a la ciudad y escriba mis inventos. Quizá llegue a publicarlos y todo el mundo crea que son parte real de mi vida. Incluso pudiera suceder que yo mismo me lo crea. Porque alguien me dijo una vez que finalmente no se inventa nada. Y a lo mejor es verdad.

Por un tiempo más me quedaré aquí. Mirando los oleajes, oyendo su rumor, admirando el revolotear cercano de gaviotas y pelícanos. Aquí puedo pensar sin que nadie predisponga mis ideas. El aire es limpio como mi vida recuperada. He vuelto a nacer como la espuma. Soy la espuma. Soy y me disuelvo y me reconstituyo.

DESEMPLEADO

Cada vez que miro hacia el horizonte y una espesa niebla me oculta los detalles, suspiro y pienso que la vista es una bendición que duele perder. Esta realidad se me ha tornado pensamiento cotidiano.

Hoy, sólo aquí cerca revolotean, cercenadas, las alas de mi curiosidad, tratando de no enardecer al pequeño monstruo gris gestado desde sí mismo como un turbio mago liliputense, cuyas dos cabezas, una en el interior de cada ojo, me velan más y más el nítido perfil de las imágenes.

Día con día se acelera el proceso, cada vez la cosa es peor. Llegará el momento, sospecho, en que no podré ver más allá de mis narices. Tal vez entonces, castrado por completo de mi entorno, pueda al fin mirar certeramente hacia adentro, entrar en mí, reconocerme como persona.

Sólo cuando eso ocurra asaltaré cualquier tiendita de chinos para poder costearme en alguna clínica privada, o al menos en el Santo Tomás, la necesaria operación de cataratas. De más está decir que desde hace años no tengo derecho a atención médica en el Seguro Social. Por ahora es más importante lavar carros o andar vendiendo rosas en los cruces de semáforos para comer.

CÍRCULO VICIOSO

Se preguntó si estaría en condiciones de emprender la tarea. No sería fácil, por supuesto. Lo sabía perfectamente. Pero ya eran demasiados años de elucubraciones que terminaban siendo pretextos. El tiempo no había sido una ficción más en su vida sino una larga acumulación de intentos frustrados, de deseos reprimidos: una realidad que ahora le pesaba incómodamente y que debía enfrentar.

Lo esencial, dosificado de innumerables maneras en el magma de sus experiencias y de sus ideas muchas veces postergadas, lo tenía claro ahora. Era pues el momento de darle forma, vuelo en las palabras. Había llegado al fin el día, la hora, el minuto. Escribió:

Se preguntó si estaría en condiciones de emprender la tarea...

EL QUIEBRE

Para Claudio de Castro

Ya se sabe que los espejos nunca reflejan del todo la realidad. Uno cree que sí, pero no. Es otra cosa lo que resulta, algo imprevisible, la excéntrica minucia que casi nadie percibe a primera vista, ese gramo ínfimo de significativo extrañamiento. Porque en algún momento ocurre una distorsión milimétrica, un quiebre que hace la diferencia. Hoy pude comprobarlo. La imagen que vi era idéntica a mi contundente figura: la duplicación, prácticamente el fenómeno esperado. Salvo por un detalle aterrador: Mi doble en el espejo era ciego, por lo que no vio a nadie de este lado mirándolo.

EL ACORDEÓN

Abrí la antología de cuentos fantásticos hispanoamericanos buscando uno específico cuyo desenlace necesitaba releer. Quería parodiarlo en el tratamiento que deseaba darle al ya cercano final de mi propio cuento. Trabado como estaba en las consecuencias que tendría el conflicto en él planteado, vagamente recordé la manera en que el relato aquel había concluido. Una cierta similitud temática, involuntaria aunque a estas alturas inexorable, nos aproximaba en textos cuyas respectivas implicaciones frente al nudo de la historia eran sin embargo muy diferentes.

No encontré el dichoso cuento. Una y otra vez lo busqué entre los veinte que integraban el libro, pero no estaba ahí. Me había gustado tanto que lo leí varias veces en los últimos años. Incluso estaba seguro de que se titulaba “La mirada turbia del aguerrido acordeón”, y de que constaba sólo de tres páginas. El autor, panameño por cierto, ducho en el manejo de la técnica y enfrentado a menudo a situaciones intensas como si fueran un personaje más, lo había cerrado magistralmente con dos o tres pinceladas definitivas. Era uno de los que más me impresionaba.

Pero el cuento no aparecía siquiera en el índice. Llegué a pensar que me había equivocado, que mejor lo buscaba en otro libro. Revisé la sección de narrativa de mi biblioteca. Fue inútil. No aparecía.

Traté de recordar lo esencial, su desenlace. Al rato, en una suerte de esforzado resumen mental, pude acordarme bien del argumento y, en consecuencia, del final. Transcribo, lo mejor posible, dándole forma e imitando el estilo, una síntesis de ambas

cosas:

Osvaldo Santana, inusualmente fatigado esa noche tras tocar múltiples melodías durante una hora y media en su fiel acordeón, había decidido que su grupo tomara un breve descanso. Tras bastidores, colocó el acordeón sobre una pequeña mesa lateral y, excusándose con sus compañeros, salió al patio en busca de aire fresco.

Siguiendo las recomendaciones del médico, un mes antes se había sometido a una dieta moderada, que gradualmente se hacía más rigurosa. Y además empezó a correr temprano en las mañanas. No sólo mejoró su condición física, sino que su ánimo, algo vapuleado antes, volvió a ser alegre y positivo. Era obvio, asimismo, que las energías comenzaban a multiplicársele como en los mejores tiempos. Lo notaba en todo lo que acometía, en sus ganas de vivir, en su nueva creatividad.

Sin embargo, desde hacía un rato, inexplicablemente, el cansancio lo abrumaba. Se sentía débil, agobiado por el calor que al parecer nadie más percibía en un sitio que, si bien estaba lleno por completo con un público entusiasta, disponía de un sistema impecable de aire acondicionado. Poco antes de salir empezó a respirar más a prisa, a sudar, y notó que el timbre de su voz bajaba de tono en contra de su voluntad.

Ahora aspiraba profundamente el suave aire grato del verano, reteniéndolo en sus pulmones el mayor tiempo posible, lamentando por primera vez en su vida tener que regresar al escenario. Pero quince minutos más tarde su voz, melodiosa y dueña una vez más de sus modulaciones singulares, hacía mancuerna con las notas hermosísimas del acordeón, dúctil caja de resonancias entre sus inquietas manos. La gente, electrizada, se movía de pie frente a sus asientos al compás de la pegajosa música de aquel grupo de veteranos profesionales de la canción típica panameña, coreando sus tonadas, imbuidos de unánime emoción.

Entonces se oyó un ruido extrañísimo, una disonancia que oscilaba entre un espantoso croar y un chirrido agónico que en seguida se supo proveniente de uno de los acordeones. Osvaldo se paró en seco, dejó de cantar, las manos crispadas. Había sentido en medio del tórax la tajante disfunción melódica, y otra vez ahora su repetición inmediata, horrísono, inexplicable. Era su propio acordeón el que herido de muerte, como un pájaro maltrecho, se quejaba. Contempló entre sus manos el entrañable instrumento, sintió su ademán turbio, después triste como el de un alma vencida. El grupo, solidario, también había dejado de cantar, a la vez que sus instrumentos callaban. El silencio en la sala toda se tornó absoluto.

Sudoroso, Osvaldo acercó su boca al micrófono y temblando musitó disculpas: "Mi acordeón ha enfermado", dijo simplemente. "Les ruego comprendan y disculpen la situación. Es todo por esta noche. Pediré a la administración que les devuelva su dinero". Entonces el pesado cortinaje se fue deslizando desde un lado y otro hasta unirse en el centro ante la vista de un público estupefacto, pasmado en la sombra de su anterior entusiasmo. Después de un rato, en silencio, como si salieran de un velorio, la gente fue abandonando el teatro sin protestar.

Rodeado de sus compañeros, callados todos, expectantes, ni un sonido más pudo Osvaldo sacarle a su aguerrido acordeón. Poco a poco lo fueron dejando solo en medio del escenario entre las cerradas cortinas y la pared del fondo, de pie con su instrumento, petrificada imagen de antiguas glorias nacionales.

***

Entonces el joven escritor creyó entender que, al igual que había enmudecido el acordeón de Osvaldo Santana, el cuento mismo de aquel escritor cuyo nombre no recordaba

había también decidido hacer mutis del libro colectivo al que lo integraron, desaparecer del sitio antológico que fue escenario compartido, buscando acaso su espacio original en el libro de su verdadero autor. También comprendió que no se puede imitar con éxito los desenlaces de cuentos superiores, y mucho menos tratándose de temas tan diferentes, por el solo hecho de tener en común ciertos rasgos alegóricos o de cualquier otra índole.

Entonces, seguro al fin de lo que hacía, rompió lo que llevaba escrito cuyo desenlace se le escapaba, redactó su experiencia del fallido proceso de búsqueda de aquel otro misterioso cuento ajeno que terminó parafraseando de memoria, y sin saber por qué lo hacía trató en seguida de darle a todo ello una forma anecdótica coherente. En realidad nunca supo si había logrado escribir algo aceptable. No lo pudo ya saber porque después decidió, como con su producción anterior, no publicarlo. Tampoco se lo enseñó a nadie. Además, es sabido que a menudo el propio autor es el peor juez de sus criaturas.

Olvidado por su creador, quien probablemente no volvió a escribir, años después aquel cuento yace junto a otros en el fondo de esta cajeta de zapatos, parcialmente comido por las polillas. Yo soy una de esas sobrevivientes. Como alguna vez, pícaro, dijo Sinán en una conocida entrevista refiriéndose a la poca afición por las obras nacionales, soy una polilla “altamente intelectual”.

TESTIMONIO

I

Nunca se sabe cuándo vamos a involucrarnos en algo así. Pero lo curioso es que siempre está uno como predispuesto, como en situación latente, pese a una supuesta personalidad contraria a tales inclinaciones. En todo caso, nunca pensé que realmente pudiera ocurrirme a mí, tan serio siempre, tan poco dado a los excesos.

No hizo más que sugerirme con desfachatez las delicias de poder estar a solas con su cuerpo sinuoso, y todos mis escrúpulos y valores se fueron al diablo. Eso fue hace seis meses, tal vez más –he perdido la cuenta–, y todavía estoy metido en cuerpo y alma en su fogosidad incitante como en un abismo sin retorno. Al grado de que no mido los peligros que por todos lados acechan, ni reparo en las afrentas públicas y privadas que la relación suscita en sus momentos más delirantes.

Por supuesto, cuando ha pasado un poco la locura que me impide todo rechazo, y me quedo –como ahora– a solas con mi conciencia, entiendo lo absurdo de esto que me está destruyendo poco a poco, y me hago todas las promesas del mundo. Pero qué va, los milagros no existen, he llegado a ser su esclavo y nada puedo hacer frente a su poder de seducción. Lo que me da es como una droga irrechazable de la que no quiero en realidad librarme. Y si en algún momento quisiera intentarlo sé que sería en vano porque el abismo, que no es sólo una metáfora, es ya demasiado profundo y atrayente.

II

He confirmado lo peor. Estoy infectado. Su promiscuidad –antes y después de entrar en mi vida– tiene por supuesto la culpa. Y yo también, por imbécil. ¿Cómo no

haber previsto esto, si era la crónica de un final anunciado? Bueno, la verdad es que sí lo anticipé –de otra forma no me hubiera puesto a escribir estas notas–, pero no fui capaz de escapar a tiempo. O no quise. A veces no hay diferencia alguna entre querer y poder.

III

Él murió hace poco. Quedé emocionalmente devastado. También la salud de mi cuerpo es un desastre. Pronto habré de seguir yo. Y sin duda muchos otros. La cadena en estos casos –ya se sabe– se torna prácticamente infinita. Aunque en realidad no haya a quién dejarle estas confidencias, mías y ajenas, quisimos dar testimonio de cómo una pasión aflora cualquier día impregnando de absurdo –y del virus maldito– vidas que pudieron haber seguido un derrotero menos tortuoso.

ROBERTO MADRIGAL
Estudiante universitario

UNA DE DOS

Para Lety Elvir, en Tegucigalpa

Una de dos: o te quedas o te vas. No hay de otra. Es así de sencillo. Tú decides.

Eso decía la nota que encontré sobre mi almohada después de la discusión que tuve con el soberbio de Juan Carlos. ¡Aunque a veces era de una ingenuidad sorprendente! ¿Cómo se le ocurría que después de diez años de una relación tan inestable como la nuestra iba a ser él quien me obligara a tomar una decisión así? Esta es mi casa, el que tenía que largarse era él, ¡qué se había creído, el muy desgraciado! Pese a todo, soy una mujer digna. Merezco respeto... ¡En fin, nadie sabe para quién trabaja! Han pasado tres semanas y ahora él es abono para mis plantas en el patio trasero, y la verdad es que están más hermosas que nunca. ¡Para algo me sirvió a fin de cuentas ese cabrón!

EXTRAÑA, BELLA FLOR MATINAL

Mirar a los ojos a la mujer deseada no siempre es una decisión sabia. En realidad nada que tenga que ver con el deseo lo es. Porque éste no representa sólo una pulsión del cuerpo, una forma de querer entrar en la piel ajena y apropiarse de su temperatura, de sus propias ansiedades y de sus jugos más íntimos, sino una necesidad de saberse al mando de una voluntad que tarde o temprano se rinde; en control del gozo de una egolatría desatada, y sólo a veces –cuando late el amor bajo el aflorar de los impulsos– un genuino gusto por compartir, Y yo, sin amarla todavía, apenas comenzando a desearla, a querer para mí ese cuerpo de obvias sensualidades que parecía estársele ofreciendo al mundo, la miré a los ojos. Honda, ansiosamente, en una mirada que ella no rehuyó. Y, ya lo dije, no fue una sabia decisión, ni siquiera un impulso prudente. Porque yo debí tomar en cuenta quién era esa mujer, las advertencias de los que habían recorrido ya ese camino conducente al desastre.

Una semana después, incapaz de razonar, vivíamos juntos. Sin muebles, sin acudir al trabajo, olvidados de todo lo que no fuera el interminable desahogo de la fornicación, éramos una pareja sin pasado y sin porvenir. Sin pasado, porque no nos interesaba contarnos anécdotas triviales ni intrascendentes aventuras; sin futuro, pues no teníamos planes ni necesidad de construir ningún proyecto. Lo único que importaba era consumirnos una y otra vez en los fragores del placer, nutrirnos de nosotros mismos hasta la saciedad.

Tal fue el delirio de aquella época idéntica a sí misma en su gozosa repetición, que no éramos conscientes de hasta qué grado nos habíamos vuelto, enfermizamente –la imagen es casi literal, ya que a menudo preferíamos devorarnos a mordiscos intercambiando fluidos que incluían la sangre, que comer los alimentos necesarios para subsistir–, un par de obsesivos antropófagos. Hasta que sucumbí a la enfermedad. Y como si una enorme oleada de pronto me hubiera golpeado, me desmoroné.

Ella, en cambio, se fue reponiendo, en cuerpo y alma, en un movimiento sutil pero sin duda simétrico y simultáneo a mi progresivo derrumbe. La vi recomponerse, florecer increíblemente bella y vital en la medida en que mi ser languidecía sin remedio, presa de un cansancio terrible y terminal. Pronto fui un despojo, la sombra del recuerdo que tenía de mí mismo, y ella acabó de perder todo interés en mi existencia.

El día que se fue no hubo despedida posible, como tampoco habíamos celebrado al principio bienvenida alguna. Estaba radiante, más mujer que cuando aquella vez la miré a los ojos deseándola; acaso más deseable. Pero ahora la veía sólo desde el recuerdo de aquel primer deseo, porque ya no era capaz de desear.

Ni siquiera tuvo el gesto de mirar mi sombra, sin duda porque tendría la mente puesta en quien –abstracción hoy, realidad mañana– iba pronto a sustituirme. Así era ella, independiente, autónoma, autorrenovable. ¡Extraña, bella flor matinal!

ALEPH

Para Roberto Pérez–Franco

Debo confesar que fue un momento sublime. De ésos que nunca antes se han visto y que jamás se repetirán. Un instante absolutamente único y sobrecogedor en el que no hubo ya diferencia alguna entre tiempo y espacio, vida que se rasga al filo del silencio y eternidad que nos gana por siempre la partida. Todo era nada y lo mismo en su interminable precisión de intensidad. Sobrecogido, incapaz de ir más allá de su fugaz contemplación, tuve conciencia del final, que no era más que el principio. Lo demás y yo una sola presencia traslúcida disolviéndose, regenerándose.

PUEBLO CHICO

¡La cosa está que arde! Literalmente. ¡Malditos! Qué escándalo se ha desatado a raíz de mi confesión. Entiendo que la gente se haya sorprendido, incluso que se sintiera ofendida por esas revelaciones, ¡pero de ahí a reaccionar como una partida de salvajes, arremeter contra mi honra, llegar al extremo de quemar mi propia casa..., es demasiado! ¿Qué derecho tienen de hacerme daño así? Bastante tengo con lo que significará de ahora en adelante la pérdida de mi reputación, de mi privacidad, para que ahora me den el zarpazo final. Como si todos ellos fueran tan puros... Ninguno está totalmente libre de pecado.

Ya no me quedaba más que decir la verdad. Se me juzga por asesinato, y la única forma de probar categóricamente mi inocencia era aludiendo a mi relación con el cura, mosquita muerta que ahora tendrá que largarse de aquí o sufrir el escarnio permanente del pueblo. Demostré con creces que yo estaba en la sacristía, con él, en su cama, y no en el lugar de los hechos. ¡Pero la gente es rara! ¿Por qué me atacan sólo a mí, cuando es su párroco quien más los ha ofendido con sus actos? Es a él al que deben reclamarle, exigirle un desagravio.

¿Se puede hablar realmente de moral en este tipo de relación voluntaria entre adultos? En todo caso, mucho más en la situación de él que en la mía. Porque contrario al cura, yo no tengo ya responsabilidad alguna con la comunidad ni imagen que cuidar. Si él se vio obligado a confesar también que esa noche, a la hora del crimen, estaba conmigo tal como lo detallé, ¿por qué lo protegen? ¿Por qué soy yo el único chivo expiatorio?

*** * ***

La misma tarde que el maestro jubilado Abelardo Álvarez salió libre, apareció muerto pocas horas después en el baño de un restaurante cercano a su casa quemada esa mañana por una turba enardecida. Se había cortado las venas. La policía halló en el bolsillo de su camisa una lista con siete nombres de prominentes empresarios locales y padres de familia con quienes, decía la nota, había mantenido relaciones en años recientes. Todos, después de mucho indagar se supo, habían formado parte de aquella multitud vociferante, hecho que la policía se vio obligada a investigar y que después fue sancionado, aunque con el beneficio de cómodas medidas atenuantes que resultaron satisfactorias para la alterada comunidad.

Como suele ocurrir, el cura fue trasladado a un campo de otra provincia, y poco después les llegó su reemplazo. Como en cualquier pueblo chico, la vida sigue su curso asumiendo una nueva modalidad a todas luces conveniente. Para lograrlo se echó mano, de manera tácita, de un grueso manto de amnesia colectiva. Es como si los lugareños hubiesen acordado, en su fuero interno y con los demás, que sólo con borrón y cuenta nueva se limpia la mugre y progresa un pueblo.

LA OBRA PERFECTA

Para Carlos Batista, en Querétaro

Como cualquier autor que se respete, secretamente quiso siempre escribir la obra perfecta. Contrario a tantos y tantos que se quedan sólo en el puro deseo, o acaso en el siguiente paso que es al menos la intención, Edilberto Jaén Lezcano hizo en verdad todo lo posible por lograr su sueño. Pero ya se sabe que el hombre propone y Dios dispone, y demás hierbas aromáticas. Y que no es menos cierto que lo que Natura no da Salamanca no presta, y afines alusiones a la clásica falta de talento. En todo caso, aunque ciertos textos suyos no carecían de auténtica madera literaria, su creatividad no daba para tanto. Porque ya se sabe: perfecto sólo Dios, y eso entre comillas. Así es que Jaén Lezcano se fue acostumbrando con el paso de los años –y de las obras que cada tanto tiempo producía– a la frustrante idea de que ya no iba a lograr en vida, o para la exigente posteridad, la tal obra perfecta. Se fue acostumbrando, sí, pero nunca se resignó del todo. Y un buen día, ya muy cerca del final, hizo el último intento: le puso un título singular a su más breve y reciente escrito; lo llamó *"La obra perfecta"*; y murió tranquilo.

MARIANA Y LOS GATOS

Para Mario García Hudson

I

¿Recuerdas la escena aquella cuando por primera vez fuimos a caminar al parque? La veríamos innumerables veces después, casi idéntica a sí misma, igualmente fascinados: la mujer rodeada de varias decenas de hambrientos gatos de todo tamaño y color, dándoles de comer en platos de cartón, embebida, solícita, casi mística en su parlotear semicifrado que tal vez sólo ellos entendían. La rodeaban por completo, inquietos al principio, las colas erguidas como pequeños bastones verticales; mansitos poco después, sabiendo que ninguno se quedaría por fuera, que la simultaneidad era posible y se cumpliría en la justa porción de comida y leche que poco a poco iba colocando en los platos tras extraerlos de sendas bolsas de plástico. Cada animal abordaba su parte sin que le faltara ni sobrara una buena ración. Sin duda la mujer los tenía meticulosamente contados, porque llenaba siempre la cantidad exacta de platos –uno para cada felino–, con la medida adecuada de comida y leche. Hasta donde pudimos saber, llegaba al parque tres veces por semana, a las siete de la mañana siempre, en días alternos, y en seguida sacaba los platos y los acomodaba en el piso de cemento bajo el gran árbol de mango que a esa hora daba sombra y cobijo a quienes se sentaran en la banca construida por la municipalidad. Pero a ella nunca la vimos sentarse, ¿verdad? Permanecía de pie entre el montón de gatos, viéndolos comer, cada cual a su propio ritmo, y sólo se agachaba al final para recoger los platos, como lo había hecho para

servirlos al principio, y luego depositarlos todos en el tanque de basura cercano. ¡Era un poco como una estampa franciscana, ella alimentando a tanto animal necesitado, desnutrido!

¿Cuántas veces se repitió ante nosotros –y ante los pocos caminantes que se ejercitaban en aquella época en el parque Andrés Bello de la Vía Argentina– la misma escena singular? Sería cosa de aplicar la aritmética, porque fuimos muy disciplinados ese año con nuestras caminatas, cuatro o cinco veces por semana; y ella, un día sí y otro no, siempre estaba ahí rodeada de gatos, atendiéndolos como una madre, abstraída de cuanto la rodeaba, atenta sólo a su indeclinable misión, hablándoles como si le entendieran, con la ración exacta para el creciente número de felinos. Era como si lo tuviera previsto, anticipándose siempre, inexplicablemente, al ingreso de nuevas unidades. Y cuando recogía los platos –al final ya eran de plástico y los guardaba, sin duda para lavarlos y volverlos a usar–, y se marchaba con una sonrisa en los labios, una gran bolsa de mercado colgada del hombro, veíamos a los gatos lamiéndose y relamiéndose con sus rosadas lenguas, a todas luces satisfechos, empezando a dispersarse. Al pasar nuevamente por aquel sitio en la siguiente vuelta de nuestros múltiples recorridos de tres cuartos de hora, no quedaba señal de ellos ni de la mujer, y a veces nos preguntábamos qué se hacían, y si la escena no era más que una alucinación colectiva, una fantasía que había adquirido el hábito de repetirse de manera sostenida y previsible.

¿Cuándo fue que supimos su nombre? Acuérdate, nos lo confió el señor ese que entrenaba todos los días a su perra lanzándole una pequeña pelota que el animal atrapaba ágilmente en su boca. Fue mucho antes de que ella desapareciera y sólo él y nosotros la

extrañáramos...; y por supuesto los gatos, que siguieron rondando el lugar por un tiempo, a la misma hora, los mismos días que ella solía alimentarlos.

Él había conversado un poco con la mujer en algún momento en que no estábamos en el área, y luego lo continuó haciendo esporádicamente, y así supo que se llamaba Mariana y que era viuda. De unos cuarenta y tantos años, dueña de una pequeña floristería cercana al parque, decía amar a todos los animales, pero sobre todo a gatos y perros callejeros, a los que trataba siempre de hacerles la vida más fácil. Parece que al principio se llevaba a su casa a cuanto cuadrúpedo encontraba por ahí sin dueño, pero ya después tuvo que moderar su buen corazón y contentarse con acciones como las del parque. De acuerdo al señor, Mariana estaba convencida de que los gatos esos, cuyo número iba en aumento cada tanto tiempo, eran hijos y nietos suyos, y nos contó que a cada uno le tenía un nombre, lo cual resultó ser cierto, ¿recuerdas? Porque en una ocasión nos acercamos más de lo acostumbrado en uno de nuestros recorridos y claramente la oímos llamarlos: “Morelia, Alex, Irma, Francys, tranquilos, para todos hay, no se me sofoquen, mininos”. Su voz era suave, de una pausada dulzura al pronunciar cada sílaba.

Un día, ¡qué locura, ¿verdad?!, nos dio por seguirla cuando tras recoger más de cincuenta platos enfiló hacia la calle con una gran sonrisa en el rostro. Creíamos que se dirigiría a la floristería que supuestamente quedaba a varias cuadras, pero no; se fue caminando tranquila, los platos metidos en la amplia bolsa colgada de un hombro y luego del otro, hasta llegar a la intersección con la Vía España, desde donde recorrió toda esa avenida hasta llegar a la Federico Boyd, dirigiéndose hacia la Balboa, y de ahí enfiló hasta Santa Ana, sin detenerse nunca pero también sin prisa alguna. Nosotros íbamos a prudencial distancia, un poco temerosos de que se volteara y nos viera y no supiéramos entonces qué hacer, pero nunca ocurrió. La verdad es que ya ni me acuerdo realmente por

qué la seguimos esa mañana, sólo tengo la certeza de que obedecíamos un impulso incontenible. ¡Qué cosa tan tremenda es la curiosidad, ¿no?! ¡No en balde existe el dicho ese de que la curiosidad mató al gato! ¡Pero no solamente al gato...!

II

Resultó que Mariana vivía sola en una especie de patio interior del antiguo teatro **Amador**, clausurado desde hace años pero aún en pie como monumento a la desidia oficial hacia pasadas glorias del espectáculo. La vimos entrar por el hueco que había en una pared lateral, cerca de la antigua taquilla, cubierto por una tabla ancha que hizo girar con facilidad sobre el eje de un clavo.

Cuando una hora más tarde salió de aquel sitio vestida elegantemente y maquillada, lucía más joven, ¿te acuerdas? Era prácticamente otra persona. Desde la esquina opuesta al teatro observamos cómo se subía a un taxi y se alejaba con rumbo desconocido.

Entonces, más curiosos que nunca, tomamos la peor decisión de nuestras vidas: entramos a su pequeño mundo secreto y, de asombro en asombro, quisimos despejar las incógnitas. ¡Nunca lo hubiéramos hecho!

III

Jamás habíamos visto tal cantidad de perros y gatos de cuanta raza existe en este país. En convivencia plena, pululaban por todas partes en el enorme espacio que alguna vez había sido una gran sala rectangular llena de butacas.

El inmenso telón raído era un montón de colgajos a un extremo del antiguo

escenario, muy cerca de una vieja mesa de comedor en cuyos flancos estaban dos velas apagadas, metidas en sendos candelabros de cobre. Y tras la mesa, una silla recta. También había una cama estrecha cubierta por una colcha floreada, un buró mediano de tres gavetas, una peinadora con espejo, y un viejo ropero de dos puertas. En éste vimos seis blusas, cuatro pantalones, dos vestidos y tres pelucas; en el buró, algo de ropa interior; sobre la peinadora, varias cremas y demás utensilios de maquillaje; en el piso, junto a la cama, dos pares de zapatos y unas pantuflas. Nada hacía juego: ni los muebles entre sí, ni la ropa con los zapatos, ni el ambiente oscuro y lleno de polvo con la mujer elegante que salió de ahí y tal vez se dirigió a su trabajo en la floristería. Nos llamó la atención que no hubiera ollas, platos ni cubiertos, ni un sitio en donde cocinar; aunque sí un baño asqueroso a cada lado del escenario, al que se subía por sendas escaleras cortas de madera a los lados.

Los animales, ¿te acuerdas?, habían empezado a inquietarse cuando muy lentamente nos fuimos abriendo paso por entre sus innumerables cuerpos –perros y gatos revueltos en un inmenso amasijo– para llegar hasta el escenario; y se nos quedaron mirando, volteados todos hacia allá, cuando subimos a examinar lo que ahí había. Aunque por un buen rato no se pusieron realmente agresivos, sentíamos que el ambiente se iba poniendo más y más tenso, como si en cualquier momento fuéramos a ser castigados por nuestro imperdonable atrevimiento. Sobre todo poco después cuando, al unísono, empezaron a producirse unos aullidos y maullidos endemoniados, hasta alcanzar altísimo y atroz nivel en ese recinto cerrado. Sin moverse de su sitio, estos animales se convirtieron minutos más tarde en cientos de espectadores que reclamaban su cotidiana cuota de soberanía territorial e intimidad, y que en cualquier momento podían subir al escenario y hacernos trizas.

Aterrados, no supimos qué hacer. Buscamos otra salida, inútilmente. La habían

clausurado. Entonces descubrimos justo a tiempo los viejos camerinos ubicados a un costado del escenario, al final de un estrecho pasillo, y nos encerramos en uno de ellos. Ahí estuvimos por horas, escuchando aquel infernal acoplamiento de aullidos –maullidos que había avanzado tras nosotros como una nube agresiva e inmensa hasta estacionarse al otro lado de la puerta.

IV

La oscuridad era total desde el principio en el camerino, así es que pasando el tiempo ya no supimos cuándo se hizo de noche. Nos dormimos finalmente, abrazados, en el piso, y de repente percibimos un cambio en el ambiente. Fue muy notorio el silencio súbito que invadió al teatro, que nos permitió al fin hablarnos, pensar. Después de un rato nos atrevimos a abrir la puerta y, viendo que los animales se habían retirado, salimos al angosto corredor. A tientas fuimos avanzando hasta divisar la sala iluminada débilmente por varias nuevas velas que habían sido colocadas sobre la mesa en el escenario. No se veían por ninguna parte los perros y gatos, lo cual, más que asombrarnos, nos alegró enormemente. Sin duda Mariana había regresado, prendido las velas y encerrado en algún sitio a los animales. ¿Pero dónde estaba ella?

La buscamos para darle una explicación, ¿recuerdas? Para tratar de excusarnos, pero no la hallamos. La desaparición en un recinto cerrado de una cantidad tan grande de caninos y felinos es un misterio que tampoco pudimos aclarar, a menos que los hubiera echado a la calle... ¿Y por qué no abrió el camerino para saber el por qué del acecho feroz de los animales? ¿Sentiría miedo ella también ante lo desconocido? A veces es preferible

no saber.

V

Dejamos de ir a caminar por dos semanas. No sabíamos cómo enfrentar a Mariana, si bien era probable que no tuviera idea de que habíamos sido nosotros los intrusos. El sentido de culpa es algo que rebasa los argumentos de la lógica.

Lo cierto es que cuando finalmente fuimos al parque esperando encontrarla rodeada de sus gatos a las siete de la mañana de un nublado lunes, sólo nos topamos con el hueco de su ausencia, el cual se hizo presente una y otra vez a lo largo de aquella semana. Parece ser que el vacío es también una presencia, como el silencio, la tristeza o la esperanza, cuando se espera algo, o a alguien, y esa expectativa no se materializa. Necesitábamos tanto hablar con ella, explicarle, que nos explicara, pero Mariana no volvió más. Aunque sí los gatos, por un tiempo...

Después supimos que la noche que habíamos estado escondidos en el camerino hubo un incendio devastador en el teatro. Dicen que una de las velas fue la causa. Sólo quedaron escombros. Fuimos allá y no encontramos el menor rastro de Mariana ni de sus animales. También buscamos la floristería cerca del parque, pero ésta no existía.

La verdad es que estoy empezando a pensar que tampoco nosotros existimos. Porque, dime tú, ¿cómo te explicas que una y otra vez nos ignore el dueño de la perra esa que atrapa la pelota? ¿Cómo entender que por más que hagamos ejercicio todo el mundo finja que no estamos y nos dejen siempre con la palabra en la boca? ¿Te parece lógico?

MAÑAS

Para Jorge Ávalos, en San Salvador

I

Ya lo había decidido. Escribiría un cuento cuya trama oscilara entre la metaficción y la irrupción de lo fantástico. Por supuesto, no iba a ser tarea fácil conciliar tendencias que solían tener su propia dinámica y autonomía. Sin embargo, lo iba a intentar por el puro gusto, ¿por qué no?

Lo primero que pensó fue escoger un estilo sencillo, de frases directas y poco complejas en su estructura. Como aún no tenía argumento, y mucho menos personajes que al interactuar fueran creando algún tipo de conflicto, como preámbulo fue incorporando a la narración las reflexiones que iban surgiendo acerca de lo que escribía o deseaba escribir. Pero entonces se dio cuenta de que la sintaxis se le complicaba en las frases largas que le exigía el ritmo de su pensamiento, y decidió que cambiaría de técnica en el segundo segmento, sin eliminar lo que llevaba redactado.

El tema en verdad no le preocupaba, ya que desde el principio supo que abordaría el proceso mismo de la escritura. Pero si bien él mismo, como narrador, era sin duda el protagonista, quería que hubiera también otros personajes. De ahí que se esforzara en crearlos. Y así pensó en un vecino fisgón y su recatada esposa, pareja cuyo comportamiento manifestaba a menudo sus marcados contrastes a la vista de los habitantes del barrio. También ideó a su propia esposa como pareja del escritor-protagonista. La cosa, por tanto, iba mejorando. Se había quedado escribiendo en el parque hasta tarde. Metido en cuerpo y alma en el cuento, era evidente que las alusiones deliberadas y constantes a una forma de escribir iban cumpliendo las expectativas: encarnaban.

II

Esa tarde el vecino se le había quedado mirando desde una banca cercana, incrédulo ante el impresionante grado de concentración de este hombre que, en vez de jugar dominó con los demás señores, usaba su domingo para escribir como un tonto. Como le gustaba vigilar de cerca a sus semejantes, no tardó en darse cuenta de lo poco sociable que era en realidad ese hombre alto y desgarbado que, junto con su esposa y un niño de meses, se había mudado al apartamento de al lado unos meses antes. Aunque era maestro en una escuela de las afueras, todo el mundo lo conocía como “el poeta”. La mujer, en cambio, se la pasaba sugiriendo su “pechonalidad” con ceñidas blusas escotadas cuando hacía el super o salía a correr por la cuadra, o bien más osadamente cuando se ponía a amamantar al nene en el balcón de su casa a la vista de todos.

— Oiga, vecino –dijo suavemente, interrumpiendo al maestro al acercársele. — ¿Se puede saber qué es lo que tanto escribe?

— Un cuento –contestó el otro, seco.

— ¿Un cuento para niños?

— No, para adultos bien adultos.

— O sea que es pornográfico.

— No he dicho eso. Y además, ¿a usted qué le importa?

— Es simple curiosidad, vecino.

— Pero la curiosidad mató al gato.

— ¿A qué gato?

— ¿No conoce el dicho?

— La verdad, no.

— No importa.

— ¿Y de qué trata?

— ¿El cuento? Todavía no sé.

— ¿Lo está escribiendo y no sabe de lo que trata?

— Así es.

— Entonces, ¿cómo puede estarlo escribiendo?

— Gajes del oficio.

— ¿Qué es eso?

— Queso.

— Usted me está tomando el pelo, vecino.

— Bueno, un espejo le indicaría sin duda que no hay mucha posibilidad de eso.

— ¡No tiene por qué ser ofensivo!

— Ni usted tiene por qué ser tan curioso, por decir lo menos.

— Eso no es pecado.

— ¿Me va a dejar seguir escribiendo?

— Mire, ahí viene su señora de vuelta de sus ejercicios. Debe ser hora de alimentar al bebé. Bueno, hasta luego, vecino.

III

La verdad es que su obsesión por encerrarse a escribir apenas llegaba a casa, tras ocho aburridas horas de rutina en el Ministerio, le impedía dedicarle tiempo y atenciones a su esposa. Ésta siempre se sentía relegada ante la presencia de la libreta y la pluma de su marido, quien no había podido comprarse una computadora por lo exiguo de su sueldo.

Últimamente sólo los fines de semana le hacía el amor, pero como para cumplir con la obligación, siempre al grano, sin preludios ni epílogos de palabra u obra.

Día con día la mujer se fue haciendo amiga del vecino, cuya mirada encendida solía coincidir con su boca abierta cuando la escuchaba hablar, muy cerca de él, provocativa.

— ¿Y usted por qué sigue soltero, vecino? –le preguntó ella un día.

— Uno no necesita casarse para tener compañía cuando hace falta –le respondió sin rodeos.

— Eso sí que es verdad –musitó sugestiva.

— ¿Verdad que sí?

— ¿Le parece esta noche a las once, en su casa?

— Por la puerta de atrás, si me hace el favor, vecina.

IV

Sin duda tenía ya una historia, y sólo hacía falta desarrollarla un poco más, hacer ostensible un conflicto y llegar limpiamente a un desenlace. Si bien era claro el sentido autorreferencial de la escritura, el cuento parecía ser hasta ese momento irrevocablemente realista en su contenido. No se le ocurría una salida fantástica sin forzar la anécdota ni rebasar la credibilidad de los personajes. Además, pensó, eso de querer darle de todos modos a un relato un sesgo sobrenatural es una estupidez. Más vale dejar las cosas así y ofrecerle cause a la aventura que ya se anuncia. Habrá que ver cómo reacciona “el poeta”, si es que se da cuenta de lo que ocurre.

V

Ella cree que no me doy por enterado de sus coqueteos con el vecino, que no estoy consciente de su insatisfacción conmigo. No sospecha que lo hago a propósito, precisamente para inducirla a la infidelidad, a fin de tener, de primera mano, un buen tema que elaborar, según se desdoble el asunto. Me convertiré así de “espiado” por el vecino en “espía” de su lógico aprovechamiento de la situación. Mi mujer siempre ha sido así, inquieta, pendiente de satisfacer sus deseos; aunque nunca la he dejado hacerlo con otro al final. Siempre intervengo a tiempo y, mostrándome comprensivo, poco después saciamos ambos nuestra contenida pasión. Tal vez en esta oportunidad le permita ir un poco más lejos, para que sea más interesante...

VI

“Un poco” es una medida difícil de controlar cuando se desatan los sentidos y las hormonas fluyen a la velocidad del tiempo. Por quedarse escribiendo demoró más de la cuenta en llegar. Un razonamiento conveniente, pero poco realista, lo indujo a pensar que encontraría sin llave la puerta del vecino, quien seguramente sería presa de la ansiedad que propicia descuidos. Por supuesto, no fue así. Tuvo que forzar una ventana lateral para poder entrar.

VII

Encuerados, ella –maldita puta– muy a gusto se la estaba chupando. Eso sí que no me lo esperaba. Ni a mí me lo hacía. No quiero describir la violencia que me dominó. Este debe ser un cuento fantástico, no truculento ni escabroso. Pero lo sobrenatural se empeña en

no manifestarse, y en cambio las tijeras que encontré sobre la mesita de noche me imponen ahora su recuerdo, como me impusieron entonces su fría presencia.

Por supuesto, la culpable era ella, que se le insinuó desde el primer día, y que en ese momento escenificaba su deseo. Pero no tuve el valor de castigarla. Tal vez sabía que en realidad el único culpable había sido yo. Al verme se habían separado, atónitos. La erección, que no cedía, canalizó mi ira. Lo mutilé en un instante, y tan largo e incontenible fue el chorro de sangre como su grito atroz. ¡Pobre vecino!

VIII

Termina este cuento como me lo propuse al inicio. Si lo metaficcional en esta historia es más que evidente, sólo ahora, en el desenlace, sorprende lo fantástico. Incluso a mí.

Mi mujer acaba de llamar a la policía para entregarme como si yo fuera un vil criminal; ya vienen por mí. Lo que no saben es que ya no estoy en mi cuerpo que dormía. En el cuento que terminé de escribir anoche, tras hacerle el amor infatigablemente me da un infarto. Así termina. ¡Maldita la hora en que se me ocurrió ese detalle! Es increíble, pero a veces la ficción se da mañas para superar a la realidad e, incluso, logra inducirla a que la imite: En efecto, después que lo escribí le hice el amor apasionadamente a mi mujer. Y me infarté.

DRÁCULA REFLEXIONA

No hay nada más impresionante que escuchar el sonido profundo del silencio. Ni siquiera el del furor del mar, que a ratos puede ser su negación. Ni el del hombre aterrado que grita en la madrugada poco antes de que colmillos ancestrales le perforen sin remedio la yugular. Y es que el sonido del silencio, al no ser audible, se siente en el cerebro y en la boca del estómago y en las uñas de los pies como un eco sordo que no termina. Yo lo escucho durante un largo momento todas las noches cuando despierto en mi ataúd de siglos, presto a recorrer las calles más oscuras de la ciudad en esta solitaria condena de tener que buscar por siempre, cada vez, una nueva víctima para saciar mi sed; sin que nadie, pese a la evidencia de mis huellas, crea realmente que existo.

OTROS QUINIENTOS PESOS

I

Entonces decidí, como lo más natural del mundo, sentarme olímpicamente a no hacer nada. La decisión en sí fue fácil, pero vino tras largas horas de cavilación y a veces de ansiedad. Hasta que un sosiego sabio me fue ganando, y un buen día opté por lo mejor. Y una vez metido a fondo en ese suave oleaje que es dejarse llevar por el tiempo como si éste no existiera en absoluto, en la dulce tranquilidad que da la mansedumbre, supe lejanamente, sin los aspavientos tajantes que suele imponer la inducida lucidez, que todo estaba bien; que había alcanzado al fin ese idílico estado de conciencia que redime y vivifica, y del que no hay –¿ para qué?– marcha atrás.

Sólo entonces, alborozado, empecé a quererme un poco, sólo entonces supe que mucho tiempo después tras la calma vendría –imposible de prever con fechas y medidas, pero también inexorable– el furor de la marea. La pasión que haría añicos la inmerecida gracia de la paz que durante esta vida breve me había sido concedida. Lo supe como parte del cariño especial que me fui teniendo; como si la nueva experiencia grata del quererme y la intuición del vendaval que estaba en mi futuro fueran simultáneos en el espacio nuevo de la sabiduría, mas no en el mismo transcurrir. Lo cual me llevó también a comprender ese fenómeno llamado paradoja, entendimiento imposible de atisbar si no hubiera estado entonces inmerso en ese no hacer nada, en esa dulce inercia que a veces lo es todo, absolutamente todo.

Y efectivamente ahora, no sé cuánto tiempo después, escribo como un santo enloquecido. Entran en mí las palabras como dardos, o cual si fueran bálsamos que en algún momento serán materia prima de un viento huracanado. Me dejo llevar por toda

suerte de mareas desatadas quién sabe dónde, cuándo ni por qué; por corrientes subterráneas que a un mismo tiempo me zarandean de un lado a otro... Hasta que, también inexorable, en algún momento hay una tregua; la necesaria pausa que permite reposar ideas y emociones, que también es parte de la experiencia creativa como un calibrado surtidor permanente que conociera sus propias necesidades y limitaciones, y que sin embargo a cada rato las contradijera quedándose pasmado y a la intemperie, temblando y asustado, a veces feliz y desgarrado en el vértice de algo muy íntimo y no obstante inaccesible pero terriblemente bello y nuestro.

Lo importante es lograr, sin esforzarse en conseguirlo, sin que sea algo programado, que permanezcamos otra vez en esa suave hibernación gratificante, en ese no hacer nada de antes, con una sutil antena del ser profundo extendida hacia un sitio abierto al infinito –pasado y futuro– para poderlo deletrear cuando nuevamente entre a raudales la pasión rompiendo muros, arrastrando a su paso conjeturas y buenas intenciones hasta anclar y, una vez más –al fin–, echar raíces.

* * *

Siempre supe que algún día iba a escribir una novela. Desde niño lo sabía, pero esa convicción tardó años en comprender su sentido profundo. Porque al principio sólo se manifestaba en algún sueño ocasional. Me veía adolescente, a la orilla de un gran río tranquilo, la espalda pegada a un árbol frondoso, escribiendo. Usaba una hermosa pluma de ganso y unas hojas de papel antiguo parecido en su textura al pergamino. Siempre escribía de espaldas al árbol y frente al río, con la misma pluma de ganso y el mismo tipo

de papel. El sueño se repitió casi idéntico por mucho tiempo, no sé cuánto, pero jamás supe qué era lo que tanto escribía, concentradísimo, sin levantar nunca la vista, sin saber que en el sueño yo me estaba mirando escribir.

Debo confesar que de niño no tuve nunca el hábito de la lectura. Eran los tiempos del auge de la televisión, esa enorme pantalla que todas las noches, después de la cena, íbamos a ver en casa del magistrado Urriola cómo se iluminaba con figuras que, como en el cine, se movían de un sitio a otro desarrollando una historia, o se quedaban quietas pensando o hablando o mirando a través de una ventana. Digo íbamos, porque éramos tres los que vivíamos en casa de mis tíos: dos hermanas pequeñas y yo. Y había un pacto tácito en el barrio entre la muchachada para invadir decentemente la casa de los vecinos, únicos que en aquel rumbo tenían entre sus ocios la permanencia, siempre en una esquina que parecía hecha para albergar su figura complaciente, del imperturbable televisor. Éste era, por supuesto, el principal mueble de la casa de siete a diez de la noche durante los tres meses de vacaciones del colegio. Sentados en el piso, a veces éramos diez o doce los niños y jóvenes que veíamos programas de austeros detectives que trataban de entender la relación de las palabras con los gestos y desplazamientos de los otros personajes, con los hechos sorpresivos y oscuros, pues en aquella época no había aún subtítulos ni doblajes de voz, y todo se hablaba en inglés. Parece mentira, pero fue en casa del magistrado Urriola, y no en la escuela, que aprendimos a entender y a expresarnos en esa lengua que hacía mucho había llegado a Panamá con el Canal, pero en realidad desde mucho antes, con la construcción el viejo ferrocarril a mediados del siglo XIX. El inglés fue un aprendizaje lento, pero gratamente visual. ¡Creo que a todos nos pasó igual!

Y una noche –cómo olvidarlo– la conocí a ella. Era prima de mis vecinas las hermanitas Urriola. Tenía dieciséis años y el cabello largo, lacio y negrísimo... Se llamaba Haydeé. Yo tenía apenas doce, pero juro que de golpe me enamoré. Recuerdo que de la rima de su nombre con el pretérito de ese verbo salieron un montón de poemitas cursis, de los cuales un día, meses más tarde, me atreví a enviarle uno. Hasta entonces me había tratado como a un niño tonto, pero creo que ese poema cambió su perspectiva, porque ya después me miraba de otra manera y hasta se dignó hablarme.

III

Comencé a contar, tímidamente al principio, la historia de mi relación con esta adolescente. No era precisamente la novela que deseaba escribir, pero de todos modos me puse a escribir sobre el tema de la mejor forma posible, sin pensar ya en la formalidad del género, pues en realidad me daba igual que fuera un cuento o una novela lo que resultara. Todas las noches, con una disciplina que me sorprendía, lograba plasmar tres o cuatro páginas, lo que me hizo pensar que se trataba de una novela, ya que los cuentos –breves o medianos- suelen salir de un tirón. Tres semanas más tarde, con el primer capítulo a medio hacer, me estanqué. Simplemente quedé pasmado. Mi hábito de ver surgir pronto la semilla de un conflicto que más temprano que tarde desembocaría en algún tipo de desenlace, no funcionaba en este caso. Por un lado, pensé, eso es bueno, porque confirma que se trata de una novela. Pero, al mismo tiempo, me dije que de todos modos era innegable que la historia no avanzaba, y ante eso no sabía qué hacer. Después de varias noches en blanco, lo que hice fue simplemente no hacer nada. O, lo que es lo mimo, no escribir más. Me

dediqué a leer **El hombre duplicado**, novela de Saramago que tenía pendiente desde hacía meses. La obra, como casi todo lo del Premio Nobel portugués, me fascinó.

Una semana después me puse a escribir, y la verdad es que ya para entonces las ideas fluían; y con ellas, las palabras...

IV

Al cumplir catorce años noté que Haydeé se interesaba un poco más en mí. Ella tenía dieciocho y, curiosamente, ningún novio hasta el momento. No lo comprendía. Era una chica linda e inteligente. Sin embargo, un día lo entendí. Su madre había muerto tres años antes, de cáncer, y vivía con el padre y con un hermano menor. Me contó los pormenores, el sufrimiento, el dolor. Nunca pudo reponerse, me dijo. Habían sido muy unidas. Y desde entonces rechazó a todos los pretendientes, que no fueron pocos. Se refugiaba en los estudios, en sus clases de piano y de canto. Nos hicimos buenos amigos. Intercambiábamos libros, hablábamos de películas. Parece que yo tenía la madurez suficiente, porque me trataba como a alguien de su misma edad. Un día se dejó besar, me dejó palparle los senos.

Casi siempre nos citábamos en el cine al salir del colegio, en horas de la tarde, cuando había pocas personas, pero una tarde hice algo que le molestó bastante y por lo cual dejó de hablarme por más de dos meses: en la oscuridad de la sala puse su mano sobre mi pene y la induje a que me masturbara. Al principio no se opuso, pero cuando poco después sintió mi humedad viscosa en sus dedos me dio una bofetada y salió corriendo del recinto.

Pasando el tiempo fue ella la que, en la oscuridad del cine, me hacía masturbarla. Sólo lo hicimos ahí un par de veces, porque el escándalo de sus gemidos llamaba mucho la

atención. Después nos lo hacíamos mutuamente en otros sitios más privados. Como su recámara, cuando no había nadie más en casa. Pero nunca quiso hacer sexo oral, y mucho menos permitió que le hiciera el amor.

Siempre tuve la impresión de que Haydeé se sentía muy sola. Tenía pocas amigas y no le gustaba ir a fiestas. Llegó un momento en el que yo parecía ser su único confidente. Y como ese mismo año se graduaba, me pidió que fuera su "edecán" en el baile de graduación del colegio. Por supuesto, acepté. Nos la pasamos de maravilla. Haydeé estaba preciosa con su traje largo blanco, escotado. Yo, que siempre me veía mucho mayor de lo que era, alquilé un "toxido" negro que acentuaba más aún mi edad. Casi fue mía esa noche, estaba decidida a entregarse. Yo manejaba el viejo Chevy de mi papá, y lo conduje hacia los lados de Las Cumbres.

La verdad es que nunca se sabe cómo va a comportarse alguien sin experiencia en casos como ése. Ninguno de los dos la teníamos, pero por puro machismo le había dicho que yo sí. ¿Qué vergüenza! No pude hacerlo. Por más que traté, no pude. Estábamos estacionados junto al lago. Nunca olvidaré la expresión de incredulidad en sus ojos, de total decepción. Ella ahí, semidesnuda, esperando, temblorosa, pálida..., y yo hecho un inútil, sin decir palabra; ambos en la parte de atrás del carro. La escena que hoy recuerdo me parece ridícula.

Al rato me pidió que la llevara a su casa. Ninguno de los dos volvió a hablar esa noche. Evitamos encontrarnos durante mucho tiempo, y a los pocos meses mi padre fue trasladado al interior del país, y nos fuimos a vivir allá. No la volví a ver. Hasta esta mañana, en su funeral, diez años más tarde.

Murió de cáncer, como la madre. Vi la esquela en un periódico y me pareció indispensable asistir. La habían cremado y sólo un reducido grupo de personas estaba en la

iglesia, entre ellas su hermano, quien alguna vez fue mi mejor amigo. El padre, supe después, falleció el año anterior.

Durante la misa recordé la humillación enorme que sentí aquella noche ante Haydeé. Caí en la cuenta del rencor que todos esos años había guardado mi alma porque no fue solidaria y comprensiva conmigo, por su interminable silencio de esa noche, por su injustificado alejamiento posterior. Un sentimiento que afloró en ese momento ante la urna que contenía sus cenizas, haciéndome llorar. Y me sorprendió sobremanera descubrir de pronto que no lloraba de pena por su muerte prematura, sino de rabia largamente contenida.

V

Tuvo conciencia plena de haber escrito un cuento. Todo en su estructura y final lo indicaba. La novela tendría que esperar. Era cuestión de tener paciencia y, a la vez, surtidas dosis de perseverancia. En algún momento saldría. No se podía forzar las cosas.

Pasó una semana, luego otra. No podía escribir. Sólo breves artículos de opinión que publicaba unas veces en **La Prensa**, otras en el **Panamá América.** Pero nada realmente literario. Hasta que una tarde supo que estaba al fin en el umbral.

Entonces se desató. Como en un trance, dejó que las palabras que pugnaban por salir brotaran a raudales encontrando su propio acomodo, sin restricción alguna, libres. Supo que el borbotón que fluía tendría a la larga su propia lógica y justificación. Era como si le dictaran, como si su conciencia sólo fuera un canal, un paso obligado por donde corrían escenas, diálogos, monólogos interiores, ambientes que se iban perfilando,

personajes, todo sin aparente orden ni concierto. Un caos de ideas y sentimientos, de imaginaciones y experiencias vividas, que sólo ahora encontraban expresión, y que más adelante tendría por supuesto que ordenar y decantar. ¡Pero esos serían otros quinientos pesos!

NO TUVE MÁS REMEDIO

Llegó a ser mi mejor amigo. ¿Cómo describirlo? ¿Cómo fundir su apariencia con su carácter para dar, idealmente, una semblanza verosímil y, además, cierta. De mediana estatura, sorprendentemente atlético y fuerte sin haber hecho nunca ejercicio –según me contó alguna vez–, a sus cincuenta y dos años lucía todavía una abundante cabellera negra y lacia, y la sonrisa franca de los que han logrado sobrevivir a la soledad y lo celebran en cada momento de la vida. Pero quizá lo más sobresaliente, y lo que más recordamos quienes pudimos atesorar su amistad y su confianza –tres o cuatro amigos entrañables, porque no tenía familia conocida–, era su humor voluble y disparatado. Yo, que soy un mustio y que todo me lo tomo siempre tan en serio, reía como nunca antes cada vez que conversábamos, desde la tarde aquella de interminable lluvia en que nos conocimos.

Como toda persona interesante, su personalidad tenía facetas muy diversas, y hasta divergentes. Le conocí raptos de auténtico misticismo, profundas interiorizaciones que terminaban por alejarlo de todo sumiéndolo por semanas enteras en una buscada soledad que le permitía, según explicaba un tiempo después, “platicar de tú a tú con el mismísimo Jesús crucificado”, o con su ángel guardián , que “por supuesto existe y me protege a diario contra todo mal”. También períodos de intensa agitación física en los que todo el santo día estaba haciendo algo que requería estarse movilizando de un sitio a otro para resolver asuntos que sólo él parecía conocer, pero capaces de involucrarlo a fondo haciéndolo fatigarse y hasta sudar. Podía estar eufórico en medio de un ambiente de tristeza generalizada, e igualmente sentirse deprimido sin causa perceptible y sin dar explicaciones, haciéndonos sentir culpables a los demás que no compartíamos su ánimo abatido. Pero, en

general, era su vitalidad a flor de piel, su sentido lúdico y una actitud contagiosa de estarse burlando siempre de todo, lo que predominaba en su personalidad. Un tipo a todo dar. Sin duda un hombre simpático, bien parecido. Tenía ángel, como se decía antes.

*** * ***

Recuerdo que llovía y que los frenos me fallaron esa tarde. No pude evitar que mi carro patinara y terminara estrellándose contra el guardafango del suyo. Ambos salimos a discutir nuestras razones bajo el aguacero y terminamos conversando amigablemente, mientras tomábamos café, en un sitio cercano. Yo había tenido la culpa, por supuesto, pero él, para mi sorpresa, ofreció cubrir todos los gastos ya que podía hacerlo con holgura. Acepté un poco apenado, y al final cada quien se fue a su casa en su carro abollado, sin esperar a que llegara un policía de tránsito. Antes, habíamos intercambiado teléfonos y expresado nuestra disposición para explorar la posibilidad de hacer negocios; él, como empresario próspero de la industria de la construcción; yo, como arquitecto recién graduado con honores, pletórico de ideas novedosas.

Durante dos años nos frecuentamos como buenos amigos; casi como socios. Llegamos a compartir varios proyectos, su ejecución y las ganancias. A tal grado fuimos amigos, que en cierta ocasión, al salir de un fiesta, compartimos también a una chica. Fuimos a un motel. Nunca imaginé –apenas ahora caigo en la cuenta– que en realidad estaba excitado ante mi desnudez, no por la de ella. Sin embargo, tomó la iniciativa y fue el primero en hacerle el amor. El hecho de que la penetrara sólo analmente me sorprendió. Parecía estar acostumbrado; y ella, con quien era obvio que ya había estado otras veces,

también. Después me tocó el turno a mí, sólo que lo hice de la forma convencional, mientras él observaba fascinado.

*** * ***

Apenas hace un rato comprendí muchas cosas. Sobre mí mismo, más que sobre él. Habían transcurrido cinco meses desde aquella noche. Después de una larga reunión de trabajo en su oficina, en la que acordamos desarrollar un moderno centro comercial a partir de un proyecto mío, me invitó por primera vez a su lujoso apartamento a tomar unas cervezas para celebrar el acuerdo.

Vivía solo, en una de las torres de La Cresta. Pronto se pasó de tragos y quiso hacerme sexo oral. Quedé atónito. En ese momento estábamos en la cocina. Por supuesto, le dije que no. Insistió y quiso forzarme. Él era más corpulento, mucho más fuerte. No tuve más remedio que defenderme clavándole un cuchillo, porque su boca se me venía encima, provocativa, peligrosamente...

FUERO INTERNO

Para Óscar Núñez Olivas, en San José

Uno es lo que piensa, tanto o más que lo que hace. Claro que no es el tipo de verdad que se nota demasiado. Nadie conoce el fuero interno de los demás, su mundo personal, sus íntimas razones y deseos y temores. Intransferibles.

Siempre he querido ser un búho: nocturno, permanentemente vigilante, enigmático. Poder volar y cazar a mi antojo en la dulce calma de la oscuridad. Disfrutar con una mirada que penetra y escudriña como un rayo invisible de luz. Una y otra vez lo he imaginado, me he visto surcar los amplios territorios de la noche buscando una presa, llevándola después sujeta en el pico o entre las garras mientras mis alas rompen el espacio sintiéndome dueño del instante como si éste fuera una gozosa eternidad.

Me dormí pensándome en ese escenario, olvidado por completo de mi naturaleza humana. No hay diferencia importante entre soñar despierto y hacerlo dormido. La mente crea su realidad y hace que la anterior se esfume. ¡Lo he vivido tantas veces!

Posado en esta gruesa rama que sostiene el peso nuevo del presente, observo ahora el inabarcable horizonte de mi futuro. El pasado, por rechazo y conveniencia, ya no existe. Veo salir de su madriguera a una rata borracha de sueño; la veo subirse a un tronco cercano, distraída, ignorando mi asedio. Me lanzo sobre ella, la atrapo, me alejo volando con su ser palpitante en el pico urgiendo mi apetito...

LA HAZAÑA

Para Javier Mosquera Saravia, en Guatemala

Una y otra vez a lo largo de siglos sin fin insistí en lograrlo; sin éxito. Jamás me di por vencido. El poder de la imaginación, como la fuerza de voluntad –me decía–, desencadenan resultados absolutamente imprevisibles y por tanto fantásticos. Esta era una intuición en la que creía como en la sagrada Biblia de mis antepasados. Y resultó ser verdad. Porque hace un momento, por primera vez en la Historia, ¡pasé sin mayor esfuerzo por el ojo de una aguja!

Soy un camello feliz. Doblemente feliz. Porque, además, alguien acaba de escribir sobre esta hazaña. Y por tanto, más acá de cualquier fantasía, ya existe. ¡Existo!

EN EL BUS

Me subí al bus esa tarde y fui tras ella. Me gustaba, quería inventar un pretexto para hablarle. Era la segunda vez que me la encontraba en la calle en menos de una semana, siempre con un libro en la mano. Esta vez la seguí.

Mi excesiva timidez me impidió abrir la boca, pese a que pude sentarme a su lado. Todo el tiempo la estuve mirando y ella como si nada, metida en un libro abierto en su regazo. En algún momento alcancé a ver que se trataba de una colección de relatos, de no más de una página cada uno. Ella se quedaba inmersa interminablemente en su contenido, como si el texto fuera larguísimo o de un agudo interés particular, pues demoraba horrores en pasar a otro, y después lo hacía sin levantar la vista. Absorta por completo. Desde el principio ignoró mi presencia. No creo que su permanente desdén haya sido deliberado.

De todo aquel libro, bastante voluminoso por cierto, sólo pudo leer diez breves narraciones. Lo sé porque yo también alcancé a disfrutarlos, no una sino varias veces, porque ella leía muy lentamente. Al grado de que dejé de interesarme en la chica y me metí de lleno en la lectura. Por suerte tengo una excelente vista y gran poder de concentración; además, muy buena memoria. Por eso les cuento ahora esta historia; la última leída, que al igual que ella logré degustar en el bus aquel. La repito tal cual, como si yo mismo la hubiera escrito, porque la coincidencia con mi propia vivencia ese día resulta asombrosa: me convierte en el protagonista exacto del lento recorrido que ambos compartimos sin mediar palabra.

Hasta que nos separó de golpe el accidente fatal.

BREVE HISTORIA DE ESPÍAS

Lo que pasa es que nadie puede estarse cuidando las espaldas todo el tiempo. Yo sabía que me estaban siguiendo, claro; pero después de tantos años metido en esto de primero ser detective privado y después espía, no me sorprendió confirmar que ahora era yo a quien vigilaban. Es lógico que los papeles se inviertan alguna vez. Hasta me pareció divertido. La verdad es que no le di mucha importancia al principio y seguí con mi vida como si nada.

Ahora sé que debí ponerle mayor atención al asunto, ya que sólo podía ser objeto de tan fino espionaje quien día y noche vigilaba a su vez a otro con ese mismo aparente candor que no es más que profesionalismo. Sí, la verdad es que fui muy ingenuo. Y eso, ¡maldita mi suerte!, recién lo entiendo. Eso, me costó la vida.

UNO Y EL UNIVERSO

Para Isabel Herrera de Taylor

Creyó haber esperado una eternidad, pero pronto supo que sólo fue un instante. En esas condiciones era muy fácil confundir los límites del tiempo, la verdadera textura de su transcurrir. Y en todo caso no importaba demasiado. La percepción que en tales circunstancias tuviera o dejara de tener de las cosas ya no significaba nada. Absolutamente nada. Eso lo entendía muy bien ahora.

Miró a todas partes, con inseguridad al principio, con una calma creciente poco después, ya dueño de lo que veía e incluso de lo que no era posible ya volver a ver. Entendió cada detalle, la razón de ser de cada circunstancia. Era como si una olímpica y a la vez sutilísima sabiduría se fuera apropiando de su ser íntimo, llenándolo de una paz insospechada y permanente. Como si su relación con las cosas, consigo mismo, fuera un conocimiento muy antiguo que siempre hubiera estado ahí esperándolo, pleno de sí, sin consecuencias, y no obstante incapaz de existir sin su consentimiento, o al menos sin esta nueva percepción.

Entonces empezó a comprender lo inútil de las viejas preocupaciones cotidianas, el total absurdo incluso del concepto de cotidianeidad. Porque todo era un mismo fluido, una recurrencia idéntica a sí misma. Así, la permanente angustia que tanto lo había atenazado cada vez que estaba por emprender un camino diferente, la aventura de un riesgo inédito,

no tenían ya sentido alguno vistas las cosas desde esta nueva perspectiva. Pero es que ahora todo era una misma óptica, una omnisciencia sin fisuras, ajena a las incompatibilidades de antes y al temor a todo lo que no podía preverse. Ahora el instante y la eternidad, al igual que cualquier íntimo sitio milimétrico y el vasto campo inconmensurable de cualquier lugar ajeno, eran una y la misma cosa. Un mismo magma intuitivo y sin embargo pletórico de toda la experiencia del mundo. Uno y el universo.

Se acomodó entonces en la abstracción que era sin duda la más concreta experiencia jamás imaginada, y desde el mirador de su propia necesidad de tomar conciencia de todo lo que ahora era diferente redactó sin palabras el último texto por él creado. El que al mismo tiempo venía a ser el primero, porque los anteriores pertenecían a una circunstancia muy distinta a ésta de la que ahora era parte. Un texto híbrido, descontextualizado, virtual, que no obstante todo lo abarcaba y que sin embargo era totalmente prescindible. Un texto necesario y a la vez inútil en el que la vida y la muerte no eran substancias diferentes ni se percibían como opuestos.

Supo entonces que no había tampoco distinción alguna entre la realidad del suceso en que estaba inmerso y esa tenaz voluntad de consignarlo todo a la que antes llamó ficción. Porque toda ficción, aun ahora, es una realidad, y toda realidad ficción cuando uno y el universo se tornan inseparables, una y la misma cosa. Cuando se entiende al fin, tras dar vueltas y más vueltas en las esferas del viaje, que estamos muertos. Muertos pero eternamente vivos al fin.

ALGUNA VEZ

Entreabrió los ojos y la vio acercarse, su escuálida figura un bulto desdibujado que lentamente se aclaraba. Sólo cuando la tuvo enfrente, mirándola sonreída recordó a la mujer que años antes había sido. No se parecía en nada, pero el saber que no podía ser más que ella misma le daba certeza a su redescubrimiento. Y lo sabía porque la diaria convivencia con la persona aburrida en que se había convertido, si bien lo distraía inevitablemente de cualquier contacto afectivo con el pasado, era un nexo latente que tampoco podía ignorarse.

— ¿Quieres que te prepare una sopa de verduras? –la oyó decir con ese tono bondadoso e indulgente que desde hacía años se había hecho usual en ella. No podía recordar con precisión desde cuándo.

— Bien sabes que sí. Cuando llueve me duelen los huesos y esa sopa, al igual que el caldo de pollo ese que preparas, parecen atenuar la molestia, y también mata los gases.

— Es sólo una cuestión psicológica, tú y yo lo sabemos... La tibieza y el saborcito rico te crean un estado de ánimo agradable que espanta al malestar antes de que se instale. A mí también me ocurre un poco, ya lo hemos hablado.

— Tienes razón, ya lo hemos hablado. Y sin duda es así. Total, qué importa, si nos sentimos mejor al tomar tus benditas infusiones.

— No son infusiones.

— Bueno, sopas, caldos, lo que sea.

— Lo que sea, no.

— Está bien, pues.

— Ahora vuelvo.

Viéndola alejarse confirmó el grado extremo de esa miopía suya envuelta cada vez más en el espeso velo de las cataratas que le limitaban odiosamente la visión. Era como si la figura de la mujer se deslavara poco a poco a medida que crecía la distancia. Ahora era casi una hermana buena, pero alguna vez había sido su fogosa mujer. ¡Cómo cambia la vida!, pensó con resignación, ¡cómo nos cambia el tiempo! Recordaba más el sabor delicioso de la sopa que ella empezaba a prepararle en la cocina, que el de las humedades de la hembra insaciable que noche a noche temblaba, siglos atrás, bajo la acometida de sus labios y su lengua.

Un rato después, tras escuchar el llamado apacible de su nombre, sus manos guiaron la silla de ruedas hasta el comedor como si con su rítmico movimiento simultáneo prepararan la primera escena de una estampa conocida. Cenarían con toda la calma del mundo, hablarían sólo lo necesario, verían juntos algún programa previsible en la televisión y finalmente ella lo conduciría hasta la recámara para ayudarlo a desvestirse, ponerse la pijama y trabajosamente meterse a la cama. Asimismo, alguna vez él la había llevado cargada y estremecida hasta esa misma cama; alguna vez que fueron cien veces que ya casi no recordaba, salvo en las cosas más generales que ahora parecen una sola peripecia muy remota de la que sólo sabe que al final se la comía a besos y mordiscos hasta sentirla desmayada de la emoción. Sólo al día siguiente revivía, cuando él ya no estaba.

— Buenas noches –le dijo la mujer, y ahora sí la veía muy bien porque su dulce rostro envejecido estaba sobre el suyo para besarlo en la mejilla.

— Si me necesitas, llámame. Duerme tranquilo. Voy a ver un programa.

Como siempre, piensa antes de cerrar los ojos e imaginarla momentos después frente al televisor extasiada con los excéntricos personajes que airean sus proclividades en el programa de Cristina. ¡Cómo cae uno siempre en lo chabacano o en la frivolidad, siempre en la rutina!, se dice igual que todas las noches antes de dormirse.

Pero la mujer en realidad pone un video, nunca el mismo, que oculta en la alacena. Y todo el rato, con los ojos encendidos y la mente en otro tiempo, mantiene su delgado índice moviéndose debajo de la bata; mimosamente al principio, después con frenesí. Hasta perder el sentido.

VARADO

Ya estaba en el sitio que le habían recomendado y frente a la mujer que debía devolverle su hombría. Vio cómo un rojo intenso avanzaba por sus mejillas hasta que de golpe el rostro blanquísimo fue una mancha cárdena, asimétrica en los bordes, desde donde los maquillados ojos pequeños y un poco estrábicos se perdían y volvían a reunirse en medio de un parpadeo desenfrenado.

Los brazos lechosos le colgaban, por completo laxos, ajenos al enorme cuerpo rechoncho del que emergían. Enfundados en chancletas de hule de cómodo aspecto, los pies anchos casi se tocaban en las puntas formando un peculiar triángulo de sólo dos lados visibles.

Cubierta por una bata de seda gris desprovista de figuras, la cual estaba cerrada por el frente con la presión de una tira negra que rodeaba la informe cintura y remataba en un lazo, después de un largo momento en que sólo hubo silencio y la apenas perceptible agitación de su gran pecho la mujer tiró de un extremo y la bata se abrió como una suave cortina hacia ambos lados, después cayó al piso con un leve movimiento de los hombros.

Entonces él abrió desmesuradamente los ojos y la boca tragó fuerte. Una eternidad después, salivando, dio dos torpes pasos al frente con los brazos extendidos y las manos abiertas y dispuestas, el aliento entrecortado...

Las teclas de la vieja máquina *Brother* dejaron de escucharse y todo quedó en silencio. No supo qué más escribir y creyó entender que era por su ignorancia absoluta acerca de lo que debía suceder de ahí en adelante en aquella escena sin antecedentes. Porque había empezado con una descripción intuida, sin arraigo en información específica que permitiera vislumbrar el pasado, los hábitos o la manera de ser de esos seres que de pronto estaban uno frente al otro viviendo lo que sería el inicio de diversas opciones en una relación que podría o no cuajar. No existía nada más, al menos no en su mente de cuentista. Simplemente se dejó llevar por el impulso, por las ganas de escribir que se debatían entre una rara sensación más abstracta que real y un cosquilleo en la boca del estómago que en cierto momento se le hizo fuerte en la yema de los dedos hasta que tuvo que sentarse frente a la máquina. Las palabras fueron brotando entonces en núcleos que ya venían hechos de imágenes, atropellándose en su necesidad de quedar plasmadas en lo blanco de la página. Cuatro párrafos, y ya estaba otra vez en cero. Pasmado. Sin pistas ni orientación alguna. Inmerso, como otras veces, en un incómodo silencio.

No era que no le agradara. Por el contrario. Aunque su mayor deleite consistía en dejarse envolver por alguna pieza musical que lo indujera a asociar ritmos y cadencias con sitios y acontecimientos de su imaginación, mucho más le fascinaba escuchar en toda su intensidad el silencio. Sentirlo metérsele por la piel en su indescriptible proceso de ósmosis que le permitía tener la certeza de casi desaparecer tragado por su fuerza inexorable. Sostenido, abrumador, casi completo (el silencio absoluto no existe, siempre hay sonidos leves o súbitos que ocasionalmente se escuchan), tal vez era en realidad su mayor plenitud en este mundo. Así es que no se trataba de un problema en tanto silencio, sino más bien en tanto vacío; abismo amorfo en el que súbitamente quedaba suspendido sin nada de qué

asirse –nula creatividad–. Con el peligro inminente de caer en un insondable hueco sin retorno.

Todo esto, más que pensarlo, lo podía experimentar como un conocimiento hecho de más certezas que dudas cada vez que se ponía como ahora a escribir y de pronto quedaba varado, sin piso, con la mente en blanco. No era la primera vez que le ocurría, pero una y otra sentía el temor de que fuera la última, en el peor sentido de la expresión. Porque en el fondo aquello estaba emparentado –para él resultaba clarísimo– con la muerte.

Respirando fuerte tuvo la resolución de romper eso que lo anulaba en su deseo de crear y puso otra vez los dedos sobre las pequeñas teclas. Se concentró lo más que pudo, logró visualizar nuevamente a la pareja sin necesidad de releer lo escrito, y sintió en las yemas un calor que empezaba a quemárselos. Entonces vio cómo, moviéndose en una tecla y otra, sus dedos arrancaban sonidos conocidos al aparato mientras sobre el papel iban grabándose palabras que no parecían tener origen pero que comenzaban a formar secuencias que podrían encontrar tarde o temprano su significado.

Como solía ocurrirle cada vez que se ponía a escribir lo que intuitivamente aceptaba como los inicios de un cuento, su quehacer se fue desplegando sin prisa a ratos, y otras veces de manera irrefrenable en rapidez y elocuencia discursiva, sin que tuviera noción alguna del tiempo ni recordara pertenecer a este mundo. Y así, frase tras frase fue apareciendo cada párrafo sobre el espacio deshabitado por el que se movía a distintos ritmos el instantáneo mecanismo de la máquina bajo el nuevo entusiasmo de sus yemas que apenas parecían hacer contacto con las teclas.

Era como si el texto que minutos antes había nacido de su necesidad de crear una inédita versión de la realidad, una realidad que antes no existía y que al crecer iba

adquiriendo más y más contextura y verosimilitud, tuviera por sí mismo el deseo impostergable de expresarse de forma inequívoca y rotunda a pesar de las tantas otras cosas –descripciones de sitios y personajes, acción narrada, diálogos–, que, como en la vida misma, a veces permanecen subyacentes, y que necesariamente contribuyen al enigma que conlleva todo reto. Porque este hombre que ahora ponía toda su energía en las palabras para poblar de sucesos el vacío, daba por sentado que la historia que crecía frente a sus ojos aspiraba a la perfección, incluso en sus más informes aristas y en su nada tradicional manera de irse apropiando del interés del lector, el primero de los cuales por supuesto no era otro más que él mismo.

Después de un breve sucederse de frases cortas y extensas que, a su vez, fueron constituyéndose en bloques que buscaban su propia autonomía, el escritor entró en otro período de inanición intelectual en el que ya nada nuevo surgió, ni siquiera como elucubración sobre lo hasta ahí acontecido. Como antes, después del arranque que se pasmó en los primeros párrafos del texto, no tuvo ya la más mínima idea de por dónde seguir. La fluidez del pensamiento hecho palabras llegó a un brusco límite más allá del cual era imposible avanzar. No tuvo entonces más remedio que aceptarlo como uno más de tantos gajes del oficio.

Quitó los dedos del teclado, respiró fuerte, sacó la hoja del rodillo, y tras ordenarla con las anteriores leyó desde el principio todo lo que había escrito.

A mano fue haciendo correcciones –tachando y añadiendo palabras, eliminando conceptos repetidos o innecesarios, afinando la puntuación y el vocabulario–, y entendió que inadvertidamente había incorporado al texto muchas de sus propias reflexiones. ¡Un cuento autorreferencial, se dijo, y a la vez un extraño relato argumentalmente mutilado, o al

menos inconcluso! Porque ¿de dónde salían esos personajes de la escena descrita, cómo eran sus vidas, qué iba a resultar de esa extraña relación que aún no se entablaba? Se sintió entonces hacedor de una historia que, creándose a sí misma, inexorablemente exigía tener un final, aunque no tuviera antes el desarrollo lógico, necesario.

Como quien ausculta por primera vez los hechos releyó lentamente lo que minutos antes había corregido. Tuvo la certeza de que parte de aquello era relleno, que salía sobrando, y mucho fue lo que eliminó. Supo entonces que el cuento, ahíto de posibilidades, debía escoger una sola: oscilaba ahora peligrosamente en la cuerda floja, balanceándose en su vértice. No iba a cuajar a menos que, rompiendo la inercia, en un pase maestro indujera un pronto y sorpresivo desenlace.

Así es que tras releer la última frase de aquel primer relato –"*Una eternidad después, salivando, dio dos torpes pasos al frente con los brazos extendidos y las manos abiertas y dispuestas, el aliento entrecortado...*"–, en una ráfaga feliz concluyó:

El hombre queda inmerso en la gran mole de blanquísima carne fofa que amorosa lo acoge, en seguida lo absorbe, lo asfixia sin remedio hasta que desaparece por completo y no se sabe más de él.

ARMA MORTAL

Se ha dicho tantas veces que nadie sabe para quién trabaja. Y ahora, súbitamente, en mi propia vida, este dicho ha resultado ser verdad, y de qué manera.

Mi mujer era el extremo opuesto a la coquetería. Más bien recatada y penosa, sólo a veces logré que pusiera a un lado viejas inhibiciones y cediera un poco ante la pasión. Bastante trabajo me costó lograr que aceptara ciertas prácticas venciendo sus pudores. Fue un proceso sinuoso, gradual, meticulosamente labrado durante meses de paciente noviazgo. Pero cuando al fin pude moldearla a mi manera resultó que le había encontrado el gustito a mis enseñanzas y que era yo el que no daba ya la talla. Siempre quería más y más, a todas horas; se volvió glotona e incansable, y la verdad es que a mi edad uno tiene límites... y limitaciones, que en tales circunstancias pronto afloran.

Susana no es más la mujer tímida y conservadora con la que me casé. Los razonamientos morales y su temor a caer en los infiernos del pecado ya no existen. Ahora ella es lujuria pura a flor de piel y en las entretelas de su mente, voluptuosidad que busca consumir su ardor a como dé lugar. Y yo soy, en todo sentido, una víctima. Porque al no poder saciarle ese fuego inédito que ocultaba en su ser, esa capacidad superlativa de exigir y dar placer, recurre a otros cuerpos y ya no repara en humillarme.

Le pedí el divorcio por la buena y me dijo que no, según ella porque me quería. “Tú fuiste mi maestro y tu huella sigue viva en mí”, se justificaba. Muchas veces trató de seducirme. También me quiso inducir a ser partícipe, o simplemente testigo, de su relación

con otros; pero no pude aceptar semejante indignidad.

Diecisiete años tenía cuando empecé a cortejarla atraído por la mezcla de candor con la promesa de sus turgentes carnes juveniles. Entonces no importaban las diferencias de edad y experiencia que había entre nosotros; más bien fueron el mayor incentivo para ambos: el desafío y la aventura y el riesgo que estábamos dispuestos a colmar. Todo un reto compartido.

Pero hoy es claro que, pasando el tiempo, uno no le triplica impunemente la edad a su pareja. Además, como le digo, ella se había vuelto disoluta, esclava de una intolerable y descarada promiscuidad.

Por eso, señor inspector, he tenido que hacer lo que hice. Fue algo irremediable, créame. Los celos, pese al enfriamiento del deseo, son siempre un arma mortal.

LO PEOR

¿Ha notado alguna vez cómo puede uno enfrascarse literalmente en situaciones que nos obligan a dar vueltas y más vueltas en redondo sin que haya manera de salirse del círculo vicioso? Eso pasa más frecuentemente de lo que se cree, se lo aseguro. Y siempre hay un culpable, alguien que mueve los hilos...

Entonces aquel trompo –dotado de discernimiento súbito por el escritor de minificciones– recordó las veces que había sido lanzado con tal fuerza al suelo que, irremediablemente, se estaba un buen rato girando sobre su punta sin ningún control. Pero eso no es lo peor del caso, pensó. ¡Lo peor es sufrir de vértigo y de todos modos tener que aguantárnoslo porque para eso fuimos creados: para que nos pongan a bailar como locos en cualquier momento, en cualquier parte, por puro gusto ajeno, sin consultarnos, sólo para que otros se diviertan! ¡Pinche suerte la nuestra!

VOCES Y CONTRAVOCES

Quiso llamar *"Voces y contravoces"* al relato que empezaba apenas a surgir, no sabía porqué. Simplemente sintió de pronto que las palabras se le imponían, brotaban casi de la nada. Así es que se las ingenió para incorporarlas desde el principio, aunque apenas como una alusión. Igual hubiera podido suceder con cualquier otro término.

Casi enseguida se topó con el vacío, ése que suele aparecer en obras mucho más avanzadas. Pero se dijo que era bastante lógico que algo así ocurriera, ya que el texto había nacido no sólo huérfano de historia sino de personajes. Y hasta sin la satisfacción de una trama mínima, añadió empezando a preocuparse. Aunque no era la primera vez que iniciaba un cuento de esta manera, improvisada por completo pero llena de una oscura pasión que no lo abandonaba hasta rematar en determinado desenlace, ahora el impulso parecía diferente, imbuido de una mayor dosis de abstracción. O de una intencionalidad tan ausente o al menos tan poco obvia, que aún no tenía la más remota idea de hacia dónde iba el relato. Si es que así podía llamársele.

Otra vez, el vacío; ese inarticulado freno deteniéndolo, intentando paralizarlo. Pero no lo dejaría, iba a continuar escribiendo de todos modos, aunque pareciera un absurdo. Y es que en verdad no tenía mucho sentido escribir y escribir como un loco, como un autómata, a mano además, indefinidamente, sin saber en qué dirección se movía la escritura

ni cuáles eran los verdaderos resortes que lo impulsaban a seguir con esa suerte de creatividad impulsiva pero hasta el momento absolutamente deshabitada. Deshabitada, sí, porque el texto podía ser todo lo fluido y coherente consigo mismo que quisiera, pero sin duda carecía por completo de una vida propia capaz de justificarlo. A menos que hubiera cierta sustentación en la forma tan natural y espontánea en que desde el principio las palabras habían ido articulándose en secuencias continuas, plasmando una suerte de sentido intrínseco innominado.

Por primera vez se detuvo un momento a pensar. Un cuento, reflexionó, debe narrar al menos el esbozo de una historia, y como parte de ésta lo más usual es que pase algo, y que ese algo le pase a alguien de cierta manera. Se dijo entonces que no siempre era así, que puede haber relatos sin historia, sin personajes, de lenguaje puro, hechos de la meditación que un escritor hace en torno a cómo va creando un texto. Y en ese caso el impulso autorreferencial sería su propia justificación, su propia vida interior, ¿qué más historia que ésa?

Nuevamente se enfrentó a esa discontinuidad en el papel a la que antes había llamado vacío. Y también en esta ocasión supo que podría vencer la inercia. Otra vez logró su cometido incorporando a su narración la idea misma de vencer a la nada, y al hacerlo añadió ahora un elemento al que antes no había atendido: su relación casi lúdica con la noche –eran las doce y media, y su mujer y los niños dormían desde hacía horas–; con la quietud incitante que se desprendía del silencio, del aislamiento que tanto disfrutaba cuando escribía. Como en este momento, porque llevaba un buen rato dejándose llevar por la escritura automática, por una inusitada fuerza que sólo se generaba cuando la hora y el sitio y un sueño postergado eran una sola cosa con el deseo de crear.

Como ahora, sí, sin duda, porque había caído en cuenta de que, una vez más, no importaba demasiado si el relato carecía de historia o si su pasión por escribir era el tema y la trama y la protagonista única, todo al mismo tiempo. Un tiempo intrínseco, autocontemplativo, de reiteradas insistencias, obsesivo en su proceder, en su visión de sí mismo. Un tiempo hecho de palabras, de noche tibia que las amparaba, de voces y contravoces que una y otra vez iban y volvían. Y no había más, era harto suficiente. El círculo se había cerrado en el lenguaje constituyéndose en su propio desenlace, razón de ser de su escritura.

TABOGA

Toda la vida quise vivir por siempre en una isla. De niño, durante horas lo pensaba con deleite. Imaginaba la escena, la libertad absoluta que me daban el delicioso viento, el mar azulísimo, la gran playa circular, la ausencia de compañía indeseada, el ser dueño y señor del tiempo necesario para soñar a mis anchas. Pasaba horas y horas así, presintiendo en mi piel el calor, aspirando el olor salino, preparándome para tomar posesión de mis verdaderos sueños, en efecto recorriendo descalzo sobre la arena ese espacio ficticio con el solo deseo vehemente de hacerlo real... Y ahora, al fin, tantos años después, me ha sido concedido mi deseo. Pero no como yo quería. Estoy en la isla, sí, en la isla mágica de Sinán. Casi sin darme cuenta. De pronto, desconsolado, ahora lo sé. ¡Aquí me enterraron!

¡A QUIÉN SE LE OCURRE!

¡A quién se le ocurre! Era inconcebible que dijera eso. Y sin embargo, eso mismo había dicho. No una vez sino varias. Con todas las palabras. Como si fuera lo más natural del mundo. Fue la primera vez que hablamos del tema. Y, lamentablemente, la última.

— A mí me gusta mucho ella –dijo. — Esa es la verdad.

— ¡Pero cómo se te ocurre! ¡No puede ser! –repuse.

— ¿Por qué no? Me gusta, sí ¿Qué tiene de malo?

— ¿Cómo puede gustarte otra mujer?

— No sólo me gusta, me fascina. Su voz, su sensualidad...

— Pero eso no puede ser.

— Pues así es. Me gusta y ya. Desde hace tiempo.

— A la familia le va a dar un faracho. Tienen otros planes para ti.

— Yo tengo mis propios planes. Como debe ser. Es mi vida, son mis sentimientos. Nadie tiene por qué meterse, ¿no crees?

— Pero es que...

— Pero es que nada, primo.

— ¿Desde cuándo?

— ¿Desde cuándo qué?

— ¿Desde cuándo lo sabes?

— ¿Que me gusta Roxana?

— Que eres lesbiana.

— No sé si lo soy.

— Te gustan las mujeres.

— Me gusta Roxana.

— Es lo mismo.

—Tal vez. Pero por ahora prefiero no generalizar.

— ¿Estás enamorada de ella?

— Tal vez.

— ¿Cómo que tal vez? ¿Sí o no?

— No estoy segura, pero me gusta mucho.

— ¿Y ella?

— ¿Y ella qué?

— ¿Te corresponde?

— Creo que no se ha dado cuenta. Además, sigue con su novio.

— Que es mi mejor amigo.

— Lo sé.

— Vuelvo y te pregunto: ¿Desde cuándo te gusta Roxana?

— No estoy segura. Creo que desde que la conocí.

— O sea cuando nos mudamos aquí, hace dos años.

— Más o menos.

— ¿Y Juan Carlos?

— ¿Qué con él?

— Bien sabes que está enamorado de ti.

— Es un tonto.

— Al menos es un hombre.

— Es sólo un chiquillo.

— ¿Y tú? ¿Te crees muy mayor?

— Ya tengo veinte años. Me gusta Roxana. Mucho. Y se lo voy a decir apenas tenga la oportunidad. No puedo callármelo más.

— Te va a mandar al carajo.

— Es posible.

— Seguro que sí.

— No creo que esté enamorada de Rodolfo.

— ¿Ah no? ¿Y por qué sigue con él después de tanto tiempo?

— No estoy segura. A lo mejor por cumplir con las apariencias y quedar bien con todo el mundo.

— Eso es poco probable. Y en todo caso, no se va a quemar haciéndote caso.

— Abiertamente, claro que no. Pero quién sabe. Tal vez cuando sepa lo que siento...

— ¡Estaría loca..., como tú!

— Ya veremos.

— Te recomiendo que no le digas nada. Por tu bien. Por el de todos.

— Voy a hablar con ella esta misma tarde. No puedo seguir así.

— Te mandará al diablo, ya verás.

— No lo creo.

— ¿Por qué lo dices?

— Yo sé mi cuento.

— Piénsalo bien, prima. Vas a crear una situación muy difícil para todos... Habrá un escándalo en la familia, con las amistades...

— ¿Es todo lo que te interesa? ¿Los demás? ¿Y yo qué? ¿Mis sentimientos no cuentan?

— Claro que cuentan. Pero que te guste otra mujer no es algo fácil de aceptar.

— Bueno, mejor es que se vayan acostumbrando. Eso es todo. Fin de la conversación.

*** * ***

¿Qué esperaba? Porque si no es fácil que a uno le correspondan al plantearse de pronto la posibilidad de una relación "normal", ahora algo así... Yo se lo dije, coño; pero ignoró mis consejos.

El rechazo de Roxana fue drástico, y muy dramático para Luisa. Ignoro cómo ocurrió. El hecho es que quedó emocionalmente destrozada por varias semanas. ¡Pero llegar a ese extremo simplemente porque la otra no le hace caso...! ¡Dios mío, a quién se le ocurre! ¡Pobrecita!

TODO

No podía suponer que todo se cumpliría tal cual: ganó el primer premio en la lotería, pudo comprar la espléndida casa anhelada, viajar por Europa durante un mes. Habían sido muchos los billetes adquiridos con los exactos números soñados una noche cualquiera en largo sueño único. Ni ella misma, que confió en la insólita secuencia de las escenas y actuó en consecuencia, pudo suponerlo. Todo lo que soñó se cumplía. Absolutamente todo. Hasta su propia muerte poco después. Pero también su "resurrección", porque lo que había tenido en realidad era un ataque de catalepsia que la postró por horas y de la que, gracias a Dios, despertó justo a tiempo. Todo. ¡Eso se llama tener suerte!

¡Lástima –pensó el personaje innominado– que todo esto sólo me pase en un cuento!

NUEVO APOCALIPSIS

Todo crece en mi mente: la marea, alzándose violenta en su vigorosa inmensidad por siglos contenida; el viento, urgido por una fuerza inenarrable que lo empuja desde algún lejano sitio oscuro; la lluvia, que cae a raudales incontenibles sobre el océano iracundo proyectando ambos su sed de inundación; miles de millones de ojos aterrados que parecieran estarse saliendo de sus órbitas en una pesadilla simultánea. Es una visión siempre delirante, fatal, que no por apocalíptica resulta menos cierta. Me ocurre cada tantos millones de siglos, sin remedio, fatalmente premonitoria. Y siempre poco antes de que caiga sobre el más joven de los planetas el mortífero estruendo de algún asteroide errante. Es lamentable, pues cada vez hay que volver a empezar. O casi. Por eso no logra afianzarse la humanidad. Muy lamentable. También yo fui puesto alguna vez en el magma infinito con todo el potencial evolutivo. Sólo que yo sí soy inmortal, aunque con poderes limitados frente a fenómenos como éste que ahora, una vez más, vuelve a suceder. ¡Hay hechos que ni Dios es capaz de evitar!

SIEMPRE HAY UNA PRIMERA VEZ

La verdad sea dicha: nunca me han interesado demasiado mis vecinos. En todos los apartamentos en que he estado a lo largo de mi vida, jamás congenié con nadie ni supe de sus asuntos ni conversé más allá del saludo y las palabras obligadas que exige la más elemental cortesía. Simplemente no me interesa involucrarme con gente que nada tiene que ver conmigo. Razones hay varias, sin duda. Por un lado, detesto hacer vida social, estar metido en los dimes y diretes de la convivencia inducida. Por otro, soy por naturaleza una persona solitaria, celosa de su intimidad y del valor de su tiempo. Además, me distraigo con facilidad, y eso no ayuda para nada a cultivar las buenas relaciones. Digo todo esto porque nada es para siempre; o lo que es lo mismo: siempre hay una primera vez. Sobre todo cuando la causante del cambio es una mujer como Adriana.

Acaba de mudarse hace dos semanas al apartamento de en frente, y mi vida ha dado un súbito vuelco de 180 grados. De ésos que nos ponen literalmente de cabeza. Es que se trata de una hembra fascinante y yo necesito conocerla. Llevo media hora pensando qué inventar para cruzar el pasillo y tocar a su puerta. Porque sería absurdo llegar y decirle una cursilería telenovelesca como: “Hola, soy Andrés Gómez, tu vecino de enfrente, y quiero conocerte”. O peor aún: “Tu belleza me ha impresionado tanto que no resistí venir a presentarme: soy Andrés, tu vecino y esclavo de ahora en adelante”. O acaso: “Qué tal,

vecina, soy Andrés, el del apartamento cuatro, y estoy por siempre a tus órdenes". No, la cosa no es tan simple. Ni tampoco se trata de disfrazarme, porque obviamente no soy ningún Andrés Gómez. Debo encontrar una buena razón para hablar con ella la primera vez, la convivencia gradual en el edificio hará poco a poco lo demás, sin necesidad de forzar las cosas. El asunto es no tener que esperar a que nos topemos por casualidad en el pasillo, en el elevador o en la calle.

Estoy empezando a obsesionarme con ella, maldita sea. Tanto proteger mi privacidad para ahora querer invadir la ajena. Pero es que esa mujer es algo especial, tan endemoniadamente bella como enigmática. Y vive sola. Por la manera en que viste y se mueve parece una mezcla de ejecutiva de empresa y modelo profesional. No creo que sepa que la vigilo tras esta ventana que da al corredor cuando llega en las tardes, casi siempre a la misma hora, como si viniera directamente del trabajo y no tuviera nada más que hacer en la calle antes de retirarse a descansar. Porque nunca sale de noche, y últimamente yo tampoco.

Me la imagino leyendo cómodamente bajo una gran lámpara en su sala o viendo películas en la televisión o hablando por teléfono con las amigas durante horas. ¿Qué más puede hacer sola en su casa una mujer como ésa? Debe tener unos treinta y cinco años. ¡Sin duda hace ejercicio, su figura es increíble! A lo mejor es entrenadora en uno de los muchos gimnasios que han proliferado últimamente en la ciudad. Sé su nombre porque una vez le trajeron un paquete por *courier* poco antes de que llegara y preguntaron si Adriana Cisneros vivía en el número diecisiete. Casi en seguida llegó ella y, tras firmar el recibo, se lo entregaron. Parecía, por su forma rectangular y su volumen, un libro; aunque podía ser en realidad cualquier cosa. No deja de ser una deformación profesional esa obsesión mía con los libros. No en balde trabajo desde hace quince años en una gran biblioteca.

Dos días después se decidió a hablarle. Esperó que llegara por el corredor con su paso sensual de experimentada modelo, y abrió la puerta en el momento preciso. Le pareció divina con su porte de reina africana.

— ¡Hola! –le dijo, fingiendo naturalidad. — Vivo en frente, en el dieciocho.

— ¡Qué tal! Me mudé aquí hace un par de semanas. Me llamo Adriana Cisneros, soy abogada.

— ¡Mucho gusto! –exclamó extendiéndole la mano muy blanca, la mirada fija en sus ojos negros perfectamente maquillados. — ¡Soy Inés Gómez, bibliotecaria! ¡Espero que seamos buenas amigas!

— ¡Por supuesto que lo seremos, Inés! ¡Muy buenas amigas! No tengo la menor duda.

POR LOS VIENTOS QUE SOPLAN

Por los vientos que soplan –o que no soplan–, se dijo, esta convivencia no va para ninguna parte. Una sensación de aislamiento empezaba a corroer la soledad que desde hacía tiempo lo acompañaba a todas partes como una espesa sombra interior, y ahora ya casi se tenía nada más a sí mismo. Y no era suficiente.

Durante los tres años que tenían de ser pareja había sentido que la relación en vez de afianzarse y profundizar el conocimiento mutuo y el cariño –tardíamente llegó a la conclusión de que nunca fue en verdad amor–, más bien se iba enfriando hasta llegar al estancamiento incómodo en que estaban. Pero lo peor no era esa falta de fluidez ni la incomunicación permanente que ésta implicaba, sino el no hacer nada al respecto. Fingir, incluso, que no pasaba nada.

Había razones para ello, por supuesto. No era fácil admitir un nuevo fracaso sentimental a esta alturas de su vida, lo cual suponía era el mismo caso con Sandra. Ambos eran divorciados y estaban demasiado viejos para empezar otra vez. O al menos para continuar solos. Sin embargo, razonó, esto no es en realidad más que un eufemismo, una construcción intelectual. De todos modos estaban solos, aislado cada quien del otro a pesar de compartir un hogar. Un hogar que –dolía reconocerlo– lo era cada vez menos. Porque ni

la conversación, ni las actividades que antes compartían ni la cama misma podían contarse ya como ingredientes propios de la convivencia. Sí, se dijo, éstas son pruebas irrefutables de nuestro fracaso. Entender por qué había ocurrido aquello durante tanto tiempo sin que fueran capaces de revertir la situación, era la gran incógnita. A menos que la respuesta, sencilla y tajante y absurda, fuera una sola: desidia. Una desidia, esa sí –paradógicamente– compartida. Y si, a su vez, hubiera que buscar una motivación que la justificara, lo más probable era que ambos prefirieran las ventajas del hábito y las costumbres, además de las de orden económico, que el tener que enfrentar nuevamente los inhóspitos rigores de un nuevo comienzo individual, con lo que la inercia mutua caía en el mismo viejo círculo vicioso. Y ahora empezaban los insultos, la falta de respeto, una constante e incómoda agresividad abierta o latente que hacía cada vez más difícil la convivencia...

*** * ***

Al ordenar sus cosas después de su muerte días antes, Sandra había hallado varios textos sin duda escritos por él en diversos momentos y circunstancias. El que acababa de leer era el más reciente. Fechado quince años antes, estaba narrado en tercera persona gramatical como solía hacerlo él cuando creaba la mayor parte de sus cuentos o novelas cortas, si bien ella sabía muy bien a qué grado representaba un diagnóstico certero de la realidad que compartió con Rodolfo durante veintitrés años. Si bien ya no había amor en su larga relación con él –al principio sí lo hubo, en abundancia–, no podía negar que la convivencia entre ellos se estabilizó después y, ya mayores, les permitió conocerse mejor. Terminaron siendo excelentes amigos. Y eso, se dijo al terminar de escribir su propio texto

a continuación del otro, que incorporó en un cuento que sólo ahora tomaba forma, es más de lo que obtienen de la vida muchas personas aquejadas de una crónica soledad.

*** * ***

El novelista había escrito numerosas narraciones como esa, fragmentos de lo que hubieran podido ser diversos cuentos o incluso una o varias novelas. Pero a menudo no los terminaba, simplemente quedaban pendientes y después no se volvía a acordar de ellos. Ahora, al revisar ella con motivo de la mudanza las diversas carpetas que guardaba, había hallado numerosos textos breves inconclusos que seguramente ni Rodolfo hubiera recordado haber escrito. Algunos podían incorporarse sin mucho esfuerzo a una misma obra mayor, pues compartían tema o estilo, e incluso una similar actitud, pero otros no tenían nada que ver unos con otros. Claro que Sandra sabía que siempre estaba el recurso de hacerlos formar parte de una obra "en proceso", como fragmentos sueltos, sobre todo si a aquella se le daba un carácter abiertamente metaficcional. Siempre era posible, solía decirle Rodolfo, plantear como tema, o incluso como argumento, ese proceso, esa autorreferencialidad, convirtiendo la forma en fondo y además reflexionando sobre el procedimiento mientras se lo implementaba. Esta manera de construir un cuento largo o una novela corta podía perfectamente ser una técnica, toda una actitud del escritor, aunque no debía abusarse de ellas. Más que un recurso fácil, le dijo él alguna vez, se trata, hasta cierto punto, de un "*ars poética*", o puede llegar a serlo, porque la metaficción da para todo.

Sandra juntó entonces algunos de los textos encontrados y los unió de tal forma que, creando breves puentes reflexivos, fue entretejiéndolos en uno solo, que publicó luego en una revista local como un relato inédito de Rodolfo en el que éste, premonitoriamente, se adelantaba a su muerte y le atribuía a su mujer la iniciativa de reconstruirlo y publicarlo

póstumamente. Lo tituló como le había puesto Rodolfo al primer fragmento hallado: *"Por los vientos que soplan"*. Era un juego que alguna vez habían ensayado, y que ahora Sandra retomaba con cierto pícaro placer.

A VECES PASA

No era cuestión de meditarlo mucho. Lo que había ocurrido era grave y era preciso poner remedio. De inmediato. Cada minuto que transcurría significaba un aumento del peligro. ¿Pero qué hacer concretamente? Él no había sido nunca una persona práctica. Lo suyo fue siempre el pensamiento, la apacible reflexión. Y sin embargo ahora, de forma inexorable y pronta, debía encontrar una respuesta. Nadie más lo ayudaría. En realidad nunca hubo alguien más que compartiera con él las decisiones. Siempre estuvo solo. Llegó a regodearse con esa sensación de soledad. La consideró algo positivo, un ahorro de tiempo, una inversión.

Divago. Estoy consciente de ello. Pero es que en verdad no sé qué hacer. Necesito tiempo para pensar. Aunque las ideas no resolverán nada a menos que las ponga en práctica. Pero cómo, si no soy un hombre de acción, no lo soy… ¿De qué me han servido tantos años de cultivar el pensamiento abstracto, si en este momento –instante y eternidad simultáneos– estoy paralizado? ¡Tengo miedo, mucho miedo! ¡Dios mío, yo que nunca he creído mucho en ti, te ruego humildemente que me ayudes…!

* * *

Hace una hora encontramos el cuerpo del profesor Orobio Bermúdez. Estaba atrapado en uno de los ascensores del edificio de Paitilla cuyo noveno piso se incendió esta mañana. Todo parece indicar que no supo qué hacer, ya que si sólo hubiera activado la alarma, que sí funcionaba, lo habríamos sacado con relativa facilidad. Pero nos entretuvimos rescatando a los demás vecinos de ese piso. No se nos ocurrió que pudiera haber alguien atrapado en el elevador. Yo mismo estuve un buen rato sacando gente de los apartamentos. Pero soy bombero, no adivino. No había ningún indicio, le repito, de que hubiera alguien ahí. Ese hombre no gritó, no hizo ningún ruido que permitiera alertarnos de su situación. Tal vez se desmayó desde el principio o se fue asfixiando por la falta de aire, eso lo dirá la autopsia. Aunque no creo, porque el color de la piel lo indicaría. Dicen que era un conocido profesor universitario, un filósofo de cierta reputación. ¡Pobre, tan fácil que hubiera sido que nos dejara sentir su presencia! ¿Será que lo paralizó el terror? A veces pasa. Sé de casos, infartos inducidos por el pánico. En fin, qué más puedo decirle, señor. Es todo lo que sé. Gracias por escuchar mi testimonio.

LA OTRA IMAGEN

Ese era su rostro verdadero. El auténtico. No había otro. El espejo no mentía. Siempre le fue fiel a su imagen y ahora no tenía por qué ser la excepción. Sintió entonces una gran tranquilidad.

Pero la otra imagen –siempre hay otra, a menos que seas vampiro– hacía una reflexión similar; en realidad empezaba a tener dudas. Serias dudas. Porque una cosa es que la costumbre dicte pautas de seguridad y confianza, y otra muy diferente que exista por siempre una certeza absoluta en las cosas que nos atañen de manera determinante. Y esta era una de esas cosas. No podían ser casuales las pequeñísimas fisuras que asomaban a trasluz debajo de la piel del rostro, las estrías que la sonrisa fingida hacía aflorar de forma casi etérea cerca de los ojos y los labios. No había notado antes las anomalías; pero ahí están, sin duda, en la imagen que, coqueta, la mira ahora muy segura de sí misma creyéndose la figura original, única. ¡Pobre miope! ¡Qué equivocada está! La verdadera mujer soy yo, ésta que la otra cree sólo un reflejo. ¡La que envejece es ella, sólo ella!

TARDE O TEMPRANO

Para Julio Escoto, en San Pedro Sula

I

Dictamen de la novela **Arena entre los dedos:**

Lo primero que debo consignar sin ambages, y por supuesto con gran satisfacción, es que esta primera novela de Sigfrido Luján representa un significativo acierto, tanto del autor como lo será también de índole editorial si nuestra empresa se anima a publicarla, como decididamente recomiendo.

Puede considerarse neobarroca en cuanto al lenguaje y detectivesca en relación a su forma. Sin duda la intención lúdica del autor, lograda plenamente, es arriesgada por lo ambiciosa. Consigue crear atmósferas extrañas, aunque absorbentes y capaces de inquietar paulatinamente al lector, que a su vez dan paso a la presentación de personajes enigmáticos pero fascinantes sobre quienes uno siempre quiere saber más. Como ninguno de éstos acapara el protagonismo de la historia central –porque la hay, y muy bien delineada, pese a sus ramificaciones temáticas sutilmente entretejidas en relatos subalternos–, resulta que

todos interesan por igual en tanto viven con intensidad sus andanzas personales y las incertidumbres de rigor en ambientes tan ambiguos o absurdos como los que permean sus existencias.

En sólo 120 páginas de impecable factura, la prosa de este novel escritor panameño despliega su virtuosismo en cuatro frentes: una sorprendente lucidez conceptual que imprime placer al reto de su progresivo desciframiento semántico; capacidad de ir construyendo una trama inquietante que se apropia tanto de la vida de los personajes como del interés del lector; la ya mencionada habilidad para crear atmósferas y personajes entreverados, quienes comparten imprevisibles dosis de extrañamiento; y la difícil virtud de saber darle término a tiempo a la historia principal mediante un desenlace insólito pero paradójicamente verosímil.

Desde la aparición de pequeñas obras maestras de la novela corta nacional como “El desván”, de Ramón H. Jurado y “El ahogado”, de Tristán Solarte, no habíamos vuelto a tener en nuestro país obras tan significativas como esta novela corta que ahora se nos ofrece. Mi recomendación entonces no puede ser otra que un enfático sí en cuanto a que **Arena entre los dedos** tiene los méritos necesarios para ser publicada por una editorial tan exigente como la nuestra en su colección “Punta de lanza”. A mi juicio, estamos frente a una obra que habrá de trascender porque marca un nuevo hito en la manera de escribir prosa narrativa breve con inteligencia, imaginación y oficio en Panamá.

Atentamente

Baldomero Melillo A.
Vice-Presidente Regional

II

11 de diciembre de 2004

Estimado Dr. Rafael Pombo Aguilar
Presidente Regional
Grupo Editorial Utopía/Sección Centroamérica
E .S. D.

Reciba por este medio mi renuncia irrevocable a mi actual cargo de Vice-Presidente Regional de Grupo Editorial Utopía/Sección Centroamérica. La decisión tomada por la empresa que usted dirige, en cuanto a no publicar la novela **Arena entre los dedos** de Sigfrido Luján, "pese a sus indudables méritos literarios", me parece un lamentable desacierto. Un error que, más temprano que tarde, tendrá consecuencias negativas, no sólo para el futuro de la propia editorial, que tanto prestigio ha tenido hasta el momento en el ámbito internacional, y que todos esperábamos se cimentara también localmente al establecerse una sede regional en Panamá, sino para la promoción de la buena literatura nacional. Es evidente que el otro dictamen, determinante en este caso, el cual, contrario al mío, recomienda que esta obra no se publique, está basado en razonamientos puramente comerciales y sorprendentemente moralistas. Argumentar, por ejemplo, que la novela "es más intelectual que vivencial", que "su estructura es demasiado compleja para el lector común", y que los personajes "tienen vidas enajenadas y enajenantes en un mundo en que prima la fragmentación, lo absurdo y hasta lo sórdido, cuando debemos empezar a fomentar lecturas más sencillas y edificantes que motiven a más lectores", son sin duda juicios que gustosos suscribirían algunos obtusos profesores de Español de secundaria y los miembros más conspicuos del Opus Dei, y no un lector experimentado "de una editorial seria de merecido prestigio internacional". Pero lo malo no es el dictamen, cuyas ideas son sin duda un derecho de quien las firma, sino el hecho sorprendente e inadmisible de que el Consejo

Editorial mayoritariamente lo ratifique y hasta amplíe su tono moralista demeritando los juicios estrictamente literarios y de orden estético que aparecen en el dictamen que usted me pidió emitir como crítico e investigador literario profesional que soy, además de, hasta el día de hoy, vicepresidente de Grupo Editorial Utopía/Sección Centroamérica.

Cuando finalmente nos topamos con una obra nacional cuyas páginas destilan destreza literaria, ingenio en su construcción y fidelidad a los problemas de orden existencial que padecen de una u otra manera tanto individuos cultos como gente común –la diversidad intelectual y social de los personajes es una de las virtudes de esta novela–, la prestigiosa editorial que usted preside opta por darle la espalda y enfatizar la búsqueda de obras "más sencillas y edificantes", que se vendan mejor. Como si la publicación de libros estéticamente singulares como éste fuera a afectar de forma significativa el flujo de caja de una empresa tan sólida. Estos son, precisamente, los libros que, por su calidad, deben ser subsidiados, mientras que los demás pueden seguir apareciendo en las otras editoriales, destinadas a obras más ligeras, de menos rango intelectual.

Sin duda todo libro tiene sus lectores, y esto de publicarlos es un negocio y no un proyecto de beneficencia intelectual. Pero no fue casual que denomináramos "Utopía" a nuestra empresa. Por quince años hemos apoyado a los mejores escritores de Hispanoamérica, y no veo por qué debamos conducirnos ahora de forma diferente en los países centroamericanos. Más que fomentar la mediocridad con la promoción de libros cuya obviedad, chatura, intención proselitista o fomento de estereotipos y lugares comunes rayan en el escándalo intelectual, debemos incentivar en Centroamérica el talento expresado en obras novedosas. El arte nada tiene que ver con la moral y las buenas costumbres, ni requiere de actitudes didácticas: el arte –y la buena literatura aspira a serlo–

busca siempre sacudir el espíritu, provocar, innovar, a veces revelar, nunca explicar ni dar consejos ni catequizar. La “sencillez” por otra parte, a menudo es simpleza e incapacidad. Y por otra parte, no podemos fingir que la vida, como en las historias que se plasman en una obra como la de Sigfrido Luján, no tiene aspectos absurdos y hasta escabrosos que ensombrecen la existencia de las personas. ¿Con qué derecho podemos exigirle a una novela de nuestro tiempo no reflejar tales situaciones? **Arena entre los dedos** maneja con destreza y creatividad estos temas, y la novela merece por ello ser divulgada.

La buena literatura no puede obedecer a consignas ideológicas ni morales, ni afiliarse a prerrequisitos de orden temático ni estilístico; tampoco puede bajar su nivel intelectual y artístico para agradar a un público mayoritariamente insensible e inculto. Una literatura complaciente, previsible, facilota –todo lo contrario de lo que representa **Arena entre los dedos**–, es decir, eso que ahora llaman literatura *“light”*, no es digna de una editorial como ésta, cuya luminosa trayectoria se construyó lanzando al mercado a los grandes autores nuevos hispanoamericanos de los noventas que todos conocemos. Si lo único que busca en Centroamérica el Grupo Editorial Utopía es vender libros pese a la mala calidad de sus contenidos, yo no quiero ser parte de él. Sin duda ahora es el crítico e investigador literario, más que el empresario, quien escribe esta carta. Acepte, pues, mi renuncia irrevocable como vicepresidente de la empresa.

Atentamente,

Baldomero Melillo A.
Crítico literario

P. D. Me reservo el derecho de hacer pública esta carta, así como mi reseña del libro

aludido. Lamentablemente, la ética no me permite dar a conocer la otra reseña.

III

CRECE POLÉMICA LITERARIA ENTRE ESCRITORES Y EDITORES

Damaris Rovira Robles
Panamá América ("Estilo de Vida")
Domingo, 24 de abril de 2005

Serias repercusiones han tenido en el mundo editorial y literario las declaraciones del ex vicepresidente del Grupo Editorial Utopía/Sección Centroamérica, el panameño Baldomero Melillo A., catedrático de la Universidad de Panamá y reconocido crítico e investigador literario, con motivo de su renuncia al importante cargo empresarial. En carta abierta publicada en los principales periódicos de Panamá, y en el resto de Centroamérica, Melillo se queja en duros términos de la actitud mercantilista adoptada por la editorial de la que fue parte al rechazar ésta la publicación de la novela **Arena entre los dedos**, del novel escritor, también panameño, Sigfrido Luján.

A raíz de la divulgación de la carta, en la que se hacen profundas reflexiones sobre el papel de la buena literatura, así como del dictamen sobre dicha obra que Melillo había entregado a la empresa a solicitud de su Presidente, el empresario español Rafael Pombo Aguilar, otras editoriales hicieron jugosas ofertas a Sigfrido Luján para la publicación de **Arena entre los dedos**, pero éste declaró que esperará que surja una mejor oferta. Al mismo tiempo, la Federación de Escritoras y Escritores de Centroamérica, entidad gremial que congrega a más de 500 escritores literarios de la región, se solidarizó de inmediato con Melillo y con Luján, y les ofreció a ambos una membresía honoraria en la Federación, "como modesta señal de apoyo y admiración a la honestidad y rigor crítico del primero, y a

la creatividad y demás méritos literarios de la novela **Arena entre los dedos**, del segundo, que para bien o para mal ha circulado por Internet en la región". Tanto el crítico y catedrático universitario Melillo como el escritor Luján, continúa diciendo el comunicado de la Federación Centroamericana, representan, con su trabajo, los más altos ideales de una literatura regional pujante, exigente e innovadora que acentúe el talento y la dedicación nacional e individual.

Se rumora que tanto el Grupo Editorial Utopía como otras grandes empresas que publican libros en los diversos continentes, se han visto obligados a revisar sus políticas editoriales ante la imparable carga de críticas y protestas de escritores de gran cantidad de países y tendencias, incluidos varios autores exitosamente publicados a partir de 1991 por Utopía en otros países del Continente. En todo caso, una polémica entre la literatura "seria" y la que ha dado en llamarse *"light"* se ha desencadenado en los medios a través de artículos de opinión, cartas y entrevistas de lado y lado. Participan en esta discusión tanto escritores y críticos como editores, libreros, distribuidores y público lector.

Cabe observar que quienes defienden su derecho a hacer una literatura ligera, poco complicada, y por tanto fácil de entender –autores, editores y público lector en general–, dirigida a un número amplio de personas que disfrutan este tipo de obras, presionan a las editoriales para que no claudiquen frente a los que sostienen –sobre todo varios escritores de renombre internacional– que las editoriales serias deben mantener o crear colecciones especialmente destinadas a la publicación de obras literarias de alta calidad en todos los géneros, independientemente de sondeos de mercado y estadísticas que sólo se enfocan en el aspecto de las ventas, solidarizándose así con los planteamientos del crítico Melillo.

Mientras tanto, crece como una epidemia el interés de la gente –públicos,

paradójicamente, muy diversos entre sí en su nivel de educación y cultura– por adquirir **Arena entre los dedos**, obra que, como se sabe, ni siquiera ha sido editada en papel todavía.

IV

La novela de Sigfrido Luján, precedida de una inusitada aureola de curiosidad y misterio, fue finalmente publicada en España por una editorial cuyo mercado principal lo constituyen los *best sellers* gringos en traducción.

No ha sido posible saber la cifra exacta del anticipo sobre regalías que recibió el autor panameño, hasta hace poco completamente desconocido como escritor, incluso en su propio país. Pero en la conferencia de prensa a la que convocó la editorial en Madrid el pasado martes, en la que estuvo presente Luján, éste reconoció que se trata de una suma millonaria. He aquí un extracto de la breve entrevista que horas después concedió en su hotel al reportero Luis Cardona, del diario *ABC*:

L. C. —Si su novela es tan intelectual y compleja como se dice, ¿por qué dársela a una editorial como *"Páginas"*, hasta ahora dedicada a *best sellers* gringos y a literatura *light*? ¿Y por qué lanzar el libro en Madrid?

—**Arena entre los dedos** tuvo sus primeros comentarios positivos, como se sabe, de parte del crítico panameño Baldomero Melillo, cuando se opone a la decisión de no publicarla del Grupo Editorial Utopía de Centroamérica, del cual era vicepresidente regional. Pero en realidad, ahí no comienza todo. Comienza cuando escribo la obra; y antes, al concebirla. Uno de los tres escenarios de la novela, además de Panamá y Caracas, es precisamente Madrid, de ahí mi interés en darla a conocer en esta ciudad tras mi intento de

que Utopía la lanzara desde mi país.

En cuanto a por qué esta editorial y no otra de mayor prestigio o trayectoria literaria, la razón es, obviamente, una doble estrategia: económica e intelectual. Económica, porque "*Páginas*" tiene asegurado un amplísimo mercado para libros de reconocido éxito comercial previo en otros países; y de orden intelectual porque, gracias a la polémica y a los comentarios favorables aparecidos anticipadamente en Centroamérica, y luego en España, también será leída por gente más culta, más exigente, pese al sello editorial que por ahora tiene los derechos; o quizá por eso mismo.

L. C. — Noto que dice "por ahora" en cuanto a la concesión de los derechos editoriales. Pero esta mañana, en la conferencia de prensa convocada por "*Páginas*", el Gerente de la empresa afirmó que ellos han comprado los derechos, y sin duda todo el mundo entendió que es por un tiempo largo, o al menos por muchas ediciones.

S. L. — Toma esto como una exclusiva: sólo tienen los derechos durante dos años, renovables sólo de mutuo acuerdo.

L. C. — Lo cual incluye los derechos de traducción, de libros de bolsillo, de cine, etc.

S. L. — Así es.

L. C. — Vuelvo a su primera respuesta. Su estrategia, muy buena por cierto, si me permite una opinión personal, no deja de ser también muy comercial. Y sospecho que muchos críticos y escritores "serios" considerarán algo cínica su decisión, dada la vehemente carta de renuncia de Melillo, que es toda una declaración de principios con la cual ellos luego se solidarizaron, y por haber sido el inicio del *affair* **Arena entre los dedos.**

S. L. — No veo por qué deba existir incompatibilidad entre ser uno un intelectual, y un artista incluso, y ser un hombre práctico.

L. C. — Los intelectuales usarían el término “pragmático”.

S. L. — Son sinónimos.

L. C. — Cuando esta mañana se le preguntó por qué había titulado así su novela, usted contestó lo siguiente: “La literatura, más que decir, sugiere, busca provocar. Esta concepción, a mi juicio, debe incluir la forma de titular libros que se quieren serios o de alguna manera contestatarios. No soporto nada que suene o huela a conformismo, a complacencia ante lo establecido, sobre todo en el campo de la literatura, y en el de las ideas en general”. ¿Podría elaborar un poco más su respuesta?

S. L. — ¿Más? Pero si ya está todo dicho... —**Arena entre los dedos** es obviamente una metáfora de lo pasajero, lo frágil. Recuerde que, además, literalmente, en Panamá hay muchas playas, y que en la obra éstas se vuelven parte vital de un segmento de la historia central...

L. C. — No he leído aún la novela.

S. L. — El lanzamiento, como sabe, será pasado mañana, y se hará simultáneamente en presentaciones en ocho ciudades del mundo. Sin duda usted recibirá un ejemplar de promoción en cualquier momento. Sé que le gustará.

L. C. — ¿Cómo lo sabe?

S. L. — Usted tiene cara de lector inteligente.

L. C. — ¿Y qué pasará con los millones de personas que sólo leen literatura “*light*”, pero que comprarán esta obra por la publicidad que ha tenido?

S. L. — También a ellos les gustará, a otro nivel.

L. C. — ¿Hay otro nivel en la novela?

S. L. — Siempre debe haberlo. Es otra “estrategia”.

L. C. —¿De mercado?

S. L. — En realidad no, más bien de diseño, de concepción artística.

L. C. — ¿Es compatible entonces la pretendida trascendencia del arte con una lectura más superficial de sus componentes?

S. L. — ¿Ves? ¡Esa sí es una pregunta inteligente! Mi novela no maneja terminología difícil, “culta”. No tienes que ir al diccionario para entenderla. En todo caso, la pretendida complejidad está en su estructura, en el plano simbólico que sin duda subyace, en la gran diversidad de temperamentos y maneras de actuar de los muchos personajes. Sin embargo, hay también un nivel básico que recorre la obra: lo anecdótico; las vivencias, a veces traumáticas, truculentas, a ratos eróticas incluso, de algunos personajes. Esa parte la va a entender muy bien la gente común y corriente, la que lee literatura “*light*”.

L .C. — ¿Su definición de literatura *light*?

S. L. — La que se queda en lo obvio, en lo previsible; la que no nos reta; la que es incapaz de plantear enigmas y provocar epifanías en el lector y en los mismos personajes. La que maneja una sarta de lugares comunes y estereotipos y ni siquiera se da cuenta... La que glorifica la cursilería creyendo retratar brillantemente lo más profundo de la condición humana. La que no es capaz de innovar en la forma y lo que hace siempre es plasmar fórmulas tradicionales, socorridas...

L. C. — ¿Desea añadir algo más?

S. L. — **Arena entre los dedos** no es literatura *“light”*, pero le encantará a todo público.

L. C. — Es un buen “eslogan”.

S. L. — Estoy aprendiendo rápidamente de mi editorial. Por algo venden tantos libros. Pero, además, lo que dije es cierto.

V

No han entendido nada. O casi nada. Ni unos ni otros. Por gusto tanta polémica, tanta publicidad. Los buenos críticos y escritores (por envidia sin duda estos últimos) prefirieron callar, ahora que más los necesitaba, porque les pareció de pésimo gusto que le entregara finalmente la novela a una editorial indigna de una obra literaria seria. Y, a su vez, los lectores comunes y corrientes se asustaron antes de tiempo y decidieron no leer un libro que venía precedido de un aura tan intelectual. En resumen, mi famosa estrategia fue un fracaso colosal. La primera edición, de 30 mil ejemplares, no ha vendido más que unos pocos miles en el mundo de habla hispana. Ni pensar ya en traducciones, en cine, en ediciones de bolsillo. La editorial acaba de pedirme autorización para, de mutuo acuerdo, rescindir el contrato.

Es sorprendente en verdad cómo se han ido dando las cosas. Primero un rechazo, luego un deliberado período de hibernación, después un éxito aparente, y al final un desastre. Hay que haberlo vivido desde adentro para creerlo. Casi podría escribirse un cuento sobre lo ocurrido.

Y ahora que tengo lista mi segunda novela, ni las editoriales serias ni las más comerciales se animan. Tendré que volver a las viejas mañas de la autopublicación en Panamá, o donde sea. Hasta que, pasando el tiempo, las aguas retomen su nivel. Sé que se trata de una muy buena novela, menos experimental que la otra, sin duda, pero buena.

Tarde o temprano caerá en manos de críticos y lectores que aprecien sus méritos, y que se atrevan a decirlo.

Mientras tanto seguiré escribiendo. ¿Qué más puede hacer un escritor?

DE BUENAS A PRIMERAS

Para Lupita Quirós Athanasiadis

Le dije que sí, me sentaría ahí mismo y le escribiría de un tirón un cuento breve y tal vez sorprendente. Me miró incrédula, dudando de mi capacidad de improvisar de buenas a primeras algo que valiera la pena. Habíamos estado hablando de la creatividad literaria, de la poca o mucha experiencia en el oficio de narrar, de cómo ciertas historias como que nacen solas mientras que otras requieren de una trama previamente elaborada. Sin embargo, aceptó el reto planteado, aunque obviamente era yo quien lo asumiría. Empecé a escribir con trazos lentos, sintiendo llegar y materializarse cada palabra, cada frase. Lo hacía a mano, sin pensar ni recordar, permitiendo que brotaran de algún sitio racimos de secuencias totalmente imprevistas, sin levantar el rostro, la mirada fija en el papel. Aunque la suya estaba sobre mí, pues permanecía a mi lado, traté de no distraerme por la presencia de su

cuerpo tan próximo y sugerente, de no ceder ante las ganas que momentos antes había tenido de besarla. Ya me disponía a redactar el siguiente párrafo cuando supe que en realidad escribía sobre nosotros.

Parte del ejercicio que me impuse fue no apartar la vista de la hoja ni levantar la punta de la pluma lo suficiente para descansar o ganar tiempo mientras llegaba alguna idea. Pero la verdad es que eran las palabras, no las ideas, las que fluían de la pluma, convertida ahora en instrumento del reto aquel que nos tenía a ambos en la concentración más absoluta y en un silencio impresionante. Palabras que se iban engarzando unas con otras desprovistas de todo artificio o retórica, y que ella, parada junto a mí, veía aparecer una y otra vez formando frases que supongo leía casi simultáneamente.

No sabía si lo que creaba poco a poco era o podía llegar a ser un verdadero cuento, si bien intuí el germen de una historia aún difusa que se desplegaba sin destino aparente, narrada por alguien muy similar a mí. No quise mirar mi reloj, pero calculé que habrían pasado unos cinco minutos, tal vez diez. Entonces me trabé en la escritura que hasta el momento era continua, y me quedé por varios segundos en blanco, sin saber qué más narrar, así es que opté por consignar en el papel mi desconcierto y frustración como una forma de resolver el problema y, a la vez, crear un puente que me ayudara a ganar un tiempo breve en el nuevo espacio que representaban esas palabras.

Dio resultado, porque en seguida cerré ese párrafo y enfilé hacia otro pensando en el cuento como una modestísima manera de seducción, metafórica o real a largo plazo, dado el entusiasmo de la chica por la literatura, afición creciente que yo conocía muy bien. Ella seguía a mi lado, mirándome escribir, supuse que admirada y expectante. Y quise anticipar el traslado no tan subliminal de su pasión intelectual a la persona del autor en que me estaba convirtiendo decididamente ante sus ojos; sobre todo si lograba imprimirle cierta

calidad al texto que ya iba teniendo una extensión respetable. Lo cual de inmediato me llevó a pensar en la necesidad de incorporar cierta tensión a la historia, desprovista todavía de sentido, y por tanto sin un desenlace a la vista.

Cuando su brazo derecho rozó mi cuello –yo continuaba sentado–, no sé si por accidente o de forma deliberada, mi piel toda se erizó. Entonces aproveché para pegarme más a su cuerpo sin dejar de escribir. Incluso aludí a ello en el párrafo que iniciaba, y al hecho de que la muchacha no se movió, lo cual me hizo darle un sentido nuevo al cuento. Parecía gustarle el jueguito porque con su pierna presionó la mía por debajo de la silla provocándome una súbita erección que me dificultó concentrarme. La punta de la pluma quedó suspendida en el aire unos segundos después de que, con gran esfuerzo, consigné en el texto el incidente.

Sentí entonces cómo su largo cabello negro caía sobre el papel como una cascada porque su rostro se había interpuesto entre la superficie blanca de la tercera hoja que empezaba a llenarse de palabras y mi propia cara, mientras con un brazo alrededor de mis hombros me inducía a voltearme por completo hacia ella hasta quedar sumidos en un ardiente abrazo. Entonces, sin pensarlo, la cogí por la cintura con ambas manos y de un impulso la senté frente a mí, sobre la mesa.

Sus nalgas quedaron exactamente sobre la hoja. ¡Todo afán de continuar con la escritura se fue al carajo! Confieso que esto que sigue –el hasta ahora escurridizo desenlace–, lo redacté después, con calma y buena letra, con total conocimiento de causa. Ahora sé que el final –en el texto y en la realidad que vivíamos– desde el principio era inevitable: Le fui quitando la blusa, se quitó el corpiño, le quité la falda, se quitó los panties. En menos de lo que canta un gallo me había despojado de mis propias ropas y la

tenía acostada sobre la mesa, sobre las páginas manuscritas de este cuento todavía inconcluso. Ella –anhelante sumisión– fue por una breve eternidad mi manuscrito. Completé entonces en su piel toda la escritura de mi súbita pasión.

NADA ES ETERNO

A veces, dejándose llevar por la inercia, viajaba por espacios desconocidos y a menudo remotísimos de los que en realidad no tenía memoria. Éstos lo absorbían por un tiempo que no había manera de saber a ciencia cierta si duraba un instante o una eternidad. Era, por supuesto, su forma de escaparse de aquella prisión inexpugnable en que se le convertía la vida.

Pero ocurrió que en una de sus travesías lo imaginario se le hizo tan real que adoptó su esencia y su destino. Desde entonces ya no ha regresado.

Yo, en cambio, me he quedado aquí, esperándolo por no perder la costumbre. La verdad es que ya no estoy seguro de si él era uno de mis recuerdos o si soy yo quien ha sido olvidado.

AUTORÍA

Para Rodolfo de Gracia

Terminó de reseñar el libro de sólo 60 páginas que él mismo se había asignado. Con rigor y tenacidad crecientes pudo sintetizar temas, tramas, personajes esbozados con unas cuantas pinceladas, actitudes del autor frente a lo narrado, intercalando aquí y allá comentarios afines, reduciendo la necesaria reflexión crítica a certeros relámpagos de ideas que sin duda aclararían las cosas al lector. No era fácil, por supuesto, dar fe de un conjunto de relatos tan breves, híbridos en su concepción y estructura, y además evaluar con certeza sus méritos más sobresalientes –no les halló defectos– en sólo tres cuartillas. Pero lo había logrado.

Entonces, satisfecho, confiado, empezó a crear, una a una, sin detenerse, cada una de las 28 pequeñas narraciones a partir de la crítica concebida y puntualmente escrita sobre el libro que hasta entonces sólo había imaginado, pero que ahora se iba materializando poco a poco con la sabia fluidez del secreto oficio. Un oficio hasta entonces sólo virtual, que al

fin se convertía en una palpitante variedad de vidas y milagros plasmados en la filigrana de esos nuevos textos, largamente rezagados, de su propia autoría.

Cuando hubo terminado de redactar el último de los relatos, lo leyó en voz alta, lentamente, fingiendo que no era suyo. No pudo perpetrar el engaño; estaba demasiado cerca de su concepción, que era también la del libro todo. Pero le gustó, funcionaba en sí mismo y como un cierre ideal para el conjunto. Decidió titularlo: "*Autoría*".

Sólo entonces, veintiocho horas después de iniciada la escritura del primer relato –por disciplina dedicó una hora exacta, reloj en mano, a cada uno, sin parar–, dio por terminada su labor de años de meditación, y se retiró al fin a dormir.

Soñó que el libro se publicaba, tenía un éxito rotundo, hacía millonario a su autor. Un autor de nombre rarísimo, que por supuesto no era él.

¿Cómo podía serlo, pretenderlo siquiera –¡habrase visto tamaño atrevimiento, arrogancia semejante!–, si el verdadero autor soy yo?

CENTENARIO

El acaudalado empresario Ramón del Casal y Rosales pone el pie izquierdo en la escalerilla de acceso al primer vagón de pasajeros del apasionante y cómodo tren-bala que lo conduciría de Madrid a Toledo como suele hacerlo cada año al inicio de la Semana Santa, pero algo cambia infinitesimalmente –¿en la intensidad de la luz, en la calidad del tiempo que en lugar de avanzar retrocede?–, y un momento más tarde termina aquel impulso de su cuerpo sentado en la fina montura de su caballo, que como todos los fines de semana lo ha estado aguardando, ensillado y con las orejas atentas a la presencia del amo, acá en su finca de Boquete, en las tierras altas panameñas, sólo que en esta otra época es todavía un incipiente ciudadano de la recién independizada República de Panamá, cien años antes, y no se le hubiera ocurrido siquiera residir en España.

TODOS SOMOS

Dejé correr el agua que no bebería. Después corrió mucha más bajo el puente, aunque en esto nada tuve que ver en realidad. Pero consigné cada hecho, divulgué sus bondades. No es suficiente ser testigo mudo de cuanto ocurre. La imparcialidad no existe. Todos somos la palabra que comunica y redime. Una parte de la historia. La historia misma. Por eso, aunque no se quiera, terminamos comprometiéndonos, metidos en lo que en apariencia no nos importa. No existe la neutralidad. Somos el agua y el puente y todo lo demás. La escritura incluso.

EL CAMARÓN VIAJERO

Nada está tan lejos de mí como una computadora. No sé leer ni escribir. Tampoco tengo facilidad alguna con los números. No me importa. Apenas soy un camarón que se duerme tranquilamente, llevado por la corriente. Así paseo gratis, conozco otros lares y, además, la gente se acuerda de mí cada vez que invoca el célebre refrán que me nombra. La vida tiene su cualquier gracia.

¡CUÁNDO SE HA VISTO!

Le dijo que se largara, que no quería verla más, que ya estaba bueno de tanto asedio ambigüo cada vez que hallaba el valor para mirarse. A lo que la otra sólo respondía como otras veces, con su enigmática sonrisa imaginada en medio de un silencio sepulcral.

"¿A quién pretendes engañar?", pensó entonces, malhumorada, antes de descartar su necia imagen en el espejo. "¿Cuándo se ha visto que un pinche reflejo virtual le hable a una así, tan altanera, sin decir palabra, si ni siquiera yo misma existo ya, mucho menos tú, sombra de sombra, doblemente fantasma!"

INCIDENTE

"Me estoy volviendo ciego", le dice un ojo al otro como buscando aliento; y éste le contesta convencido: "Ya somos dos". Y el hombre tropieza por primera vez con su sombra, y se asusta. Y cae. Pero se levanta. A tientas sigue su camino... Acompañado siempre, sin saberlo.

YA NO

De vez en cuando bajaba al sótano y visitaba al prisionero. Le llevaba alimentos para varios días y, por supuesto, suficiente agua. Casi nunca se detenía a conversar con él, pero en esta ocasión fue diferente. Tenía algunas dudas y quiso resolverlas. Sabía que en realidad al otro le encantaba la plática porque hasta el momento, deliberadamente, su egoísmo se la había negado las pocas veces que lo visitó.

— Tengo una curiosidad –empezó diciéndole. — ¿Viniste por tu propia voluntad o te enviaron?

— Mi presencia no es reciente. Bien sabes que nací contigo.

— Eso es imposible. No tengo por qué creerlo. Es sólo un viejo mito, una idealización.

— ¿Lo es acaso este diálogo?

— Tal vez. Ya no estoy muy seguro de nada. Pero en todo caso, nada tiene que ver con tu origen.

— Tú me privaste de libertad. ¿Por qué?

— Es mejor así.

— ¿Te sientes amenazado? No quise intimidarte dejándote verme por primera vez después de tanto tiempo.

— La verdad es que sí. No sé de dónde saliste ni conozco tus intenciones.

— No has querido que hablemos desde que tomaste la absurda decisión de retenerme aquí abajo.

— ¿Por qué absurda? Para mí es un acto de legítima defensa.

— No te estoy amenazando. Por el contrario, debo protegerte.

— ¿Debes? ¿Por qué? ¿Obedeces órdenes?

— Me hice visible porque estás en peligro y quería hablarte, pero no has querido.

— Eres un ser espectral, una especie de fantasma. Sólo me relaciono con humanos.

— Comprendo tu temor, hasta cierto punto es natural. Pero no puedo hacerte daño. Al contrario, quiero protegerte.

— ¿De qué? ¿De quiénes?

— De ti mismo.

— No entiendo.

— Has estado muy solitario, muy deprimido últimamente. Desde que murió tu mujer.

— Es cierto. ¿Y?

— Tu ánimo está en su peor momento. Nunca te había visto así.

— ¡¿Tú qué sabes?!

— Sé todo sobre ti, más de lo que te imaginas. Te repito que nací contigo, soy tu protector.

— Más bien mi sombra.

— En todo caso, una sombra de luz que ahora se ha tornado opaca debido a tu ánimo. Déjame ayudarte.

— ¿Cómo?

— Te lo diré. Pero primero libérame. No le es dado a mi naturaleza actuar en

cautiverio.

— ¿Y cuál es esa misteriosa naturaleza?

— Quítame estas horribles cadenas y te lo explicaré.

— Sólo tus pies y manos no son libres. Tu lengua lo es, tu voluntad... Si fueras un ángel podrías liberarte tú solo porque tendrías poderes. Además, tendrías alas...

— Cualquier parte en mí es el todo, y debe estar libre por completo. Y lo de las alas es solamente una noción tradicional.

— Con tu mente y boca hablas, no con los pies y las manos...

— El cautiverio es uno solo siempre, y es ofensivo. Libérame y hablaremos lo que quieras.

— No recuerdo dónde dejé la llave de la cerradura...

— Que tú me pusiste, que sólo tú me puedes quitar. ¿Por qué guardas cadenas en tu sótano? No estamos en la Edad Media ni existe ya la Inquisición. Tú no eres un verdugo.

— ¿Quién eres tú?

— ¿No deberías hacerte tú mismo esa pregunta? Venimos de un mismo origen, te lo repito.

— Si es verdad lo que dices y te libero, acaso estaría entonces liberando una parte de mí mismo.

— ¿Lo preguntas o lo estás afirmando?

— Sólo especulo. ¡Obviamente tenemos cierto parecido físico!

— Así es. No es casual.

— Pero no quiero.

— ¿Ser libre? ¿Qué me parezca a ti? Ahora mismo, con ese ánimo tan negativo, eres tan prisionero como yo. Debes ser libre para sobrevivir. Suéltame y yo de ayudaré.

— ¿Cómo?

— Confía en mí.

— No puedo.

— ¿Por qué?

— Si estás aquí para ayudarme, para protegerme, sabes por qué.

— ¡Qué tristeza! Ya no quieres vivir.

— La verdad, ya no. Por eso, perdóname, tengo primero que destruirte. De otra forma no seré capaz. ¡Perdóname, debo hacerlo...!

— No lo hagas, Eugenio.

— ¡Tengo que hacerlo, Ángel, perdóname...!

— Al menos suéltame para poder defenderme...

— No. Me defenderías a mí, lo sé, contra mí mismo.

— Eugenio...

— ¡Lo siento!

SUFICIENTE

¿Qué hacer? Porque si “dos y dos son cuatro, y cuatro y dos son seis”, sin duda “seis y dos son ocho y ocho dieciséis”. De eso, como de la certeza de la existencia de esa cancioncita pegajosa de su ya lejanísima niñez, estaba seguro. ¿Pero de qué le servía estarlo si ya empezaba a hundirse rápidamente en la vorágine de los años que, después de cierta edad, no pasan en vano ni perdonan. Tenía, pues, que hacer algo que valiera la pena. Antes de que fuera demasiado tarde. Así es que, decidido, hizo algo. Dijo “Amén”, y ya no dijo más. Y fue suficiente. Porque así como hay hombres de poca fe, también los hay de escasas pero sabias palabras.

OMNISCIENCIA

No había cómo saber por qué sucedía aquello. En circunstancias normales lo usual sería que sólo ocurrieran hechos cotidianos de los que fuera relativamente sencillo estar en control, o al menos entenderlos. Y aunque estas eran circunstancias normales, esa normalidad, conocida durante tanto tiempo, se estaba desmoronando ahí frente a sus ojos, absorbida por una inusitada atmósfera de extrañamiento. Llegó un momento en que el control que había existido en ellos, como cualquier capacidad de comprensión, se había esfumado por completo dando lugar a una progresiva incertidumbre, a un enrarecimiento convertido ya en pesado ambiente, en una suerte de respiración que casi dolía, abstracta presencia que se hacía sentir pese a su inmaterialidad sostenida.

La tensión se convirtió al final en un cúmulo tal de crispaciones para todos los que seguían en aquel sitio –muchos se habían marchado, incapaces de enfrentar por más tiempo aquella angustia inexplicable, a punto casi de enloquecer–, que de manera inconsciente fueron acercándose unos a otros, entrelazando sus cuerpos, la inseguridad brutal de sus almas, hasta formar una gran masa compacta, apretado amasijo de carne y ansiedades congregadas que permaneció agarrotado y reducido a nula expresión, desprovisto poco a poco de todo rasgo de humanidad.

La masa aquella permaneció inmersa en sí misma durante una época larguísima imposible de cuantificar o de medir, entre otras razones porque pronto perdió toda conciencia de su propio ser –toda forma humana–, y porque nadie volvió a visitar el lugar

del fenómeno. Fenómeno, sí, ya que no hay otra forma de llamar a lo que ahí ha ocurrido.

¿Acaso no es un verdadero fenómeno la intromisión veloz e inexplicable de una gran fuerza –interna o exterior– ajena a los humanos, que imbuida de invisibilidad paraliza el normal desempeño de la diaria actividad obligándolos a renunciar a su naturaleza para enconcharse por siempre en una gran mole sólida en pos de protección? Mole ésta a la que cualquier incauto podría fácilmente llamar extraño monumento antiguo, prehistórica roca gris de enigmáticos orígenes. Roca informe hecha ya no de carne –imposible sería adivinarlo, ni científicamente rastrear semejante ancestro–, sino de materia fósil del todo desconocida en su composición, como si viniera de otro universo. Y sin embargo, no es un meteorito, no tiene procedencia extraterrestre.

Por supuesto, nadie dará crédito a esta crónica que difícilmente será tomada como testimonio veraz. Es comprensible. Mi voz –su total omnisciencia–, como mis demás poderes, no son de este mundo.

¡Hay tantos misterios sobre la faz de la tierra –para no hablar del casi infinito universo– que rebasan por completo toda comprensión humana, porque jamás se tendrán las claves de los enigmas que desde siempre he propiciado!

Soy un narrador inmensamente solitario. Tal vez por eso me gusta consignar mis travesuras, mis juegos. Acaso alguien, alguna vez, pueda leerme, entenderme....

DESENCUENTRO

Para Magda Zavala, en Costa Rica

Cada vez que lo veía acercarse se ponía en guardia. No era feo, pero su pinta fibrosa y algo estrafalaria no terminaba de gustarle. Más bien le causaba cierta oscura inquietud, un desasosiego ambiguo.

Al pasar a su lado el tipo siempre se detenía frente a ella, demasiado cerca. Entonces le recorría el cuerpo con sus fríos ojos libidinosos, hacía una mueca y se marchaba sin decir palabra. Tal vez eso era lo peor, la actitud de burla, el filoso silencio en que montaba su prepotencia. La mujer llegó a sentirse como un descartable maniquí al que en cualquier momento desvisten asumiendo que no tiene voluntad, negándole cualquier señal de vida.

Una tarde decidió enfrentarlo. Fue ella quien al verlo de lejos se le aproximó, la que sin asco recorría segundos después el cuerpo estriado del hombre con sus ojos vengativos. Pero además se atrevió a espetarle una porción de su amargura, su apenas descubierta frustración por tanto acecho inútil.

— ¡No eres más que un triste maricón –le escupió al final de un largo suspenso.

El tipo, estupefacto, no supo qué hacer, y permaneció callado, la vista en el suelo. Ella se alejó sin prisa, satisfecha, la mente en blanco, sonriendo.

Nunca más volvieron a encontrarse.

PARA QUE ASÍ SEA

I

"Lo extraordinario es que me oigo hablar –leí en alguna parte– y estoy de acuerdo con cuanto digo". Esa frase se quedó conmigo como quince años y hoy ha vuelto a aflorar. Fue hace un rato cuando la vi venir hacía mí, decidida, y poco después me puse a hablar todo lo que no sabía, lo que inventé al desatárseme el temor a ser desenmascarado.

Con todo estuve de acuerdo, con cada palabra de cada mentira, como si fuera la más pura verdad, la reproducción fiel de los hechos, ésos que me tuvieron por testigo sin jamás haber estado yo antes en el sito aquel de mi fantasía. Es fácil crear una nueva versión de los hechos cuando no existe ninguna otra.

II

Estuvimos nadando en la piscina del club, una media hora, hasta que bajó el sol y nos tendimos en la hierba recién cortada a descansar. A esa hora ya no quedaba nadie y la intimidad invitaba a la conversación. Me contó de su marido y sus infidelidades, de los dos hijos que se le habían vuelto incontrolables en su comportamiento y actitud frente a la terminación de sus estudios en el colegio carísimo en el que los tenía, de su creciente frustración y soledad. La dejé hablar todo lo que quiso. Después me la llevé a un motel. Era lo lógico, lo natural. Esa es la verdad, Aracelly.

Esa noche Jazmín se mostró insaciable, una y otra vez pedía ser fornicada, con mayor osadía y violencia en cada ocasión. No lograba satisfacerla por completo. Yo estaba exhausto en la madrugada y ella exigía más. Nunca había estado con una auténtica ninfómana, y nunca más quisiera tener semejante experiencia. ¡Te juro que en cierto momento pensé que me daría un síncope o algo...! Bueno, ya lo sabes, así fueron las cosas. No pude haber sido yo el del asalto esa noche porque estaba con tu hermana. Tal vez si le preguntas sin pretender juzgarla, y sin ofender su amor propio, acabaría por confesártelo. Total, los dos somos igualmente culpables de haberte traicionado. No tuve nada que ver con ese asalto, y mucho menos con la muerte del dueño de la maldita joyería.

III

El dueño de la joyería resultó ser amigo de mi mujer. Yo no lo conocía, ni ella jamás aludió a él durante los tres años que llevábamos casados. Lo que ella sí sabía era que, cuando éramos novios todavía, estuve preso por asaltar una farmacia. Por eso pensó en seguida que yo estaba involucrado en este otro asalto. Y, por supuesto, tenía razón. Lo curioso es que sólo cuando inventé lo de haber estado esa noche con su hermana caí en la cuenta de lo mucho que había deseado siempre a Jazmín, mucho más que a ella. Sin duda por eso mismo fue que se me desató esa historia. Conociendo a Aracelly, estaba seguro de que perdonaría una primera infidelidad, aunque fuera con su hermana (cuya fama de "tremenda" era *vox populi*), antes que un crimen del que ya había antecedentes. Además, necesitaba que ambas fortalecieran mi coartada. Sólo hacía falta comprometer realmente a la hermana seduciéndola cuanto antes, como en efecto lo hice. Horas después de esa confesión, mi fantasía se duplicó en la realidad casi literalmente en todo: la ida a nadar al club, el motel, el desempeño sexual en el que mi cuñada hizo honor a su fama. Las fechas

discrepaban, los hechos no. Tal vez Jazmín llegara a confundir una cosa con la otra, pensé. Tiempo y espacio tienden a ser una misma amalgama de emociones en la memoria caótica de una ninfómana, sobre todo si la escena se repite una noche y otra y otra, como siguió ocurriendo con nosotros. No había pensado hacerlo más de una vez con ella, pero las cosas salieron así, y uno tampoco es ningún pinche maricón.

IV

Por eso no es de extrañar que Aracelly, que tanto me quiere, no me acusara días más tarde cuando me interrogaron –no hubo testigos del asalto–, ni que Jazmín confirmara que yo había estado con ella esa noche, y varias otras.

Me oigo hablar y no me sorprende lo que digo. Todo es verosímil si suena creíble, pero para que así sea uno tiene que ser el primero en creerse la historia. Y yo, por supuesto, estoy convencido de la veracidad de cada detalle. Como Dios manda. Lo dicho, dicho y creído está. Y lo escrito, también.

FULMINANTE

Para Pedro Crenes, en Madrid

Tan harto como lo estaba él de verse reflejado, siempre igual, siempre obediente a la imitación simultánea, lo estaba también su doble, quien también veía al otro lado el mismo cuadro conocido. Ambos seres, carentes de autoestima por su larga y obligada dependencia mutua, pero predispuestos a la autonomía, empezaron, por separado, a tramar sutilmente su liberación. No llegaron muy lejos. Un derrame fulminante, que nunca se supo realmente en cuál de ellos se había originado, terminó con esa ilusión. Sólo sobrevivió el espejo.

METAFICCIÓN PURA

Para Anacristina Rossi, en Costa Rica

Tenía una sola hoja en blanco. No sabía sobre qué escribir. ¿Cómo crear de la nada una atmósfera, la semblanza convincente de un personaje, un conflicto que le diera substancia a una breve historia capaz de tener un desenlace convincente? Otras veces lo había hecho, pero solía tener previamente un concepto que lo inducía a intentar la anécdota; o acaso un conjunto de palabras bien hilvanadas que, por asociación de ideas, daba paso a una secuencia natural con nuevas palabras significativas. Ahora era diferente. Sólo tenía reflexiones provisionales sobre su propia dificultad para crear. ¿Cómo hacer literatura con la abstracción? ¿De qué manera incorporarla a un texto que pudiera considerarse verdaderamente un relato? ¿Podía considerarse a sí mismo como el protagonista que, en busca de una historia, cuenta su propia búsqueda de esa historia? No perdía nada con intentarlo. Y lo intentó. Expresó la angustia implícita en el proceso de la creación como el argumento mismo tras el tema. Un tema que sin duda era su propio referente: el del escritor que medita, sobre la marcha, acerca de la naturaleza de sus materiales. Supo entonces, fascinado, que iba a terminar creando un minicuento sobre cómo crear un cuento. O, lo que es lo mismo, acerca de la escritura haciéndose, escribiéndose a sí misma. Porque lo estaba logrando. En realidad ya estaba escrito: ¡Éste!

COMO DE COSTUMBRE

Fue un estruendo espantoso. Todos lo escuchamos y corrimos al balcón.

Un diablorrojo había quedado hecho un acordeón humeante en su parte delantera, montado sobre la breve estructura de cemento que separa entre sí la terraza y la cocina en el restaurante griego de la esquina, tras arrojar lejos varias mesas con todo y los comensales que ahí almorzaban tranquilamente segundos antes.

De pronto comprendimos que había gente aplastada debajo de aquel bus que desde acá arriba parecía una enorme tortuga descalabrada. Decidimos bajar por si podíamos ser útiles en algo momentos después de presenciar la avalancha de personas que enseguida fueron rodeando el sitio de la tragedia. Al llegar vimos cómo sacaban, casi simultáneamente, a una pareja de abajo del bus.

— Hay dos más –dijo un hombre, levantándose del piso–; pero uno está bajo la llanta derecha y se ve muy mal.

— Ya viene la ambulancia –señaló una señora.

— Déjenme pasar, soy estudiante de medicina –exclamé metiéndome por entre el círculo compacto y vociferante. — Veré cómo están esas personas.

Examiné primero a la mujer, luego al hombre, muy rudimentariamente por supuesto. Poco después volví a ocuparme de ella, que estaba peor.

—¡Por favor, alguien pida otra ambulancia, esta joven se desangra, tiene desgarrado el brazo!

— Yo llamo –dijo a mis espaldas la señora que había hablado antes, y se retiró.

—¿Y el muchacho? –preguntó con acento extranjero un hombre mayor, que después resultó ser el dueño del restaurante.

— Está muy golpeado, y probablemente tenga varias costillas y una pierna rotas –expliqué. — Pero es esta chica la que me preocupa.

Le hice un torniquete arriba del codo con mi pañuelo y traté de mantenerle en su lugar el brazo que sangraba profusamente por una gran herida. Mientras tanto sacaron a otro hombre, al que ausculté. Estaba muerto.

Primero llegó una ambulancia, en la que se llevaron a la pareja. Diez minutos después llegó otra, junto con la policía y una grúa con la que alzaron el bus por su parte delantera.

Curiosamente, pese a tener destrozada una parte del cráneo y del tórax y haber estado al menos veinte minutos bajo el peso del bus, aquel individuo –de edad madura, saco y corbata, elegante, con pinta de empresario– seguía vivo. Se lo llevaron de inmediato, junto con el cuerpo del otro, que también parecía un hombre de negocios.

El diablorrojo no tenía chofer ni pasajeros al momento de la desgracia, lo cual suscitó curiosidad en todos los presentes, pero sobre todo en la policía. Asumieron que iba vacío al meterse a la terraza sin control y a gran velocidad. Esto indujo posteriormente a las autoridades, según supe días más tarde, a realizar una amplia pesquisa para dar con el paradero de un individuo de nombre José Ángel Lugones, quien manejaba el bus en aquel turno y ruta. Me interesé en el asunto porque seguí de cerca la evolución de los tres

accidentados, dos de quienes continuaban en estado delicado en el Hospital del Seguro Social, mientras que el otro –el que rescataron de debajo de la llanta– se encontraba en coma, conectado a una máquina que le permitía respirar.

Pasó el tiempo y no ocurrió nada. No hubo culpables, sólo víctimas. Como de costumbre. La impunidad en el transporte público, como entre los políticos, sigue tan campante. Me consta. Me da pena decirlo, pero el busero es mi cuñado y ahora vive tranquilamente con mi hermana en República Dominicana; y mi padre –cómo negarlo–, uno de los diputados del actual gobierno.

MANDRA

I

Es grato tener un sitio propio, un lugar entrañable siempre al cual regresar, un refugio íntimo que no se comparte con nadie. Hace varios meses cumplí sesenta y dos años y sólo ahora he hallado el mío. Lo supe apenas lo vi. Por suerte no le pertenece a nadie, no está en disputa. Por eso tardé menos de cinco minutos en tomar la decisión que sin duda cambiará lo que me quede de vida. En este momento, que debo celebrar modestamente apenas tenga un poco de sosiego, tomo posesión de mi modestísimo reino. Lo llamaré *"Mandra"*. Mi cabaña, mi refugio.

Dicen que cuando uno busca, encuentra. Pero a veces son las cosas las que lo encuentran a uno. Es difícil saber cómo puede interpretarse este hallazgo del que ya empiezo a formar parte, el destino que se está forjando ya de alguna manera que al principio podría parecer misteriosa. Por las circunstancias en que llegué hasta aquí, casi habría que decir que *Mandra* y yo nos encontramos mutuamente, esa es la verdad. En todo caso, ahora me toca irme acoplando a sus pequeñas dimensiones, a su peculiar ambiente, al espíritu particular de su existencia. Sé que este sitio sabrá adaptarse a mis mañas, gustos y costumbres sin exigirme cambiar demasiado. Así es esto de la simbiosis entre organismos vivos. Y *Mandra* tiene sin duda vida propia, una vida que empezamos a compartir. Empiezo, al fin, a ser feliz.

Diré de mí que soy viudo, que mis cuatro hijos viven en diversos países; hace cinco años que no los veo. He publicado dos libros de cuentos que en su momento no llamaron la atención, no sé si por indiferencia o por su nula promoción local. Simplemente fueron ignorados. No creo que, aun hoy, estén tan mal; pero he preferido no releerlos en todos estos años que han pasado. Yo tenía treinta y ocho cuando pude publicar por mi cuenta el primero, y cuarenta y siete cuando apareció, de idéntica manera, el otro libro. Nadie se dignó reseñarlos, nunca fueron presentados en público como se estila ahora casi como una moda.

Alguna vez fui creyente, sin duda porque me educaron en un colegio católico. No he renunciado a mi religión, pero no la practico. Hay demasiadas normas que me disgustan, dogmas arbitrarios que no soporto. Aunque debo admitir que no he perdido mi fe en Dios.

Como es probable que tarde o temprano, pese a la vida sana que llevo, muera en este refugio voluntario al que no pienso renunciar ya, además de la nueva novela que escribo hago estas anotaciones como un ejercicio cotidiano de lucidez que alguien encontrará algún día y que permitirá ubicar algunos datos de mi realidad. Estas notas, en contraste con los alucinantes pasajes que se desbordan en las páginas de la novela, procuran la mesura, la claridad, la contención. Acaso como un contrapeso necesario para no naufragar en el oleaje siempre incontenible de emociones que exigen su propia expresión. Porque desde el principio de esa otra escritura, que pareciera plasmarse ajena a mi voluntad en el papel, no he sido más que un vehículo a través del cual fluyen las secuencias. Pero eso, aunque resulte paradójico, no impide que al escribir –al escribirse casi a sí misma la novela– vaya entrando en una especie de trance que me neutraliza la razón y me hace perder pie con la realidad. Siempre me sorprende, cuando después de cierto tiempo

reacciono y vuelvo a mis cabales, encontrar notablemente avanzada la novela y sin embargo no reconocer casi nada de lo que dice la escritura. Una escritura surrealista, desbocada, profundamente inquietante, diferente a todo lo anteriormente publicado.

IV

He terminado el primer capítulo de la novela. Eso creo. Al igual que cuando llega a su final un cuento uno lo sabe muy bien y no intenta continuarlo, con los capítulos de una narración mayor me sucede lo mismo. Tengo una sensación de asunto que se cierra, de inmovilidad que exige ser respetada. Y procuro darle un tema, una atmósfera o personajes distintos al capítulo siguiente, al menos en teoría; aunque por supuesto habrá que retomar más adelante lo que ocurre en el anterior, si es que lo amerita. Se trata de convenciones externas al tema y al estilo, que a menudo no se respetan. En realidad no hay nada definitivo, cada obra es un mundo, tiene su propia estructura, su manera de irse organizando...

Parece contradictorio intentar la aplicación de normas a una novela que, como la que intento escribir, se parece más a la famosa escritura automática de los surrealistas que a un corpus susceptible de obedecer reglas o convención alguna. Ya he sugerido que cuando más fluyen las imágenes que dan sentido a las palabras es cuando menos estoy consciente de lo que ocurre. Sólo después, una vez enfrentado al texto que ha nacido, puedo reflexionar sobre él, realizar cambios, ajustar detalles, afinar la aproximación a un estilo.

De hecho, es lo que acabo de hacer: He releído varias veces ese capítulo, por ahora único, y traté de poner cierto orden en el caos. Aparente caos, iba a decir, pero me contuve;

porque en realidad nada es aparente cuando brota como un chorro largamente reprimido y se plasma de una manera que le es propia, como si no pudiera ser de otra forma.

V

Una semana ha pasado y no he podido romper el estancamiento: Nada nuevo ha sido posible parir. No me agrada esta palabra en el contexto de la escritura, ni siquiera en su hábitat semántico natural. Y sin embargo no hallo otra para significar lo que tan claramente indica, tan burdamente...

En lo que llevo escrito, la novela es todo atmósfera, escenario, metafórica descripción de un paisaje urbano que se alterna con frases realistas, fotográficas. Nada sucede aún que pueda sugerir por dónde habrá de conducirse la historia ni quiénes serán sus protagonistas; tampoco se reconocen todavía visos significativos de acción. Y sin embargo me agrada la exuberancia verbal de los largos párrafos; su capacidad de ir perfilando el ambiente de cemento y cristal de los altos edificios; las urgencias de la competitividad; el hondo desarraigo espiritual de quienes lideran las empresas y los bancos y hoteles, en contraste con la pesadilla diaria de la miseria de otras áreas de la ciudad.

¿Pero cómo sembrar en el sitio adecuado la existencia en marcha de un personaje creíble, de muchos personajes que necesariamente tendrán que poblar esa ciudad con sus vivencias y expectativas? No soy el tipo de escritor que primero maneja por un tiempo elaboradas tramas en su mente, semblanzas prefabricadas de los seres que habrán de habitar determinadas situaciones, conflictos que ya se reconocen como tales antes de que los registre la palabra. No funciono de esa forma. En absoluto. Más bien escribo como lo hago

ahora, en esta suerte de cuaderno de notas que nace paralelamente a la novela: a retazos impensados, sobre la marcha, dejándome llevar por la corriente.

Tendré que resignarme a esperar. Esos seres aparecerán en el momento necesario, cuando sus vidas exijan ser vividas, desarrolladas según las circunstancias lo requieran. Ni un minuto antes. Forzar su presencia no haría más que frustrar todo intento de autenticidad.

VI

Han transcurrido dos meses más. La novela no sale. Pasa el tiempo y simplemente la obra no avanza. Frente a tantas reflexiones, y como consecuencia del automatismo que conduce a mi pluma, no logro perfilar a los personajes, situarlos en un contexto, la necesaria acción no surge. Debo admitirlo: no soy un novelista. Lo que creí un capítulo podría interpretarse como un cuento de mediana extensión. Un cuento abierto, poco frecuente dentro de mi viejo hábito de crearlos cerrados. O tal vez ocurra ahora que, contrario a la usual manera que he tenido siempre de escribir cuentos, la novela sea en verdad un género más exigente, requiera la meticulosa ponderación y cálculo de la que han hablado algunos autores clásicos. No debo cerrarme a esta posibilidad. Aunque no haya estado hasta el momento en mi naturaleza, nada me impide cambiar de actitud, de método. Total, dispongo ahora de todo el tiempo del mundo. Un mundo que no me aguarda, que para nada me necesita, pero que podría llegar a ser un mejor lugar en la medida en que los escritores planteemos con autenticidad nuestra visión de las cosas, nuevas formas de entender la realidad.

Lo intentaré. Nada me cuesta. Dejaré de escribir por un tiempo. Me dedicaré a leer menos novelas, y en cambio atenderé más a los libros pendientes de antropología,

sociología, historia y psicología profunda que de diversas maneras interpretan la experiencia humana y que, intuitivamente, fui sacando de la biblioteca para revisarlos alguna vez. Estoy consciente de que, si bien los escritores han aportado invaluables claves acerca del comportamiento individual y colectivo en sus obras, también los científicos sociales y demás humanistas aportan explicaciones importantes sobre infinidad de temas que no se pueden descartar, temas que no necesariamente están ya en las principales novelas conocidas..., ¡aunque quién sabe! Porque Freud deriva varias de sus teorías, de su interpretación de los conflictos que aparecen por primera vez en las principales tragedias griegas; y asimismo, posteriormente, otros estudiosos de la mente y de la sociedad también vampirizan diversas obras literarias de mérito para explicarse la realidad...

VII

Mandra, mi refugio, mi hogar desde hace hoy un año –no uso reloj desde que llegué aquí, pero no me he librado de la costumbre de llevar un calendario primitivo que me ayude a ubicarme en el tiempo que pasa–, me ha dado la intimidad necesaria para meditar, para leer y meditar sobre lo que otros han entendido del mundo y de los hombres. Aquí he encontrado la paz que no me brindaron las personas ni las iglesias. Aquí he comprendido al fin que a estas alturas de mi vida nadie mejor que yo mismo para ser el protagonista de la novela que me he empeñado en escribir. Será, sin duda, parcialmente autobiográfica, pero iré modificando rasgos, ambientes, hechos. Recreando situaciones que ocurrieron e inventando consecuencias que pudieron haber tenido; plasmando gustos y temores encarnados en acciones concretas, pero también en atmósferas imaginarias igualmente válidas. Sin descartar escenas narradas por el torrente de la improvisación creativa meses

atrás, en otros segmentos pondré en blanco y negro la meticulosidad de una trama compleja en la que mi *alter ego* se vea envuelto y en la que deba encontrar maneras de resolver conflictos que surgen tanto de sus inseguridades y ambiciones como de urdimbres que le son ajenas. Para ello empiezo a esquematizar toda suerte de características de personalidad, conflictos posibles e interacciones con otros personajes, de los cuales unos le serán afines y otros requerirán que se les enfrente. Habrá partes narradas por él mismo y otras por un narrador omnisciente, aunque también descripción mimética y pasajes como los ya escritos tiempo atrás, cargados de un aura fantasiosa que sugiera una procedencia sobrenatural. Trataré de alternar, y a veces fundir, opuestos; de no ser previsible. Para ello me esmeraré en no repetirme pero, sobre todo, en no escribir sobre los temas que otros –al menos los que he leído en todos estos años– ya escribieron. Si bien ninguna estética, a priori, me será vedada, procuraré crear, integralmente, la mía propia.

La novela a la que aspiro se llamará, como estos apuntes provisionales, *Mandra*; pero lo único que tendrá en común con ellos será la idea de refugio personal, de sitio sagrado en el que ocurre una epifanía que cierra para siempre una larga búsqueda.

INEXORABLE

Para Yolanda J. Hackshaw

Hay textos peligrosos. No se los termina de leer con impunidad. Llevo rato acercándome a la orilla de éste que recién empiezo a redactar, y ahora que estoy dentro no sé si llegue a tener pies ni cabeza. Pese a sus frases sencillas o metido en el espesor de las más complejas, me anticipo inmerso en una maraña sin salida aparente que no deja de agradarme. Una sensación de vértigo me lleva y me trae convenciéndome de que lo enorme cabe en el instante de la minúscula parcela que habito desde que me sedujo el fulgor de lo inenarrable. Así, atrapado en esta incógnita honda pero estrecha y larga que recorro, sigo leyendo como deslizándome raudo por un inasible tobogán. Giro a la derecha y en seguida a la izquierda, voy y vengo por las palabras una y otra vez, y vuelta a empezar. Soy un lector–escritor que no se rinde y asumo los riesgos. No sé bien de qué se trata pero me intriga, y sigo. Es un delicioso frenesí el que me sube, el que me baja, el que me envuelve. No logro entender lo que sucede, esto que me pasa. El fluir continuo del lenguaje lo llena todo, entra en mi ser como un extrañamiento, empieza a saturarme. Las palabras me abruman, atontándome me impiden respirar al descomponerse en multitud de letras en mis pulmones, en mi sangre, al reintegrarse desde mis dedos que escriben. ¿Por qué me ocurre tal locura, estoy alucinando? Sólo quería llegar al final del texto pero éste se ha disuelto, y

cómo termina carece ahora de importancia porque nada más queda el recuerdo confuso de su lectura antes de convertirme en su reemplazo, en la escritura misma, ésta que inexorablemente soy.

En un instante y otras eternidades

Pone de manifiesto la destreza narrativa de Enrique Jaramillo Levi, larga
mente cultivada en sus libros anteriores y presente en las 67 ficciones d
esta obra con fuerza contundente. Tanto en el cuento tradicional como e
el minicuento explora en diversos grados las posibilidades de la literatur
realista, fantástica, erótica, metaficcional y del absurdo con domini
creativo de las muy variadas facetas de la experiencia humana. Cad
cuento es una búsqueda que pocas veces se resuelve en un desenlac
existencialmente feliz, acaso porque la vida pone trampas en el camino
termina siempre rindiéndose ante los acechos sutiles o violentos de l
muerte. Y sin embargo, es tal el conocimiento de los temas, atmósferas
personajes que meticulosamente se van creando, que encontramos place
en descubrir la verdadera historia oculta tras esas otras que se narran
Además, son los problemas que abruman el cotidiano desempeño de u
personaje escritor los que en realidad protagonizan las historias. Así, Jara
millo Levi no sólo enfrenta su quehacer en el acto de la escritura sino desd
los imprevistos avatares que signan la vida de sus conflictos alter egos.

INAC
Instituto
Nacional de
Cultura

Editorial Mariano Arosemena

Ilustración de Portada: Marcelo Fernando Toledo
Detalle "El impecable encanto de la Zona Roja", 2005, Acrílico
Premio Roberto Lewis